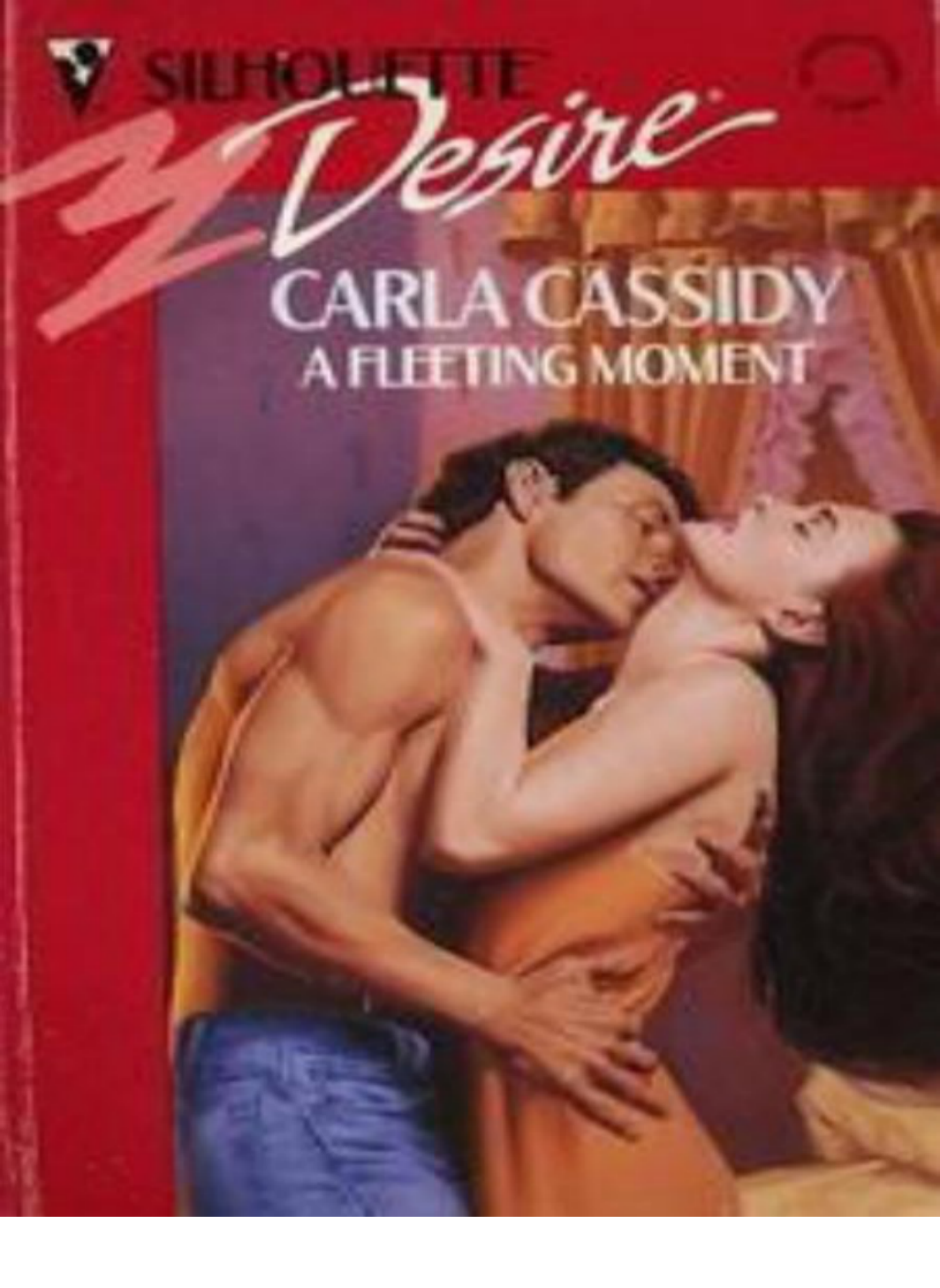

SILHOUETTE
Desire
CARLA CASSIDY
A FLEETING MOMENT

Un policía en casa Carla Cassidy

Argumento:

Cuando la policía le pidió a Edie Turner que los dejase utilizar su apartamento para una operación de vigilancia, ella se alegró de ayudar a desarticular una banda de delincuentes. Pero eso fue antes de que conociese a Cliff Marchelli. ¡Ese malhumorado policía sin afeitar a quien iba a desarticular era a ella!

Aun así, pensó que todo iría bien si era capaz de mantener la calma y no la arrestaban por agredir a aquel hombre. Pero, a pesar de su actitud, era un oficial muy atractivo. Y estar confinada en su pequeño apartamento con él, noche tras noche, estaba causándole un efecto devastador…

Capítulo Uno

—Tengo una misión para ti - dijo Walter Cummings, recostándose en la silla, detrás de su mesa.

Cliff Marchelli se inclinó hacia adelante, mirando ansiosamente al capitán del Departamento de Policía de Kansas City.

—¿Qué clase de misión?

—Vigilar - Walt hizo una mueca, esperando la explosión de cólera que presentía.

Cliff no lo defraudó. Malhumorado, se pasó la mano por su indomable cabello oscuro y, levantándose repentinamente de la silla, empezó a recorrer los confines del pequeño despacho.

—Maldita sea, Walt, sabes que odio vigilar. ¿Por qué no pueden cumplir esa misión Charlie o uno de los otros? Dame algo de acción.

—Cliff, por favor siéntate - dijo Walt pacientemente-. Y cálmate o se te volverá a abrir la úlcera.

—Lo que me produce úlcera es tener que vigilar - dijo Cliff con ironía, replegando su largo cuerpo de nuevo en la silla.

—Cliff, llevas dos años subido en un tiovivo de casos. Vamos, hombre, ni siquiera recuerdo la última vez que tuviste unas vacaciones decentes.

—No necesito vacaciones - dijo Cliff lacónicamente. Pero al ver la expresón implacable en el rostro de Walt, suspiró con resignación-. Bien, ¿de qué se trata?

—Sabemos que va a llegar un cargamento importante de droga en las próximas dos semanas.

-¿Dónde? - preguntó Cliff.

—En un almacén de la zona norte. Hemos estado buscando un sitio donde ocultar y ayer encontramos un lugar perfecto, un edificio de apartamentos justo enfrente del almacén. El apartamento del segundo piso tiene una ventana que da directamente al almacén. Sólo hay un pequeño problema… - Walt hizo una pausa-. El apartamento está ocupado.

—Walt, ¿qué intentas hacer conmigo? - Cliff sintió que le rugía el estómago como protesta.

El jefe se rió entre dientes.

- Cliff, te has enfrentado a drogadictos enloquecidos y has desarticulado bandas enteras de gángsters. Seguro que puedes conseguir la cooperación de una anciana y de su nieta.

- Una anciana… - Cliff lo miró consternado-. Walt…

Walt levantó las manos para acallar las protestas de Cliff.

—Sé que no son las mejores circunstancias, pero es todo lo que tenemos. El apartamento es perfecto - Walt se apoyó en la mesa-. Mira, Cliff, sé que es irregular, pero arriesgo mucho en este caso. El alcalde me está atosigando. Además, sólo serán dos semanas y puedes asegurar a las dos mujeres que no correrán ningún peligro.

—¿Cuándo empiezo?

—Esta noche, si puedes arreglarlo esta tarde. Hemos hecho una rápida investigación sobre las dos mujeres - Walt revolvió entre los papeles de su mesa hasta que encontró el que buscaba y lo leyó-. La nieta es Edith Turner. Vive en el apartamento para cuidar a su abuela. Ambas parecen ser buenas ciudadanas y estoy seguro de que se mostrarán de lo más complacientes en ayudarnos. Queremos que el almacén esté vigilado desde las seis de la tarde hasta las siete de la mañana. Según nuestras fuentes confidenciales el cargamento llegará entre esas horas.

Durante los siguientes minutos, Walt estudió todos los detalles del caso con Cliff.

- ¿Alguna pregunta? - preguntó el capitán cuando terminaron.

Cliff sacudió la cabeza y se levantó.

—Ah, una cosa más, Cliff - Walt se levantó también-. Estaremos en contacto, y recuerda, es bueno ser amable con los ciudadanos. Y antes de ir a hablar con ellas, córtate el pelo.

La voz de Walt siguió a Cliff hasta el vestíbulo del edificio del departamento de policía metropolitana.

-Sí, claro - murmuró Cliff para sí, sabiendo que no haría tal cosa. No iba a cortarse el pelo sólo para impresionar a una anciana enferma y a su nieta de compañía. Edith Turner… podía imaginarse qué maravilla era. Una mujer sensata que dedicaba su vida a cuidar a su abuela enferma. Su mente evocó inmediatamente la imagen de una mujer alta y musculosa, con el cabello corto a estilo militar.

—Probablemente lleve medias elásticas y posea la personalidad de una roca musitó, saliendo de la comisaría al cálido sol otoñal.

No era que le importase la apariencia de esa tal Edith Turner. Todo lo que quería de ella era utilizar la ventana de su apartamento.

Cliff subió a su coche, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Maldita sea, odiaba vigilar, especialmente si se trataba de un edificio y no de una persona. Un edificio no podía llegar y largarse, no podía romper la monotonía del juego. Por lo que a Cliff se refería, no había nada peor que el aburrimiento de permanecer sentado toda la noche con la única compañía de sus propios pensamientos, café frío y comida rápida. Arrancó el coche con una mueca de desagrado. No estaba seguro de qué era peor, la expectativa de estar a solas con sus

pensamientos o el hecho de tener que ser amable con una solterona llamada Edith. Con suerte, Edith Turner se iría a la cama con el sol, sobre las siete y media, dejándole a sus anchas durante la larga y aburrida noche de vigilancia del almacén.

Edie Turner cerró rápidamente la puerta del dormitorio y se apoyó en ella, fatigada. Por fin su abuela se había quedado dormida. Había estado muy inquieta por la noche y toda la mañana. Hasta que Edie no le dio la comida la anciana no había podido conciliar el sueño.

Miró el sofá con anhelo. No había nada que desease más que una pequeña siesta, pero la pila de cintas de grabación y el dictáfono que estaban sobre la mesa de la cocina le recordaron, en silenciosa acusación, que ya había abandonado bastante su trabajo. Miró su reloj y vio que sólo pasaban unos minutos de las dos. Podía trabajar un par de horas antes de empezar a preparar la cena.

Acababa de sentarse delante del procesador de textos con los auriculares del dictáfono en los oídos, cuando sonó el timbre de la puerta. Lanzó una mirada inquieta a la puerta del dormitorio, esperando que el ruido del timbre no hubiese despertado a Nanny. Se quitó de un tirón los auriculares y se apresuró a abrir. Asegurándose de que la cadena estuviese echada, abrió la puerta los pocos milímetros que la cadena permitía y miró fuera.

Lo primero que pensó que uno de los maleantes que habían empezado a frecuentar la zona se había confundido de apartamento. El hombre que estaba al otro lado de la puerta verdaderamente parecía un maleante. Una rizada melena de cabello oscuro le cubría la cabeza, cayéndole sobre la frente hasta encontrarse con unas espesas cejas negras. Tenía la nariz ligeramente torcida, como si se le hubiese roto y nunca se la hubiesen arreglado. Los labios finos y apretados mostraban una fuerte determinación. Iba vestido con una sudadera que no ocultaba la anchura de su hombro, y los desgastados vaqueros acariciaban los contornos de sus piernas como una familiar amante. Muy atractivo, peligroso hasta cierto punto, pero definitivamente un sujeto indeseable.

-¿Sí? –preguntó con frialdad.

-¿Edith Turner? –dijo él.

Edie lo miró sorprendida, fijándose en sus ojos por primera vez, unos ojos negros que no reflejaban nada de su alma.

-Sí, soy Edith Turner.

-Soy Cliff Marchelli, del departamento de policía –dijo él

-Claro, y yo soy Zsa Zsa Gabor.

Edie le dio con la puerta en las narices. Si ese hombre era un oficial de policía ella era el hombre de la luna. Lo más probable era que fuese

uno de los vagabundos de la zona que había oído que con ella no había problemas a la hora de conseguir algo de comida.

El mes pasado en el mercado se las había visto con uno de ellos, que le había explicado que era embajador de buena voluntad del planeta Zoron, y que necesitaba algo de dinero para establecerse en la Tierra. Edie sonrió, y entonces pensó en el hombre que había al otro lado de la puerta. Quizá fuese realmente un policía. Volvió a abrir la puerta, y soltó un chillido de sorpresa cuando él introdujo la mano por la abertura.

—Tenga, Zsa Zsa , lea esto - dijo una voz profunda a través de la puerta, mostrándole una cartera abierta con una placa y una tarjeta de identidad.

Edie tomó la cartera y examinó la placa. Parecía auténtica, pero no era una garantía. Su foto aparecía en la tarjeta de identidad, junto con su nombre y su número de distrito. Pero Edie era bastante lista como para no desconfiar. Cualquiera podía obtener una tarjeta de identidad falsa.

—Mire, llame al número de distrito y pregunte por Walt Cummings. Es mi jefe él suspiró impacientemente.

—Eso voy a hacer - replicó Edie, dirigiéndose al teléfono con su listín telefónico.

Cliff se apoyó en la puerta, oyendo el sonido del teléfono al marcar el número. Edith Turner no era en absoluto como se había imaginado. En primer lugar, no era alta y delgada. Por lo poco que había podido verla, apenas le llegaba a los hombros. Y no tenía el cabello corto a estilo militar, sino que lo llevaba en una trenza suelta de color castaño. Se pegó más a la puerta cuando oyó que ella hablaba en el teléfono.

—Hay un hombre en mi puerta que dice ser un oficial, y he pensado que sería prudente comprobarlo. Sí, parece… eh… un tanto desaliñado.

A Cliff lo irritó su descripción y se miró. No parecía desaliñado… bueno, tal vez un poco… Quizá debería haberse cortado el pelo como le había sugerido Walt, y probablemente debería haberse afeitado por la mañana. Se pegó más a la puerta, escuchando la conversación.

—Sí, así es. Sí, entiendo. Gracias. Estaré en contacto.

Antes de que Cliff tuviese la oportunidad de apartarse de la puerta, ella abrió de golpe, haciendo que se precipitase hacia dentro. Recuperó el equilibrio antes de darse con la pequeña mesa de roble del comedor, ligeramente ruborizado.

- Pase, señor Marchelli - dijo ella, devolviéndote la cartera.

Cliff la cogió y se la metió en el bolsillo de atrás.

—¿Podríamos sentarnos? - preguntó él, mirando el delicado y femenino mobiliario.

Se arrepintió casi en el acto de su sugerencia. El sofá de alto respaldo tenía unas patitas de madera que parecía que iban a quebrarse bajo su peso. Las dos sillas daban más o menos la misma impresión.

—Desde luego - ella le indicó el sofá, y al advertir su inquietud, sonrió-. Le prometo que es mucho más resistente de lo que parece.

Cliff asintió con la cabeza secamente, y se sentó con sumo cuidado en el sofá, suspirando aliviado al ver que las patas no se quebraban arrojándolo al suelo.

Por un instante permaneció allí sentado, examinando el lugar donde, si las cosas salían bien, pasaría las próximas dos semanas de su vida. La habitación era bastante grande, una combinación de cocina y sala de estar. Los electrodomésticos estaban en la pared del fondo, y enfrente estaba la ventana que daba al almacén.

Lo que más le sorprendía era el hecho de que el apartamento pareciese lleno de vida. De la ventana colgaban plantas verdes que caían sobre un asiento cubierto con decorativos cojines. Utensilios y cacerolas de cobre colgados en la pared, sobre la cocinilla, indicaban un uso diario con su deslustrada superficie. El brillo de los muebles antiguos demostraba una amorosa atención. Las paredes estaban cubiertas de fotografías, testimonio de toda una vida de familia y amistades. Cliff se sentía desconcertado ante la atmósfera de intimidad que emitía ese lugar, tan diferente de su apartamento funcional e impersonal.

—¿Ha venido a admirar la decoración o es otro el propósito de su visita? preguntó Edie irónicamente.

No se le había pasado por alto la forma en que él, con sus negros ojos, hacía un inventario de cada rincón de la habitación. Por alguna razón, su fría y taxativa inspección la hacían sentirse ligeramente violada, como si él hubiese mirado en el cajón de su ropa interior y supiese de qué color eran sus bragas.

Cliff advirtió la irritación mal disimulada en su voz y la miró, sorprendido de encontrarse todavía mas desconcertado por el mero hecho de mirarla. Era muy diferente recogido, de lo que él había esperado. Muy que dejaba despejado su rostro de atractiva, con un lustroso cabello

delicadas facciones. Aunque era menuda, estaba perfectamente proporcionada. Los vaqueros ajustados que llevaba no ocultaban las redondeadas curvas de sus caderas, y unos pechos descarados empujaban la tela azul clara de su blusa. Era lo bastante atractiva como para despertar el recuerdo de una emoción que se había negado a sí mismo durante mucho tiempo. Se enderezó en el sofá, irritado con ella

por no responder a su molde preconcebido de señorita de compañía formal.

—El departamento de policía necesita su ayuda - comenzó Cliff, fijándose por primera vez en el marrón de sus ojos, el color de una taza de café con un toque de leche.

-¿Mi ayuda? - ella lo miró con curiosidad.

Él asintió con la cabeza, apartando la mirada, ya que le resultaba más fácil hablar con ella si no la miraba. Rápidamente le explicó la situación.

—Sólo estaré aquí por la noche y usted seguiría haciendo su vida normal concluyó Cliff.

Edie sonrió inconscientemente. Su vida no había sido lo que se dice normal durante ese último año, no desde que Nanny había caído enferma.

—¿Qué supondría eso exactamente?

—Vendré aquí todas las tardes a eso de las seis, y me sentaré delante de esa ventana con un equipo de vídeo hasta las siete de la mañana. La mayor parte de mi trabajo tendrá lugar mientras están durmiendo. Lo que necesitamos de ustedes es su silencio respecto a nuestra presencia aquí y que las luces de la casa estén apagadas durante las horas de vigilancia.

Cliff apretó la mandíbula, cuando una repentina y peligrosa curiosidad se le pasó por la cabeza. ¿Utilizaba camisón para dormir? ¿Delicadas prendas transparentes que acariciarían ligeramente sus curvas femeninas?

La maldijo por ser tan atractiva. Se aclaró la garganta, haciendo un esfuerzo por concentrarse en el motivo por el que estaba allí.

—Puedo garantizarle que no existe ningún peligro y que alteraré su rutina lo menos posible. ¿Podemos contar con su cooperación?

Ella vaciló un momento, y asintió con la cabeza.

—¿Cuándo empezará?

—Esta tarde a las seis.

- Entonces supongo que está arreglado. Lo veré esta tarde a las seis. Él asintió y se levantó, dirigiéndose a la puerta.

—Si tenemos suerte, el arresto tendrá lugar en las próximas dos semanas y usted se verá libre de mí - con estas palabras salió del apartamento.

—Fabuloso - murmuró Edie, cerrando la puerta y echando el cerrojo. Ese hombre hacía que Harry el Sucio pareciese un santo. No sólo necesitaba un corte de pelo y un afeitado, también le irían bien unas clases de relaciones públicas.

Oh, bueno, sólo eran dos semanas, y sería agradable saber que

estaba contribuyendo de alguna manera a adecentar el barrio. Según lo que Cliff había dicho que tenía que hacer, durante dos semanas podía fingir que él era un mueble más. Volvió a sentarse delante de la mesa, se puso los auriculares y encendió el dictáfono.

Cuando Cliff se dirigía en su coche al apartamento de Edith Turner a las cinco y media de la tarde, maldijo en silencio a Walt por haberle asignado aquella misión.

Después de dejar el apartamento esa misma tarde, se había ido a casa, con la intención de dormir un poco. Se había desvestido y se había metido en la cama, pero no había podido conciliar el sueño. Lo atormentaban tortuosos pensamientos del pasado. Los ojos color café de Edith Turner habían evocado recuerdos de otros ojos marrones. Los ojos de Catherine.

Se había levantado y se había ido directamente al gimnasio, donde dos horas de ejercicio físico habían resultado eficaces para desterrar esos pensamientos. Desafortunadamente, no habían tenido éxito en aliviar su mal humor. En tal caso, su hostilidad se había intensificado, y en su mayor parte iba dirigida a Edith Turner. Por su culpa había pensado en Catherine. Y más aún, por un breve momento, mientras estaban sentados en su apartamento, Edith Turner había despertado una ligera llama de deseo en su alma. La emoción había sido un molesto intruso del pasado.

Cliff sacudió la cabeza y se concentró en lo que le rodeaba. Había llegado a la zona noreste de Kansas City y, mientras conducía por las estrechas calles, pensó que era una lástima que hubiesen permitido que esa parte de la ciudad se deteriorase con el paso del tiempo. La mayoría de los majestuosos edificios habían sido abandonados o transformados en almacenes.

—¿Qué demonios hacen Edith Turner y su abuela viviendo en esta zona? murmuró, aparcando delante del edificio de apartamentos.

Frunció el ceño con irritación y se bajó del coche. Le daba igual si Edith Turner vivía en la luna. Todo lo que quería hacer era terminar esa vigilancia, y pasar a la siguiente misión.

Sacó dos bolsas de lona del asiento trasero del coche, cerró el automóvil y se dirigió al apartamento. El edificio no estaba en malas condiciones. Era de ladrillo rojo y tenía tres plantas, con dos apartamentos por planta. Mientras subía las escaleras hasta el segundo piso le rugió el estómago al olor de salsa de tomate casera que flotaba en el aire. Suspiró, pensando en los dos bocadillos que llevaba en una de las bolsas. Entre el estrés de tener que hacer ese trabajo indeseable y su inclinación por la comida rápida, había estado tomando pastillas para la acidez a puñados. Volvió a suspirar y llamó a la puerta del

apartamento. Su nivel de estrés aumentó inmediatamente cuando ella abrió la puerta y le saludó.

- Pase, señor Marchelli.

Cliff asió las dos bolsas de lona y entró en la casa.

- Puede llamarme Cliff - gruñó él, dejando las bolsas junto a la ventana.

- Y tú puedes llamarme Edie - replicó ella.

Edie… sí, le iba mejor que Edith, pensó él mientras se agachaba y empezaba a sacar cosas de una de las bolsas. Se concentró en instalar el equipo de vídeo y el trípode, ignorando conscientemente la presencia de ella a su lado. Al menos se había quitado los vaqueros ajustados y la blusa de antes, y llevaba una túnica que la cubría de pies a cabeza.

Sintió que empezaba a relajarse mientras se afanaba en preparar las cosas para la larga noche que tenía por delante. Mientras no la mirase, casi podía fingir que ella no estaba allí. Sólo si se alejaba bastante de él como para no aspirar la fragancia a flores que parecía emanar de ella.

Cuando acabó de instalar el equipo de vídeo sacó de la otra bolsa la radio de policía, una libreta de notas, la bolsa de los bocadillos, unos prismáticos y un termo de café.

- ¿Para qué es la cámara? - preguntó ella con curiosidad.

Cliff hizo una mueca. Sería difícil fingir que ella no estaba allí si le hablaba.

—Para filmar el almacén si tengo que apartarme de la ventana en algún momento. Así, cuando vuelva puedo ver en el vídeo si ha sucedido algo - dijo en tono de impaciencia, sin mirarla.

- Oh, entonces es una especie de compañero - exclamó Edie, sonriendo sin humorismo-, Pero apuesto a que no se queja del exceso de trabajo ni necesita descansar para tomar café.

- Sí, y no se dedica a charlar ociosamente - replicó él.

—Bien, disculpe - dijo Edie fríamente.

Cruzó la habitación con paso firme y se puso a llenar la tetera de agua, colocándola después en el fuego.

Cliff suspiró aliviado. Bien, tal vez así ella habría entendido que él estaba allí para trabajar. Nada de enredos personales ni de charlas amistosas, sólo su trabajo. Enfocó la cámara hacia el almacén y frunció el ceño al advertir que el follaje de las plantas obstaculizaba su visión.

—¿Puedo quitar una de estas plantas? - preguntó.

—Yo lo haré - murmuró Edie, pensando que su hostilidad podría destruir la begonia.

Se subió al asiento de la ventana y se estiró para descolgar la

planta. Inmediatamente gimió bajo el peso del enorme tiesto. Cliff, viéndola apurada y dándose cuenta de que era demasiado peso para ella sola, agarró también el tiesto. Repentinamente se quedó con las manos atrapadas entre la colorida superficie de cerámica del tiesto y la cálida ternura de los pechos de Edie. Ella, también, se encontró con las manos aprisionadas entre el tiesto y el duro pecho de Cliff. Ninguno podía retroceder sin que el tiesto se estrellase contra el suelo.

—Eh… dejémoslo sobre la mesa - dijo Edie con voz trémula.

Él asintió, con el rostro encendido de un rojo intenso. A cada paso que daban, atravesando la habitación hacia la mesa, sus nudillos se movían ligeramente sobre las puntas de sus pechos. Edie se horrorizó al sentir que su cuerpo respondía a la presión de ese roce, encendiéndose una llama erótica en su interior.

El tiesto cayó en la mesa con un golpe sordo cuando ambos lo soltaron al mismo tiempo.

—Gracias - murmuró Edie, volviéndose hacia la tetera que había comenzado a silbar.

Se sentía mortificada por la respuesta de su cuerpo a ese roce accidental.

- No hay de qué - respondió él, volviendo a la ventana.

Mientras ajustaba el enfoque de la cámara le temblaban las manos ligeramente. Su cuerpo había reaccionado automáticamente a la proximidad de ella, recordándole de pronto que era un hombre normal con una libido sana que había sido negada durante mucho tiempo.

- ¿Hola? ¿Quién está ahí?

Cliff se sobresaltó al oír una inesperada voz desconocida.

- ¿Quién es? - preguntó.

Ella se sonrojó ligeramente.

- Mi abuela.

Él frunció el ceño. Había olvidado por completo a la anciana.

- Discúlpame - dijo Edie, desapareciendo en el dormitorio.

Cliff la oyó hablar con dulzura, y a continuación la voz más quejumbrosa de la anciana, que subió de tono bruscamente. Edie volvió a la habitación y miró a Cliff indecisa.

—Siento molestarte, pero ¿podrías pasar a ver a mi abuela? Ha oído tu voz y no se calmará hasta que entres y la saludes.

Cliff suspiró y se levantó, siguiendo a Edie hasta el dormitorio. Lo primero que vio fue una enorme cama de roble en la que había una mujer menuda de cabello blanco. Sentada con el porte de una reina, con unos penetrantes ojos azules en su rostro arrugado, agitó la mano apartando a Edie, que estaba acomodándole las almohadas.

—¿Quién es usted? - exigió saber, tironeándose impacientemente del cuello de encaje de su camisón azul.

—Soy Cliff Marchelli - respondió Cliff.

—Cliff es un amigo mío, Nanny. Ha venido de visita - añadió Edie, lanzándole a Cliff una mirada de advertencia.

Obviamente ella no quería que la anciana supiese que era policía.

- Acérquese para que pueda verlo mejor.

Cliff dio un par de pasos hacia la cama.

- Así está bien - lo detuvo ella bruscamente.

Lo observó con ojos llenos de recelo y se volvió repentinamente hacia Edie.

-No me gusta - declaró-. Tiene los ojos pequeños y mezquinos.

Volvió a mirar a Cliff ferozmente y le sacó la lengua.

Cliff suspiró, sintiendo que empezaba a arderle el estómago. Definitivamente iban a ser las dos semanas más largas de su vida.

Capítulo Dos

—¿Quieres que te encienda la televisión? - preguntó Edie en tono solícito.

—No, no quiero ver la televisión - replicó Nanny, frunciendo sus arrugados labios-. Quiero ir a dar un paseo.

—De acuerdo, iremos a dar un pequeño paseo - convino Edie-. Pero antes tenemos que vestirte, y yo tengo que cambiarme de ropa.

Nanny empezó a levantarse de la cama, y volvió a mirar furiosamente a Cliff.

- Vamos, salga de aquí. Sé que está esperando para verme las piernas.

Cliff huyó de la habitación, ruborizado. Cogió una de las sillas de la mesa del comedor y la colocó delante de la ventana. Se sentó, sacó el bote de pastillas para la acidez y se metió dos en la boca.

—Voy a matarte, Walt - murmuró por lo bajo.

Una atractiva nieta que pensaba que era un desaliñado, y una abuela que creía que deseaba su cuerpo, ¿podía haber un trabajo peor? Masticó las pastillas, esperando que aliviasen su ardor de estómago.

No se volvió cuando se abrió la puerta del dormitorio y salieron las dos mujeres. Las ignoró conscientemente, sin dejar de mirar por la ventana.

—¿Qué es usted, un mirón? - dijo Nanny detrás de él.

Cliff no respondió, sin saber cómo quería Edie que explicase su presencia con el equipo de vídeo en el apartamento.

- Sabía que era un pervertido desde el momento en que lo vi.

Sin previo aviso la anciana le dio un manotazo en la cabeza.

- Eh - protestó Cliff, dándose la vuelta y frotándose donde le había golpeado.

—Nanny, eso no ha estado nada bien - dijo Edie, con la voz contenida y un ligero rubor en las mejillas, mientras sonreía a Cliff apenada.

Nanny sonreía, también, con una sonrisa de satisfacción infantil.

- Venga, vamos a dar ese paseo - dijo Edie, llevando a su abuela hacia la puerta.

Cliff las observó mientras salían, receloso de darle la espalda a Nanny y que lo volviese a coger por sorpresa. No se relajó hasta que se cerró la puerta, entonces suspiró y se recostó en la silla. Walt había dicho que era una anciana enferma. Había olvidado mencionar que

poseía la personalidad de un toro de lidia. Volvió a frotarse la cabeza. No le había hecho daño, pero había conseguido sorprenderlo.

Se inclinó hacia delante, y miró por la ventana hacia abajo. Inmediatamente vio a Edie y a Nanny andando por la acera. Los pasos de la mujer joven eran cortos y acompasados para seguir el paso de su abuela. Cliff observó que Edie intentaba agarrarla del brazo, pero la anciana le apartaba las manos. El torció el labio en una leve sonrisa. No estaba seguro de quién era más entretenida, la mujer mayor o la joven que la cuidaba. Pero fue la mujer joven la que volvió a capturar su mirada.

Fuera caía el crepúsculo, pintando el mundo de tonos dorados. Los tenues rayos del sol danzaban en el brillante cabello de Edie, como disfrutando de un último momento de libertad antes de ser arrastrados por la usurpadora oscuridad de la noche. Dirigió su mirada más abajo, contemplando la larga trenza que rebotaba en su esbelta espalda a cada paso que daba. No pudo evitar fijarse en cómo los desgatados vaqueros que llevaba le moldeaban el torneado trasero. Desconcertado por la dirección que estaban tomando sus pensamientos, apartó la mirada de las dos figuras.

Miró el interior del apartamento, sabiendo con el instinto de un policía que no iba a suceder nada en el almacén mientras no se hiciese de noche.

Se levantó de la silla, y se dirigió a la pared que estaba llena de fotografías. En el centro había una antigua foto de boda en blanco y negro. ¿Una Nanny joven? Probablemente había arrastrado por el cuello al pobre hombre hasta el altar, pensó con sarcasmo.

Alrededor de las fotos de boda había otras, incluyendo varias de Edith Turner en diferentes momentos de su vida. Cliff casi podía ordenarlas cronológicamente por la longitud de su trenza. Tenía una fotografía de colegiala, luciendo una desdentada sonrisa, donde la trenza, retorcida en la nuca, apenas le llegaba a la altura de los hombros. Una foto de graduación, con el rostro expectante, y la omnipresente trenza enroscada en la cabeza como una corona.

Su mirada se detuvo en una fotografía de Edie con una enorme camiseta de la Universidad de Kansas. El tamaño de la camiseta no disimulaba su buen tipo, y la trenza castaña le caía por el hombro, enroscándose en uno de sus redondeados pechos. Sintió un involuntario hormigueo en las manos al recordar el breve contacto con sus cálidos y tiernos pechos.

¿Qué estaba haciendo ahí mirando fotografías de personas a las que no conocía, pensando en un roce accidental con una mujer que no le importaba nada en absoluto? Volvió a sentarse en la silla delante de la

ventana y cogió la bolsa de los bocadillos.

Abajo, en la acera, Edie caminaba pacientemente al lado de su abuela. Los pasos de Nanny eran lentos y torpes, debido a la mala circulación que dificultaba el movimiento de sus piernas.

Todas las tardes que Nanny se sentía con fuerzas paseaban primero por una acera y luego volvían por la otra. Nanny disfrutaba con esos paseos y Edie sentía que le venían bien. Si Nanny tenía un buen día iba señalando edificios que le inspiraban recuerdos, pero esa tarde nada despertaba su memoria. Miraba la zona como si nunca la hubiese visto, ni hubiese vivido allí en el mismo apartamento durante los últimos cincuenta y ocho años. Edie sabía que la ausencia de recuerdos era debido a la enfermedad que le arrebataba a Nanny su alma, sustituyéndola por fragmentos de aturdimiento, confusión y malhumor. Según avanzaba la enfermedad, cada vez con menos frecuencia salía a la superficie la esencia de la dulce y cariñosa mujer que había criado a Edie.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios al recordar la mirada de sorpresa de Cliff cuando Nanny le había golpeado la cabeza. Sus ojos negros se habían iluminado con una chispa de vida que antes no había estado presente. En aquel momento de descuido, con los ojos chispeantes de vida, Edie lo había encontrado enormemente atractivo.

—¿Por qué me has traído aquí? - la voz de Nanny interrumpió sus pensamientos.

—Sólo estamos dando un paseo, Nanny - dijo Edie, agradecida de que algo apartase de su mente al sombrío policía.

- ¿Por qué estamos paseando por este barrio? No me gusta.

Edie cogió a su abuela de la mano y sonrió dulcemente.

—Nanny, éste es tu barrio. Mira, ahí está tu apartamento - señaló el edificio de ladrillo de tres plantas.

Nanny miró los apartamentos, arrugando la frente con perplejidad.

- No, no puedo creer que viva ahí. Parece un tugurio.

Edie sonrió, pero no intentó contradecirla. Sabía por experiencia que sólo serviría para confundirla aún más.

—Venga, volvamos a casa a comer algo.

Cuando iban a entrar en el edificio se tropezaron con Rose y su hijo, que salían por la puerta. A Edie se le escapó un leve suspiro. Adoraba a la rolliza mujer italiana, pero el año anterior había intentado liar a Edie con su hijo, Anthony.

—Ah, Edie y Nanny - el ancho rostro de Rose se iluminó- .¿Qué tal su paseo de esta tarde, Nanny, querida?

Rose pronunció cuidadosamente cada palabra en voz alta, como si Nanny fuese sorda.

—¿Quién es usted? - demandó Nanny con sus claros ojos azules llenos de desconfianza.

- Soy Rose, recuerda. Su amiga Rose.

Nanny se acercó más a Rose, escudriñando su rostro oliváceo atentamente.

- No, no es verdad. Rose es joven, y usted es vieja.

Rose soltó una risotada.

—Tiene razón, amiga mía. La edad se insinúa cuando menos te das cuenta sonrió amablemente a Nanny, y se volvió hacia Edie-. Edie, ¿te acuerdas de Anthony? Ha venido a pasar un par de días.

Edie sonrió al hombre delgado de cabello negro que estaba al lado de Rose.

- Claro que sí. Hola, Anthony, me alegro de volver a verte.

Ella y Anthony, ante la insistencia de Rose, habían pasado juntos una tarde de pena dos meses atrás. A los quince minutos ya se habían dado cuenta de que aquella cita había sido un gran error. No existía ninguna atracción, ni una pizca de interés. Gracias a Dios habían podido admitirlo y habían pasado el resto de la tarde charlando hasta que les pareció que sería una hora razonable para Rose. El resultado había sido una divertida amistad.

—Hola, Edie - una tímida sonrisa curvó los labios de Anthony.

—Anthony se ha prometido - explicó Rose, mirando a Edie melancólicamente-. Ah… tenía tantas esperanzas…

—Felicidades, Anthony - exclamó Edie, feliz de que el hombre hubiese encontrado una mujer con la que casarse.

—Sólo espero que esa joven esté preparada para formar una familia. Me gustaría vivir lo suficiente para ver a mi primer nieto.

Anthony asió a su madre por el brazo con firmeza.

—Vamos, mamá. Podemos discutir mis planes de tener hijos más tarde. No quiero hacer esperar a Sherri.

Rose puso los ojos en blanco.

- Antes se preocupaba de no hacerme esperar a mí, y ahora se

preocupa de no hacer esperar a esa Sherri - dijo Rose, suspirando sufridamente.

Edie sonrió cuando se despidieron. La pobre Sherri tenía una buena encima con

Rose de suegra.

Cuando ella y Nanny entraron en el apartamento, Cliff se volvió.

- ¿Quién es? - inquirió Nanny inmediatamente.

—Nanny, es Cliff, un amigo mío - dijo Edie, como si no los hubiese presentado hacía menos de media hora.

Esa vez era Cliff quien miraba a Nanny recelosamente. No estaba muy seguro de lo que podía esperar de la anciana, pero estaba preparado para cualquier cosa.

- ¿Eres el hijo de Bessie? - preguntó Nanny.

- No - respondió Cliff.

—Nanny, Bessie y su hijo ya no viven aquí- dijo Edie, llevándola a la mesa-. Ahora siéntate aquí y cenaremos algo.

—Quiero tacos - declaró Nanny.

—Nanny, sabes que no comemos tacos – Edie abrió la puerta del frigorífico-. Tengo un delicioso guiso de berenjenas.

—¡Puaj! - replicó Nanny elocuentemente-. Quiero tacos.

Cliff sintió una ligera empatía por ella. Si tuviese que elegir entre un guiso de berenjenas y unos crujientes tacos picantes, siempre elegiría lo último.

—Esto es mucho mejor para ti - dijo Edie.

Cliff oyó el zumbido del microondas. Nanny parecía satisfecha con la explicación de Edie y no volvió a decir una sola palabra durante el resto de la cena. Edie mantuvo una serena conversación, recordándole a la anciana que utilizase el tenedor en lugar de los dedos, y hablando sobre cosas entretenidas de conocidos y viejos amigos. Cliff se encontró disfrutando del sonido de su conversación. El tono de su voz, bajo y melodioso, le recordaba el repicar de lejanas campanas de iglesia.

Permaneció en silencio mientras ellas comían. Fuera reinaba la oscuridad, envolviendo al mundo de misterio excepto en los lugares iluminados por las farolas. En su cabeza también se revelaba un misterio. ¿Qué le sucedía a la anciana? Era obvio que tenía una especie de enfermedad mental. ¿Era simplemente un caso de senilidad u otra

cosa?

¿Tenía Edie alguna vez la oportunidad de salir y alternar con gente de su edad? ¿Había algún hombre en su vida?

Se sentó más derecho en la silla, sorprendido por la extraña emoción que le rondaba en la cabeza. Curiosidad… Dios, ¿cuánto tiempo hacía que no había sentido verdadera curiosidad por nada ni por nadie que no fuese su trabajo?

Cambió de posición, reprendiéndose a sí mismo en silencio por permitir que un momentáneo interés entrase en su mente. No quería saber nada de Edie ni de su abuela. Podrían llegar a importarle y eso era algo que había jurado que no volvería a hacer jamás.

Inmediatamente después de comer, Edie llevó a su abuela al dormitorio. Casi media hora después volvió a la sala de estar ella sola.

—Se ha dormido - dijo Edie, acercándose a Cliff y quedándose de pie a su lado.

Él sabía que ella estaba ahí porque podía oler su fragancia, un ligero aroma de flores que le resultaba sumamente sugerente. El hecho de encontrar ese olor atractivo lo irritó.

-Cliff..

Ella le tocó ligeramente el hombro, pero apartó en seguida la mano cuando él se puso tenso y se volvió a mirarla con sus sombríos ojos insondables.

—¿Qué? - la palabra fue como un penetrante ladrido.

—Yo… sólo quería disculparme por el comportamiento de Nanny - tartamudeó Edie, retrocediendo sorprendida por su animosidad.

Una tensa sonrisa asomó en los labios de Cliff, como si fuese una expresión a la que no estuviese acostumbrado.

- Tengo que admitir que tiene buen golpe - replicó él.

Edie sonrió.

—Nunca la había visto pegar a nadie - su sonrisa se desvaneció-. Siempre ha tenido mucho temperamento y ha sido bastante testaruda, pero golpear… sólo es otro síntoma de su enfermedad.

—¿Que le pasa? - la pregunta salió de los labios de Cliff antes de que pudiera detenerla.

- Tiene la enfermedad de Alzheimer.

Cliff frunció el ceño.

—No sé mucho de eso, pero ¿no debería estar en un hospital o en

una residencia?

Edie asintió lentamente con la cabeza, con un gran pesar reflejado en su rostro.

- Sí, llegará un momento en que tendré que internarla. Pero por ahora todavía tiene momentos de lucidez en los que sabe quién soy y dónde está, y eso la reconforta. Cuando esos momentos de lucidez desaparezcan, tendré que tomar otras medidas.

Edie sonrió patéticamente. De pronto le parecía importante que él conociese a la mujer con la que había crecido, que comprendiese por qué sentía la necesidad de cuidar a Nanny todo el tiempo posible.

—Nanny y Gramps me criaron, y siento que cuidándola estoy compensándolos por todos los sacrificios que hicieron por mí.

—¿Dónde están tus padres?

—Murieron en un accidente de coche cuando yo tenía cuatro años. Nanny y Gramps son los únicos padres que he conocido. Gramps nos dejó hace cinco años.

Cliff sintió una repentina afinidad con ella. El también había conocido el dolor de perder a seres queridos. Se levantó bruscamente, rehusando simpatizar con ella. No quería sentir otra cosa que una fría e impersonal imparcialidad. Ahí se sentía seguro.

—Mira, esta pequeña charla sobre la historia de tu familia ha sido entretenida, pero yo no estoy aquí para estudiar el árbol genealógico de la familia Turner. Estoy aquí para hacer mi trabajo.- Cliff se arrepintió al instante de sus sarcásticas palabras al ver la mirada herida de Edie, pero ignoró conscientemente su remordimiento. De alguna manera, esa mujer era una amenaza para el refugio de seguridad que se había construido durante los últimos dos años. Mejor que ella lo odiase, mejor hacer que se enfadase que arriesgar la paz interior que había encontrado en su vida.

Caramba que si la había hecho enfadarse. Sin tratar de ocultar su furia, Edie atravesó la habitación con fuertes pisadas y empezó a arrojar los platos de la mesa en el fregadero, murmurando por lo bajo. Las puertas de los armarios sonaban con verdadero estruendo.

—Sé que no debo encender las luces, pero ¿podría encender algunas velas? - la voz de Edie fue una ráfaga de aire glacial.

Cliff asintió con la cabeza, observándola mientras encendía las velas que decoraban la habitación.

Edie estaba furiosa, más furiosa de lo que había estado desde hacía mucho tiempo, más furiosa de lo que la situación requería. De acuerdo,

era un grosero, pero ella se había tropezado anteriormente con personas desagradables. Estaba perpleja. ¿Por qué le afectaba tanto? Miró hacia donde él estaba sentado, observando por la ventana. Lo que más la había irritado era que le había preguntado por Nanny, mostrando interés, y luego la había desairado por responderle.

Cuando acabó de encender las velas, se sirvió un vaso de vino blanco, y se sentó en el sofá. Se quitó los zapatos, puso los pies encima de la mesita de café y se dispuso a relajarse. Ese era el momento en el que se liberaba de las preocupaciones y tensiones del día, pero esa noche, la paz interior que esperaba se zafaba de ella. Y él tenía la culpa. Le lanzó una mirada sombría. Era como un siniestro centinela que invadía su espacio. Incluso dándose ambos la espalda, podía sentir su presencia.

Edie cambió de postura en el sofá, sentándose de lado, y volvió a mirarlo. Sus hombros parecían tensos, y sintió un repentino y loco deseo de acercarse a él por detrás y darle un masaje que aliviase su tensión. El simple pensamiento la sorprendió, y la asustó un poco.

—¿Estás casado? - la pregunta salió de sus labios antes de que ella fuese consciente de que iba a formularla.

Él se volvió y la miró, con una mirada sombría y melancólica.

-No.

Edie sonrió ligeramente, nada sorprendida por la respuesta.

Cliff volvió a darle la espalda y se tomó otras dos pastillas para la acidez. No sabía si era por los bocadillos o por ella, pero parecía que tenía fuego en el estómago.

Sacó su libreta de notas y un lápiz y anotó la hora junto a las palabras Sin novedad. Walt insistía en que escribiesen un informe cada hora de todo lo que sucediese, aunque no sucediese nada.

Repentinamente se preguntó por qué habría encendido ella todas las velas. Llenaban la habitación de una placentera mezcla de esencias y creaban íntimos charcos de luz que danzaban en el cabello de Edie y suavizaban los contornos de su rostro, dando a su piel una cálida luminosidad.

¿Por qué no se iba a la cama? ¿Estaba allí sentada con la intención de ponerlo nervioso?

Podía ver claramente el reflejo de Edie en la ventana. Estaba sentada de lado, mirando al infinito pensativa, con la barbilla levantada ligeramente desafiante. Cliff detuvo la mirada en las gráciles líneas de su cuello, completamente descubierto por la trenza que le caía por la espalda. ¿Cómo estaría con el cabello suelto? La punta del lápiz se partió de pronto sobre la libreta.

—Maldita sea - sus palabras estallaron como un cohete al amanecer,

quebrantando el silencio de la habitación.

- ¿Qué sucede? - saltó ella, alarmada.

- He roto la punta del lápiz - respondió Cliff, mirándola como si ella fuese la responsable.

Edie lo miró estupefacta.

-¿Siempre se altera tanto con los pequeños contratiempos de la vida?

—¿Cómo demonios voy a hacer los informes sin un lápiz? - replicó él, consciente de que su reacción era exagerada y que no tenía nada que ver con el lápiz. Edie se levantó del sofá y abrió un cajón de la cocina, sacó un lápiz y se lo ofreció.

—Gracias - murmuró él, mirándola con una mezcla de vergüenza y turbación.

La mirada fue devastadora para Edie, tan devastadora como si la hubiese tocado íntimamente. Ella esperaba de él rabia y rudeza, pero esa mirada estaba llena de una vulnerabilidad que daba al hombre una nueva y sugestiva dimensión. Por un momento sus miradas se encontraron. Estaba tan cerca de él que podía sentir el calor de su cuerpo, ver la áspera textura de su piel oscurecida por la incipiente barba. Vagamente consciente de que se le había acelerado el pulso, Edie apartó la mirada, ruborizada.

—Yo… creo que me iré a la cama. Apaga las velas, ¿quieres?

Sin esperar una respuesta, ella se apresuró a salir de la habitación. Lo último que oyó fue el sonido del bote de pastillas para la acidez.

Edie apagó el despertador de un golpe, deleitándose en ese agradable estado entre el sueño profundo y la total consciencia. Siempre le había costado levantarse por las mañanas. Nanny siempre había bromeado con que nadie debería hablar a Edie hasta que no se hubiese tomado un vaso de zumo y hubiese pasado una hora mirando al vacío. Edie también era consciente de su dificultad para despertarse por la mañana, por eso siempre se levantaba temprano. Así tenía tiempo de espabilarse antes de que Nanny se despertara.

Cuando el despertador volvió a sonar, lo acalló de un rápido manotazo. Salió de la cama, respondiendo al hábito de su cuerpo, pero con el cerebro todavía a medio funcionar.

Con la visión borrosa por el sueño, salió del dormitorio dando tumbos y fue a la cocina. Necesitaba tomarse un zumo de naranja para estimular su soñolienta cabeza.

Abrió la nevera y sacó la jarra de zumo. Se sirvió un vaso y se lo llevó a los labios, al tiempo que se daba la vuelta. Con un grito de



sorpresa, dejó caer el vaso, que se estrelló a sus pies.

Capitulo Tres

—¿Por qué no has dicho nada? - Edie miraba a Cliff acusadoramente-. ¿Por qué no te has aclarado la garganta o has hecho algo para recordarme que estabas aquí?

Cliff no dijo nada, pero sus ojos eran bien elocuentes. Oscuros y ardientes, recorrían el cuerpo de Edie, prendiendo fuego a todas las partes por donde pasaba su mirada. Repentinamente Edie se dio cuenta de la miniatura de camisón que llevaba. El encaje de la parte superior era casi transparente, exponiendo la redondeada firmeza de sus senos. Sus rosados pezones se habían endurecido, respondiendo a la intensidad de la mirada del policía, y empujaban impúdicamente la tela de color melocotón que los confinaba. Jamás se había sentido tan completamente femenina, ni había sido tan consciente de su propia deseabilidad, hasta ese momento, viendo esa deseabilidad reflejada en las oscuras órbitas de los ojos de Cliff. La asustaba a la vez que la excitaba. Edie no se dio ni cuenta de que había dado un paso hacia delante hasta que sintió un dolor punzante en el pie. Ahogó un grito de sorpresa y levantó el pie, sintiendo que se debilitaba al ver un cristal clavado en su talón, y la sangre que fluía lentamente de la herida.

—Oh… he pisado un cristal - dijo aturdida, cojeando hasta el sofá para sentarse, y colocando el pie sobre una revista en la mesita de café.

Cliff se levantó inmediatamente de la silla.

—¿Tienes un botiquín de primeros auxilios? - preguntó con preocupación en la voz.

Ella asintió con la cabeza.

- En la segunda repisa del armario del baño.

Estaba aturdida, y no sabía muy bien si era debido a la impresión y el dolor por haberse cortado el pie, o a las confusas, casi aterradoras emociones que acababa de sentir.

Cliff volvió en seguida con el botiquín. Se sentó en la mesita frente a ella y colocó el pie de Edie en su regazo.

- ¿Duele?

- Un poco - admitió ella.

Aunque le estaba costando concentrarse en el dolor. Lo que sentía era la delicada presión de las yemas de los dedos de Cliff… y su afectuosa preocupación invadiéndola y disminuyendo su dolor.

—Me temo que voy a hacerte daño - la miró con sus ojos insondables, y a Edie le dio la impresión de que hablaba de algo más

que de su pie.

—No importa. Soy fuerte - susurró Edie, y se preguntó si ella también estaría hablando de algo más que del cristal clavado en su talón.

Durante un rato se quedó mirándolo, hipnotizada por la dureza de sus facciones.

—Tengo que extraer el cristal - dijo Cliff, apartando la mirada.

Edie apretó los ojos, anticipándose al dolor, pero se sorprendió de la infinita delicadeza con la que él extrajo el cristal.

—Ya está - dijo él, sacando el antiséptico y el algodón del botiquín.

—No tienes por qué hacer esto - murmuró Edie cuando él empezó a limpiarle la herida.

—Puedo hacerlo mejor que tú - replicó él, concentrado en su tarea-. Además, en parte soy responsable. Te asusté e hice que se te cayese el vaso.

Mientras le limpiaba el pie, Edie lo examinó, preguntándose cómo estaría bien afeitado. Bajo la incipiente barba sus facciones eran bien definidas: pómulos salientes, la insinuación de un hoyuelo en la comisura de sus labios, una barbilla firme. Se quedó mirándole los labios. Tenía una boca bonita cuando estaba relajada como en ese momento, y sus labios mostraban una sensualidad que antes no era evidente. Se preguntó cómo los sentiría en los suyos.

De pronto le pareció que él estaba demasiado cerca, y sintió la dureza de sus muslos bajo su pie. Estaba abrumada por la delicadeza con que le había limpiado y vendado la herida. Cliff no había apartado las manos de su pie, sino que empezó a ascender por su tobillo, tocándoselo ligeramente, hasta llegar a la curva de su pantorrilla, acariciándosela.

Una intensa languidez se apoderó de ella, haciendo que cada latido de su corazón retumbase en su pecho. El le acariciaba la pantorrilla, como si se deleitase con el tacto de su piel, y a cada caricia Edie sentía un anhelante deseo corriendo por sus venas.

-¿Hola? Que alguien me saque de esta maldita cama.

La voz estridente de Nanny salió del dormitorio, quebrantando el momento, y haciendo que Cliff y Edie volviesen a la realidad

abandonando un peligroso e inexplorado territorio.

Cliff apartó la mano bruscamente de su pierna, mirándola sorprendido, como un sonámbulo que se hubiese despertado en medio de la calle.

—Es hora de que me vaya - dijo con voz áspera, levantándose y apartándose de ella.

Sus movimientos eran bruscos y tensos mientras metía sus cosas en las bolsas de lona.

Edie se quedó sentada sin moverse, aturdida por el hecho de que sus caricias la hubieran afectado tan intensamente. Habría deseado que no se detuviese, que hubiese continuado trazando con sus labios el mapa invisible que había dibujado con la mano. De pronto frunció el ceño, presa de un remolino de confusión. ¿Cómo podía desearlo físicamente si apenas lo conocía, si ni siquiera estaba segura de que le gustase?

Se burló de sus emociones. Hacía tanto tiempo que no sentía el contacto de un hombre, que probablemente habría respondido a Atila el Bárbaro si le hubiese acariciado la pierna

—¡Socorro! Sacadme de esta cama.

La voz suplicante de Nanny sacó a Edie de su ensueño. Cuando se levantó del sofá, con una mueca de dolor al apoyar el pie vendado, vio que Cliff había recogido el equipo y estaba dispuesto a irse. Al llegar a la puerta del apartamento, se detuvo.

—Anoche me preguntaste si estaba casado y te dije que no - dijo Cliff con la mirada fría y sombría-, Estuve casado tres años.

—¿Qué ocurrió?

Edie sabía que no tenía derecho a preguntar, pero pensó que tal vez su respuesta le daría alguna pista sobre el enigma de ese hombre de ojos melancólicos e ira irracional.

—Me dejó - respondió él sin ninguna emoción en la voz.

Antes de que a Edie le diese tiempo a preguntarle algo más, Cliff se marchó.

—Tienes que retirarme de este caso - dijo Cliff, untado enfrente de Walt.

Eran más de las dos de la tarde y Cliff todavía n: había dormido tras la noche de vigilancia. No era que no lo hubiese intentado. Pero había estado dando vueltas en la cama, maldiciendo ese trabajo y a Edie Turner.

- Imposible - se burló Walt, y después frunció el ceño. -Tienes un aspecto horrible. Creo que te dije que te cortases el pelo.

- Tengo un aspecto horrible porque llevo más de veinticuatro horas sin dormir replicó Cliff, malhumorado-. ¿Y bien, vas a retirarme de este caso o no?

—No - respondió Walt con firmeza-. ¿Hay algún problema?

—No exactamente. La abuela cree que soy una especie de voyeur pervertido, y la nieta, Edith… - Cliff se interrumpió, suspirando de frustración.

¿Qué podía decir? ¿Que Edith Turner era preciosa y que había salido de su dormitorio con una miniatura de camisón que le había hecho perder el juicio? Suspiró aliviado cuando llamaron a la puerta del despacho.

- Entre - ordenó Walt.

John Gibson, otro agente de narcóticos, entró en el despacho.

- Hola, Marchelli - saludó a Cliff, y miró a Walt-. ¿Quería verme, señor?

—Siéntate, estaré contigo en un minuto - Walt le indicó la silla que había junto a la pared, y se dirigió a Cliff-, ¿Y bien, qué problema hay con Edith Turner?

Cliff pensó en la pierna de Edie en su regazo, en la sedosa textura de su piel.

- Es una persona difícil - soltó por fin, a la desesperada.

Walt se pasó la mano por el cabello, dejándola suspendida en el aire.

—Mira, Cliff, todo lo que te pido son dos semanas de tu tiempo. Sé que la vigilancia es más llevadera en un lugar vacío, pero el apartamento de Edith es el mejor punto estratégico.

—¿No podríamos sacarlas de allí hasta que hubiésemos terminado? - preguntó Cliff desesperado.

Walt se encogió de hombros.

-Supongo que sí, pero la gente podría hablar y eso destruiría todo el plan - Walt suspiró, y miró a Cliff apremiantemente-. Cliff, intenta hacer este trabajo -. Quiero este arresto. Me jubilo dentro de seis meses, y si todo sale bien dejaré mi puesto cubierto de gloria.

Cliff deseaba protestar, pero al mirar al hombre que no sólo había sido su jefe, sino su amigo, los últimos trece años, comprendió que llevaría a cabo esa misión hasta el final. Era lo menos que podía hacer por el hombre que le había ayudado a conservar la cordura los últimos dos años.

—De acuerdo - cedió Cliff, llevándose inconscientemente la mano al estómago al levantarse-. Terminaré este trabajo, pero me debes una.

- Muy bien - dijo Walt, visiblemente aliviado ante la capitulación de Cliff-. Te la devolveré en cuanto vayas al médico a que te vea esa úlcera.

- Sí, claro.

Cliff sonrió irónicamente, sabiendo que no haría tal cosa. Se despidió de John con la cabeza y salió del despacho.

Sabía que debería ir a dormir un par de horas antes de volver al apartamento de Edith Turner, pero eso era lo último que le apetecía. Se puso a conducir sin rumbo fijo, con la mente llena de visiones atormentadoras de Edie. Al verla aparecer esa mañana en el cuarto de estar, se había visto inmerso en emociones olvidadas, recordando sentimientos negados durante mucho tiempo. Y eso le daba pánico.

Durante un buen rato después de que Cliff se hubo marchado, Edie se quedó mirando la puerta, meditando sus últimas palabras. «Me dejó.» Nunca había oído pronunciar unas palabras con tan poca emoción. Mientras barría los cristales del suelo, las palabras de matrimonio? Continuó preparaba el desayuno. Cliff seguían acosándola. ¿Qué había ocurrido con su haciéndose preguntas mientras levantaba a Nanny y

Después de desayunar, Edie sentó a Nanny en el sofá y le puso una caja de bisutería en el regazo. Nanny sonrió como una niña, tocando reverentemente las falsas joyas de colores.

Con Nanny entretenida, Edie se puso a recoger los platos del desayuno, sin dejar de hacerse preguntas sobre cómo era la esposa de Cliff y qué clase de marido había sido. ¿Pero cómo iba a saber la respuesta? No sabía nada de él. Bueno, casi nada, se dijo, recordando la ardiente intensidad de su oscura mirada recorriendo su cuerpo medio desnudo. Había sentido la vibrante expectación de una recién casada ante el lecho nupcial.

—¿Edie, querida, estás despierta?

La voz de Rose y unos fuertes golpes en la puerta sobresaltaron a Edie. Arrojó el estropajo al fregadero y fue a abrir a Rose.

—Buenos días, Rose - Edie sonrió a su vecina.

—No son nada buenos - dijo Rose, dirigiéndose a la mesa y plantando su sólido trasero en una silla-. ¿Tienes una taza de té para una pobre alma desgraciada? Miró a Edie lastimeramente.

Edie asintió con la cabeza y puso la tetera al fuego, preguntándose cuál sería el nuevo melodrama de Rose.

—Cuéntame, Rose, ¿qué te tiene tan acongojada? - preguntó Edie, uniéndose a Rose en la mesa.

- Anthony y su prometida.

- Pero creía que estabas contenta de que Anthony se casara - protestó Edie.

—Lo estaba… lo estoy, pero esa Sherri que mi Anthony ha elegido para casarse, no quiere tener hijos - dijo Rose con el rostro afligido-. Ahora desaparecerá el apellido Tonnilesco y nunca tendré nietos.

Gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

El silbido de la tetera demoró la respuesta de Edie. Sirvió dos tazas de té de hierbas, comprobó que Nanny seguía felizmente entretenida con sus joyas, y volvió a sentarse a la mesa.

—Es una maestra, y dice que ya tiene bastantes niños a lo largo del día - explicó Rose, cuyas lágrimas habían sido reemplazadas por una gran indignación-. ¿Qué mujer no desea tener hijos?

- Rose, hoy en día mucha gente decide no tener hijos.

- ¿Qué clase de decisión es esa? Tú querrías tener hijos, ¿verdad?

Edie lo pensó un buen rato antes de responder. Sí, en otro tiempo había deseado tener un hijo, pero desafortunadamente no había encontrado un hombre con quien compartir su vida, y había apartado de su mente sus instintos maternales. Además, cuidar a Nanny satisfacía de alguna manera esa necesidad.

—La verdad, no lo sé - respondió Edie finalmente, y sonrió-. Me parece que tendría que prescindir de algunos ingredientes importantes de mi vida si deseo tener hijos.

—¿Y quién tiene la culpa? - la reprendió Rose-. Te he dicho mil veces que me quedaré con tu abuela la noche que quieras para que salgas y te relaciones. Y las pocas noches que sales, quedas con el cursi del doctor Powers, que está demasiado ocupado en quererse a sí mismo como para querer a otra persona.

Edie se echó a reír. Sí, tenía que admitir que Marcus era algo narcisista.

—Marcus no está mal - dijo con una sonrisa-. Siempre que no le tome demasiado en serio.

—Pero a eso precisamente me refiero, Edie, querida - Rose se detuvo para dar un sorbo de té, y continuó-. Ya es hora de que encuentres a un hombre al que puedas tomar en serio. Está muy bien que te ocupes de tu abuela, pero eres una mujer joven y necesitas algo

más en tu vida.
Edie abrió la boca para protestar.
- Sabes, Edie, ya no eres tan joven.
- Sólo tengo treinta años - dijo Edie con una carcajada.
Rose se encogió de hombros.
—Un día tienes treinta… después treinta y cinco… luego cuarenta… y antes de que te des cuenta, plaf, eres demasiado vieja para tener una familia.
- Tengo una familia - Edie miró a Nanny con cariño.
Rose le dio unas palmaditas en la mano.
—Lo que estás haciendo, cuidando a Nanny, es maravilloso. Pero querida, no sacrifiques tu vida por tu abuela. La vida es demasiado corta y el amor es difícil de encontrar.
—No te preocupes, Rose - Edie apretó la mano de Rose con afecto-. Algún día encontraré a mi Príncipe Azul, me casaré, tendré una casa llena de niños y viviré feliz el resto de mi vida. Y te diré algo, serás la madrina de todos mis hijos.
Rose se terminó el té y se levantó.
- Lo cierto es que tu Príncipe Azul no va a llamar a tu puerta.
Inmediatamente Edie pensó en Cliff Marchelli. Él había llamado a su puerta, pero desde luego no tenía nada de Príncipe Azul. Aunque era interesante el pensamiento de que, según el cuento de hadas, un beso podía convertir a un sapo en príncipe.
Cliff observó que un enorme camión de carga avanzaba lentamente por la calle hacia el almacén. La adrenalina se precipitó en sus venas cuando el camión llegó a la entrada del almacén. Tal vez esa era la gran noche. Entonces podría salir de ese departamento y alejarse de Edie Turner, de la indecible tensión que flotaba en el aire entre los dos. Suspiró desilusionado cuando el camión dio media vuelta y regresó por donde había llegado.
Desde el momento en que había entrado por la puerta hacía media hora, Edie y él se habían ignorado mutuamente. Pero aunque no la mirase estaba pendiente de ella. ¿Cómo no iba a estarlo si su fragancia llenaba la habitación, invadiendo sus sentidos? El sonido de los platos al poner la mesa el melódico canturreo de Edie mientras se afanaba en la cocina le hacían recordar tardes lejanas en las que él se sentaba en la cocina, observando a Catherine preparar la cena.
Los pensamientos sobre Catherine siempre le habían producido una rabia tan intensa que se le retorcían las tripas. Pero esa vez la rabia era menos intensa y estaba mezclada con una nueva tristeza.
—¿Cliff, te apetece tomar un poco de lasaña con nosotras?
Cliff se volvió y miró a Edie, sorprendido por la invitación. Hizo una

rápida valoración de sus alternativas. O la lasaña, cuyo apetitoso aroma llenaba la habitación, o las dos hamburguesas que terna en su bolsa, probablemente frías y grasientas.

- Sí, de acuerdo - asintió él-. Si no es una molestia.

- En absoluto. Sólo tengo que poner otro plato en la mesa.

—¡No! - exclamó él alarmado-. Yo… eh, no puedo dejar mi puesto. Si no te importa, me traeré el plato aquí.

Se volvió hacia la ventana, con un ligero rubor en el rostro, consciente de que ella lo estaba mirando con curiosidad. Sabía que su reacción había sido exagerada, pero no quería sentarse con ellas en la mesa. Parecerían una familia feliz, y esos eran conceptos sobre los que Cliff no se permitía fantasear, ya no.

—Claro, no hay ningún problema - dijo Edie, escudriñando su amplia espalda como si fuese a descubrir la quinta esencia interior del hombre.

Desde el momento en que Cliff había entrado por la puerta, Edie había sentido una desacostumbrada timidez, junto con el deseo de conocerlo mejor. Le había hecho la invitación de comer con ellas con la esperanza de que eso estimulase de alguna manera su sociabilidad.

—Voy a despertar a Nanny y cenaremos en seguida.

Edie esperó hasta que él asintió con la cabeza casi imperceptiblemente, y entró en el dormitorio de Nanny.

—Nanny, despierta. Es hora de cenar.

Edie le sacudió suavemente el hombro. Nanny abrió los ojos, y cuando Edie vio su cálida mirada se dio cuenta de que era la mujer con la que había crecido, la mujer a la que adoraba.

—Ah, Edie - Nanny le acarició la mejilla cariñosamente con una mano arrugada-. Tenía un sueño maravilloso. Estábamos todos reunidos para el té, y mi madre estaba allí, y tu madre también, y bebíamos el té en preciosas tazas de porcelana china y comíamos pastitas.

- Suena maravilloso, Nanny - Edie la ayudó a incorporarse-. Ahora hay que levantarse a cenar.

Nanny le dio a Edie unas palmaditas cariñosas en la cara.

—Qué buena chica eres, Edie. Siempre has sido la luz de mi vida. Antes de que Edie pudiera responder, la luz de reconocimiento desapareció de los ojos de su abuela.

—Y tú la mía - susurró Edie, despidiéndose en silencio de la mujer a la que amaba. Cuando su abuela salió de la cama había vuelto a convertirse en una arisca desconocida, que le apartaba las manos.

—¿Qué está haciendo ése aquí?- preguntó Nanny, señalando con el

dedo a Cliff-. ¿No tiene una casa donde ir?

—Cliff ha venido de visita - dijo Edie, sacando la fuente de la lasaña del horno.

—Pues es un grosero - replicó Nanny-. Viene de visita, y se sienta a mirar por la ventana.

—Lo siento, no pretendía ser grosero.

Edie se sorprendió al oírlo, más aún cuando lo vio sentado de lado, ofreciendo a Nanny una indecisa sonrisa. Una sonrisa tan vulnerable que Edie se quedó sin respiración.

Nanny hizo un gesto afirmativo con la cabeza, apaciguada por la respuesta de Cliff.

- Y si se afeitase un poco parecería más civilizado.

Cliff asintió con la cabeza, con una expresión divertida en los labios.

Edie se dio la vuelta y se puso a cortar el pan. La media sonrisa había dado vida a las facciones de Cliff, pero ella sabía que no se quedaría satisfecha hasta que recibiese de él una verdadera sonrisa procedente de su corazón.

—Creía que íbamos a cenar tacos - exclamó Nanny, al ver la lasaña, y le preguntó a Cliff-. ¿No preferiría unos tacos en lugar de esta cosa?

—La lasaña está buena - respondió Cliff.

Se le estaba haciendo la boca agua pensando en la deliciosa lasaña de carne con salsa picante, cubierta de queso. Hacía mucho tiempo que sólo comía cosas ricas en colesterol y poco nutritivas, envueltas en celofán.

- La lasaña está buena, pero los tacos están mejor - anunció Nanny.

- Gracias - murmuró Cliff cuando Edie le llevó un plato.

Cuando Edie volvió a la mesa con su abuela, miró la lasaña con el ceño fruncido. ¿Dónde estaba la salsa? ¿Dónde estaba la carne? La partió con el tenedor y frunció aún más el ceño. Estaba rellena de trozos de verduras.

- ¿Pasa algo? - le preguntó Edie.

- No… sólo que… ¿dónde está la carne? - acertó a decir él finalmente.

- Oh, no hay carne. Nanny y yo somos vegetarianas.

—Ella es vegetariana. Yo sólo soy una prisionera a su merced - dijo Nanny sarcásticamente.

—Siempre hago la lasaña de verdura. Es mucho mejor para ti que

toda esa carne roja y los picantes fuertes.

—A mí me gusta la carne roja y los picantes fuertes - murmuró Cliff, dándose cuenta que los trozos verdes eran de brécol y espinacas.

—Sí, pero es obvio que a tu estómago no. ¿Cuánto tiempo hace que tienes úlcera?

—No tengo úlcera - gruñó él, molesto por la intromisión de Edie en sus asuntos personales.

—Supongo que masticas esas pastillas para la acidez porque te gusta su sabor replicó Edie con una sonrisita-. Y que de niño te comías la tiza de la pizarra.

De forma totalmente inesperada, Cliff soltó una carcajada. Sorprendido de su propia risa, y porque debía de haber olvidado lo bien que sentaba reírse, volvió a hacerlo.

Su sonora risa tocó la fibra sensible de Edie y se le aceleró el corazón. Cliff dejó de reírse lentamente y durante rato se quedaron mirándose el uno al otro.

—¿Vais a quedaros ahí sentados mirándoos toda la noche, o vamos a comer? preguntó Nanny con exasperación.

Ante los propios ojos de Edie él se transformó, volviendo a ser el hombre sombrío y melancólico de fría mirada.

—Vamos a comer - respondió él, dándoles la espalda.

Llena de una frustración que hacía que sus manos temblasen ligeramente, Edie sirvió los platos para Nanny y para ella.

Mientras comía, Edie se preguntaba cuántas cualidades aparte de la risa ocultaba Cliff y qué sería lo que abriría una grieta en esa dura fachada. Una grieta por la que ella pudiera colarse.

Después de la cena Edie volvió a verle un signo de vulnerabilidad. Nanny se había ido a la cama y ella y Cliff estaban solos en la penumbra de la habitación.

- Me siento un poco como Abraham Lincoln - dijo ella mientras encendía una vela junto al procesador de textos.

- Sí, pero no creo que él tuviese un procesador de textos y un dictáfono – respondió Cliff-. Aunque supongo que es incómodo trabajar a oscuras. ¿Qué haces exactamente?

-Soy transcriptora médica y proceso textos. Trabajo en una consulta de seis médicos pero hace dos meses dejé la consulta para cuidar a Nanny. Los doctores han sido muy amables y me permiten hacer el trabajo en casa. Normalmente no trabajo a estas horas, pero tengo que terminar unos informes para mañana y no he tenido tiempo en todo el día –animada por la amabilidad de Cliff, Edie se aventuró a preguntarle-: ¿Cuánto tiempo llevas en el cuerpo de policía?

-Hará catorce años en junio. Me hice policía a los veintiún años.

-¿Te gusta el trabajo?

Cliff tardó tanto en contestar que Edie se preguntó si habría olvidado la pregunta.

-Sí, me gusta mi trabajo –Cliff se volvió y la miró-. En los últimos dos años mi trabajo ha sido lo más importante de mi vida. ¿Y a ti? ¿Te gusta lo que haces?

-Desde luego, es interesante y ahora mismo es lo mejor que podría hacer. Este trabajo me permite estar aquí con Nanny y seguir pagando las cuentas. Ella me necesita.

-Lo haces muy bien. Es evidente que tienes mucha paciencia.

-Es fácil tener paciencia con alguien a quien quieres –replicó ella con suavidad.

Sus ojos se encontraron y se quedaron mirándose. El aire se cargó de electricidad. Edie había visto sus ojos fríos de indiferencia. Pero en ese momento, mientras la miraban, estaban iluminados con una pasión que la dejó paralizada. Se sentía perdida, prisionera del fuego que ardía en su mirada.

Los dos se sobresaltaron cuando llamaron a la puerta.

-No dejes entrar a nadie –advirtió Cliff a Edie.

La mirada que la había mantenido cautiva había desaparecido, como si jamás hubiera existido, y ella se preguntó si habría imaginado el deseo en sus ojos. Edie asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta, abriéndola sólo unos centímetros.

-Reparto de pizza –dijo un joven al otro lado de la puerta.

Llevaba una camiseta de reparto a rayas rojas y blancas y sostenía una caja de pizza en la mano.

-Debe haberse equivocado. No hemos pedido ninguna pizza.

Edie empezó a cerrar la puerta, pero el hombre metió el pie en la abertura.

-Es para Cliff Marchelli –anunció el repartidor enfáticamente, mostrándole una placa oculta bajo el uniforme.

-Cliff, es para ti – dijo Edie, abriendo la puerta.

-Hola, Marchelli –el joven sonrió a Cliff.

-¿Gibson, qué haces aquí? –Cliff se levantó a saludarle, y se volvió a Edie-. Este el John Gibson. Trabajamos juntos

Edie asintió con la cabeza. Volvió a la mesa, se puso los auriculares del dictáfono y empezó a teclear para no entrometerse en el trabajo de los dos hombre. Sin embargo, no pudo evitar oír su conversación.

—¿Qué te parece mi coartada? - dijo John, pasándose la mano por la camiseta de rayas.

—Magnífica. ¿Pero para qué has venido?

—El capitán me ha enviado con esto - abrió la caja y sacó lo que a Edie le parecieron unas fotografías-. Dicen que uno de estos hombres será nuestro traficante.

- Gracias.

Cliff examinó las fotografías.

- ¿Ella puede oírnos? - preguntó John en una voz apenas audible para Edie. Cliff negó con la cabeza distraídamente.

- Así que ésta es la infame Edith Turner - dijo John con guasa.

Edie se puso rígida, pero siguió tecleando.

—No puedo creer que estuvieses en el despacho del capitán, quejándote de que es una persona difícil. A mí no me parece tan horrible. De hecho, parece bastante agradable.

—Sí, claro - Cliff lo acompañó a la puerta-. Gracias por traerme las fotos, y dile al capitán que lo veré por la mañana.

Cliff empujó a John por la puerta y dirigió una inquieta sonrisa a Edie. Edie se levantó bruscamente de la silla y se encaró con él, mirándolo furiosamente mientras se quitaba los auriculares de un tirón.

—Eres despreciable. No puedo creer que le hayas dicho al señor Cummings que soy una persona difícil. He ofrecido mi apartamento, con la esperanza de ayudar a la policía de alguna manera, y tú vienes aquí lleno de resentimiento y tienes la osadía de quejarte de mí - avanzó hacia él con paso airado y se detuvo a pocos centímetros de él-. Deja que te diga algo, Cliff Marchelli. Eres un sapo y tengo el presentimiento que si te besase, seguirías siendo un sapo.

Con estas palabras, Edie se dirigió furiosamente a su dormitorio, dando un portazo.

Capítulo Cuatro

Cliff se quedó mirando fijamente la puerta del dormitorio, con una mezcla de remordimiento y confusión. Lamentaba que Edie hubiese oído a John, y se arrepentía de lo que le había dicho a Walt. ¿Pero qué demonios había querido decir con eso del sapo?

Se sentó delante de la ventana y sacó el bote de pastillas para la acidez. Cuando iba a echarse dos en la palma de la mano, cambió de idea y cerró el bote. Se las iba a tomar por la costumbre, pero su estómago no las necesitaba. Se sentía mejor y tenía que admitir que probablemente era debido a la nutritiva lasaña de verduras que había comido en lugar de sus acostumbradas comidas grasientas y picantes.

Una sonrisa elevó las comisuras de sus labios al pensar en la mujer que estaba al otro lado de la puerta. Estaba claro que ella no tenía ningún problema para expresar sus emociones. Ella nunca tendría una úlcera. Sonrió más ampliamente. Era de las personas que producían úlceras a los demás.

Sin embargo, tenía que admitir que al tenerla tan cerca, con el pecho agitado por la emoción y los ojos llenos de ira, se había sentido tentado. Había deseado estrecharla entre sus brazos y sentir la unión de sus cuerpos en un íntimo abrazo. Había sentido la necesidad de presionar los labios contra los de ella, sin dejar de abrazarla hasta que la ira de sus ojos se hubiese transformado en deseo.

Se burló de sí mismo, acariciándose la áspera barbilla, y contempló el cuarto de luna creciente en el cielo. Pensó que no le haría daño un afeitado. Se llevó la mano a la nuca e inconscientemente se tiró del pelo que le cubría el cuello de la camisa. Tampoco le haría daño un corte de pelo. Entonces retiró la mano y pensó que estaba bien así. No estaba dispuesto a cambiar su aspecto por nadie.

Siguió contemplando la luna y pensando en la mujer que estaba en el dormitorio. Desde que la había visto esa mañana en camisón, le resultaba fácil imaginársela tumbada en la cama, con el cabello suelto, echada boca arriba, vulnerable y expuesta a caricias nocturnas.

Empezó a invadirle el calor según se intensificaban las seductoras imágenes. Edie, con los brazos abiertos, invitándole a echarse en la cama con ella. Edie, de pie a la luz de la luna, quitándose el camisón para exponer sus curvas besadas por la luna, mirándolo provocativamente.

El calor se concentró de pronto en el centro de su estómago. Con la frente bañada de sudor, lucho internamente con las peligrosas emociones que lo invadían.

La deseaba. La aceptación de ese hecho mitigó su batalla. ¿Y por qué no? Era una mujer hermosa y deseable, y él era un hombre saludable con un apetito sexual suprimido durante mucho tiempo.

Era algo natural que sintiese deseo físico. Estaba bien sentir esa necesidad siempre que las cosas no fuesen demasiado lejos. El verdadero pecado sería que hiciesen el amor y le diese a Edie la errónea impresión de que podía darle algo más que satisfacción física. Cliff sabía que no podía ofrecer nada más. Donde una vez estuvo su corazón ya sólo existía un abismo… negro…muerto… vacío.

—¿Cliff?

Él dio un respingo, maldiciendo, y se volvió. Edie estaba en el marco de la puerta.

—Lo siento, no pretendía asustarte - se acercó a él, apretándose bien el cinturón de la bata en su esbelta cintura-. Quiero preguntarte algo.

- ¿Qué? - preguntó Cliff, sin mirarla.

- ¿Por qué piensas que soy una persona difícil?

Cliff suspiró profundamente y se pasó la mano por el pelo, aturdido todavía por las eróticas imágenes que acababa de representar en su mente.

- Olvídalo. No tiene importancia.

- Sí la tiene - insistió ella, avanzando otro paso hacia él.

- No quiero tener esta conversación.

—Pero yo sí - Edie frunció el ceño cuando lo vio sacar el bote de pastillas-, ¿Te duele el estómago?

Sin esperar respuesta, Edie fue a la nevera y sirvió un vaso grande de leche.

—Toma, bébete esto en vez de tomar esas pastillas. Debes de gastarte una fortuna en ellas.

Cliff cogió el vaso, se bebió la leche y se lo devolvió a Edie. Ella dejó el vaso encima de la mesa y volvió a acercarse a él.

- Ahora dime por qué piensas que soy una persona difícil.

Cliff hizo una mueca de dolor y se frotó el estómago.

—¿Qué pretendes? ¿Agriarme la leche que acabas de darme? - gruñó-. Déjalo estar, olvídalo.

Le dio la espalda a Edie.

- Sabes, no tendrías tantos problemas de estómago si no te

guardases todo dentro - le dijo Edie, contemplando la amplitud de su espalda-. Por lo que ha dicho tu amigo antes es obvio que te quejaste a Walt de mí. Creo que es justo que me digas por qué.

Edie ahogó un grito cuando él se levantó repentinamente de la silla y la agarró por las muñecas apretándola contra la dura longitud de su cuerpo. A la luz de la luna que entraba por la ventana, ella podía ver en los ojos de Cliff una intensa emoción contenida. Su rostro estaba endurecido de ira y algo más… algo que Edie no podía definir.

—¿Crees que no debería reprimir mis emociones? Bien, entonces te diré exactamente por qué te encuentro difícil -dijo él ásperamente. Edie sintió su cálido aliento en el rostro, y se estremeció.

—Eres difícil porque tienes una piel muy suave, y un cabello… que podría perderme en él - le soltó una muñeca y le metió los dedos por el pelo-. Y unos labios, que están pidiendo ser besados.

Edie dejó escapar un suspiro, apenas consciente de que Cliff le había soltado las muñecas, que podía escapar de él. Pero escapar era en lo último que pensaba. Sabía que debería salir corriendo, pero no podía. Sabía que la iba a besar y lo deseaba.

Él tomó su boca en explosiva demanda, y ella le abrió los labios, arqueando el cuerpo hacia él.

Cliff gimió y la besó más profundamente, primero tocándole con la lengua el borde de los dientes, e introduciéndosela después por todos los rincones de su boca. Con los dedos enredados en el cabello de Edie, la mantenía con la cabeza echada hacia atrás, exponiendo la curva de su cuello.

Edie se sentía perdida en un torbellino de sensaciones, desorientada por su apremiante y primitiva reacción.

—He deseado esto desde el momento en que entré en este apartamento murmuró él, apartando su boca de la de Edie.

Ella apenas lo oyó, aturdida por la violencia de su beso. La sangre le palpitaba en las venas, y su respiración era un entrecortado jadeo.

Cliff echó el torso hacia atrás y la miró ardientemente.

—No quieres que me guarde las cosas, pues te diré por qué te encuentro difícil. Te deseo, Edie.

La dura franqueza de sus palabras hizo que a Edie se le cortase la respiración. Él apretó las caderas contra las de ella, para que sintiese la intensidad de su excitación.

—Deseo llevarte a tu dormitorio y echarte en la cama. Y después

reemplazar tu ropa por mis labios - los ojos de Cliff se oscurecieron-. Pero no te confundas. Lo que quiero compartir contigo no tiene nada que ver con el amor. Sólo sería un agradable interludio en mi vida, breve y apasionado, pero algo momentáneo, como mucho - su mirada se suavizó ligeramente-. Y algo me dice que tú no eres la clase de mujer que acepta eso. Ahora ya sabes por qué me resultas tan difícil.

La soltó repentinamente y dejó caer los brazos con un profundo suspiro.

—Vete a la cama, Edie. Si tenemos suerte, dentro de una semana más o menos habré salido de aquí, y de tu vida.

Se dio la vuelta y se sentó. Su silueta recortada en la ventana parecía muy vulnerable… y muy solitaria.

El saber que la deseaba le resultaba estimulante a la vez que la aterraba. Se sentó en el borde de la cama, tocándose los labios que él acababa de devorar. La había hecho sentir cosas que ella no deseaba sentir. Era Casanova, seduciéndola con ensayadas técnicas, el diablo tentando su alma. Y la tentación era deliciosa y seductora. Se quitó la bata, se acurrucó bajo las sábanas y apagó la lamparita de noche. Había intentado asustarla, echarla de su lado, pero ella se sentía atraída por él irresistiblemente.

Cliff era un caso difícil, pero Edie tenía la sensación de que la mujer que lograse romper su caparazón sería la mujer más afortunada del mundo. Requeriría mucha paciencia, pero como ella le había dicho antes, podía ser muy paciente con las personas que le importaban.

Se incorporó en la cama, escandalizada por sus pensamientos. ¿Era posible que Cliff estuviese empezando a importarle? Si era así, esperaba no acabar con una úlcera ella también.

El sol asomaba por el horizonte. Cliff se estiró fatigadamente, bajándose la camisa que se le había arremangado en la lisa y dura superficie de su estómago.

El sol era una grata visión, desterrando la oscuridad de la noche. Cliff deseó que pudiese desterrar también la oscuridad de las emociones con las que había estado lidiando las dos últimas noches. Edie … su nombre le abría el apetito. El beso que le había robado hacía dos noches había sido como un delicioso aperitivo que precede a un festín. Pero desde entonces, ella había estado esquivándolo, encerrándose en su dormitorio en cuanto él llegaba por la tarde y sin salir hasta que se iba por la mañana. Le había facilitado las cosas a Cliff. Pero nada podía tranquilizar su conciencia cuando recordaba su beso.

Se había comportado brutalmente con ella, más de lo que pretendía.

Pero necesitaba desconcertarla y asustarla. Desde el momento en que se conocieron, había surgido una tensión sexual entre ellos como una corriente eléctrica que flotaba en el aire. Durante los últimos dos años había experimentado la pasión, pero había aprendido a combatirla a base de ejercicio físico y un firme y rígido control. Pero en el breve momento que había tenido su curvilíneo cuerpo entre sus brazos, Cliff había sentido que el control se le escapaba. Había necesitado toda su fuerza de voluntad para apartarse de ella.

Las últimas dos noches habían sido interminables. Cliff se preguntaba qué habría sucedido si no se hubiera apartado de ella. Edie no se había resistido, había aceptado el beso voluntariamente, y su mente lo atormentaba con imágenes de lo que podía haber sucedido.

—Buenos días.

Cliff se sobresaltó al oír la voz adormilada de Edie, sorprendido de que hubiese salido de su dormitorio antes de que él se fuese. La observó dirigirse como una sonámbula hacia la nevera, cubierta de pies a cabeza con la larga túnica.

—Buenos días - murmuró él.

Edie sacó la jarra de zumo de naranja de la nevera y se la llevó a la boca. Una sonrisa divertida asomó en los labios de Cliff.

—¿Qué es tan divertido? - preguntó Edie, algo excéntrica tras dos noches sin dormir.

—Mi madre siempre me zurraba por beber directamente de la jarra.

La sonrisa de Cliff se desvaneció al recordar las peleas con su madre por su costumbre de beber leche directamente de la jarra. Le invadió la culpabilidad al darse cuenta de que hacía mucho tiempo que no la llamaba.

Edie vio que se le habían suavizado las facciones, y su mal humor mañanero se disipó un poco.

—¿Estás muy unido a tu madre?

—Antes sí - la mirada de Cliff se hizo más distante-. Se casó por segunda vez en St. Louis hace varios años y desde entonces hemos perdido el contacto.

—Es una pena. Creo que la vida es demasiado corta para permitir que la distancia física o emocional, nos separe de nuestros seres queridos.

—La vida es demasiado corta para comprometerse emocionalmente con nadie. Edie lo miró, sorprendida del tono amargo de su voz.

—Oh, Cliff, estás muy equivocado. Antes prefiero un momento pasajero de amor que toda una vida sin él.

Cliff se quedó mirándola, y después sonrió.

- Entonces, Edith Turner, eres tonta.

El sonido del teléfono se anticipó a la réplica de Edie.

—¿Quién podrá ser a estás horas? - musitó, apresurándose a contestar-, ¿Hola? Hola, ¿qué ocurre? ¿Esta noche? Oh, me temo que es imposible. No creo que pueda encontrar a alguien que se quede con Nanny - hizo una pausa-. Bueno, veré si Rose puede. Te llamaré para confirmártelo.

- ¿Algún problema? - preguntó Cliff cuando ella colgó.

- Unos amigos míos tienen entradas para el ballet esta noche. Quieren que vaya.

- ¿Te gusta el ballet? - preguntó él mientras empezaba a recoger sus cosas.

—Lo adoro - exclamó ella-. Creo que en otra vida debí ser una bailarina famosa. Desafortunadamente, en esta vida no he sido dotada de coordinación ni de ritmo. Edie se echó a reír, con un abandono juvenil que hizo desear a Cliff poder llevarla al ballet todas las noches, cualquier cosa para que se riese así más a menudo.

—Hace mucho tiempo que no voy al ballet - dijo ella, sirviéndose una taza de té-. Y la representación de esta noche es una de mis favoritas, Giselle.

Le sirvió una taza a Cliff, pero él rehusó con la cabeza, imaginándose que estaba hecho de hierbas.

—Y supongo que dabas clases de ballet cuando eras joven - dijo él.

Ya había recogido sus cosas, pero parecía poco dispuesto a irse. Había algo íntimo en compartir una conversación a la salida del sol mientras la mayoría de las personas aún estaban durmiendo.

—Por supuesto - Edie sonrió, sentándose en la mesa con la taza de té-. Durante dos años iba una vez a la semana a la Academia de Ballet de Madame Luxinski y soñaba con ser una primera bailarina.

Cliff trató de imaginársela de niña con un tutú, pero cada vez que lo intentaba, sólo visualizaba sus largas y esbeltas piernas, y no las de una niña.

—¿Por qué lo dejaste?

—Un día en la academia salí de mis fantasías y me observé en el espejo. Lo primero que pensé fue: «¿Qué hace esa pobre niña sin talento?» Entonces me di cuenta de que esa pobre niña sin talento era yo, y lo dejé. Pero mi pasión por el ballet no ha disminuido - Edie miró a Cliff con curiosidad-. ¿Y tú? ¿Qué soñabas ser cuando eras joven?

—Un astrónomo - respondió él, sonriendo y sacudiendo la cabeza al evocar sus recuerdos-. Cuando tenía ocho años me regalaron un telescopio por Navidad, que me reveló un mundo nuevo. Me pasaba horas mirando las estrellas, imaginándome que era un astrónomo famoso que descubría nuevas galaxias.

- ¿Qué pasó con esos sueños? - le preguntó Edie con dulzura.

El sonrió cínicamente.

- Lo que menos necesita el mundo es otro astrónomo romántico.

—Oh, no creo que nadie te acusase jamás de serlo - dijo Edie con una sonrisa burlona.

- ¿Qué? ¿Un astrónomo?

- No, un romántico.

Edie soltó una risita al ver la ceñuda expresión de Cliff.

—Tengo que irme - dijo él con frialdad, dirigiéndose a la puerta-. Te veré esta noche.

Abrió la puerta y salió al descansillo. No podía creer que hubiese compartido con Edie sus sueños infantiles. Jamás había hablado de ellos con Catherine. Sentía que había expuesto una parte de sí mismo que siempre había tenido celosamente guardada. ¿Qué tenía Edie Turner que le inspiraba tanta confianza?

Se sobresaltó cuando se abrió la puerta de enfrente y dos ojos lo miraron recelosamente.

—Es demasiado temprano para visitas - dijo una mujer regordeta en bata y con la cabeza llena de rulos.

- Yo… eh… ya me iba - tartamudeó Cliff.

- Oh - ella miró la puerta de Edie-. ¿Entonces eres amigo de Edie?.

- Sí, un amigo - dijo Cliff vagamente.

- Me llamo Rose Tonnilesco - dijo ella, tendiéndole la mano-. ¿Y usted es…?

- Eh… Cliff. Cliff Marchelli.

El le estrechó la mano, preguntándose desesperadamente cómo escapar sin comprometer su misión.

- Ah, un apuesto italiano - dijo Rose con aprobación-. Espero que lo veamos más por aquí - sonrió coqueta-. Edie es una persona maravillosa.

-Sí lo es -, admitió.

De pronto se dio cuenta de que tenía la coartada perfecta para explicar su presencia en el apartamento. Aparentemente Rose se había imaginado un asunto amoroso. ¿Y por qué desilusionarla?

—Estoy seguro de que me verá mucho por aquí - dijo Cliff, guiñándole el ojo. Y diciéndole adiós jovialmente con la mano, se dirigió a las escaleras.

Edie acababa de tomarse su segunda taza de té cuando Rose llamó a su puerta y entró.

- Ah, eres una bribona - dijo Rose, sonriendo y agitando el dedo ante Edie.

- ¿De qué estás hablando? - preguntó Edie con curiosidad.

—Yo aquí preocupándome de tu vida social y esta mañana abro mi puerta para recoger el periódico, ¿y qué veo? Un hombre saliendo a hurtadillas de tu apartamento, un apuesto hombre italiano, encima.

Edie se rió al comprenderlo todo.

- No era un hombre, era Cliff. Es decir, sí es un hombre, pero…

Su voz se desvaneció al darse cuenta del dilema. ¿Cómo explicarle a la señora que no había algo romántico entre ellos sin arriesgar la posición de Cliff? A Rose le encantaba el cotilleo.

—Rose, estás muy equivocada. Cliff es… eh… sólo un amigo.

—Ya me gustaría a mí tener un amigo como ése - replicó Rose, con un brillo malicioso en los ojos-. Tiene un bonito trasero.

Rose se rió al ver la expresión asombrada de Edie.

—¿Qué pasa? ¿Crees que porque soy una viuda vieja, no me fijo en esas cosas? Venga, cuéntame. Quiero saberlo todo.

—No hay nada que contar - dijo Edie impotentemente-. En serio, sólo somos amigos. Por cierto, quería pedirte un favor. ¿Podrías quedarte con Nanny esta noche?

—Claro, puede dormir en mi casa - Rose le guiñó el ojo maliciosamente-, ¿Tienes planes especiales con ese Cliff?

Edie sacudió la cabeza.

- Unos amigos tienen entradas para el ballet.

—Estaré encantada de quedarme con Nanny - dijo Rose con una amplia sonrisa-. Y así podrás relajarte después del ballet. Estoy segura de que necesitarás descansar después de esta noche - agitando el dedo a Edie, añadió-. Tarde o temprano vas a tener que contármelo todo sobre ese Cliff.

Con una risita infantil y otro guiño malicioso, Rose salió del apartamento.

«Estupendo,» pensó Edie, irritada. «Ahora Rose va a estar en mi casa todos los días intentando sonsacarme detalles de mi romance con Cliff Marchelli». La simple idea de una aventura amorosa con Cliff era ridícula. Ese hombre era tan agradable como un puercoespín, y si no se afeitaba pronto iba a tener también la apariencia del animal.

Sin embargo, tenía que admitir que una parte de ella encontraba a Cliff intrigante. Cada vez que ella daba un paso hacia adelante para intentar conocerlo un poco, él daba uno hacia atrás, protegiéndose. El resultado era una danza macabra, hacia delante y hacia atrás, que no los llevaba a ninguna parte.

Al pensar en una danza se levantó de un salto de la silla de la cocina. Todavía tenía que pasar unos informes y quería lavarse el pelo para esa noche.

Capítulo Cinco

—Entra - dijo Edie, abriéndole la puerta a Cliff-. Estaré fuera de tu vista dentro de unos minutos.

—Muy bien - replicó él, entrando en el apartamento.

Cliff la observó detenidamente, desde la oscura melena, pasando por el sencillo vestido negro que llevaba, hasta los zapatos plateados de tacón alto de sus delicados pies.

—Me estás atravesando con la miradadijo ella, riéndose tímidamente y llevándose la mano a la cadena de plata que le adornaba el cuello.

- Perdona.

Ruborizado, Cliff se dirigió a la ventana.

—Nanny está en casa de Rose y yo volveré sobre las diez y media, o las once como muy tarde - Edie miró la hora en el reloj de plata que llevaba en la muñeca-, Marcus llegará de un momento a otro - dijo más para sí misma que para él.

—¿Marcus?

—Sí, el doctor Marcus Powers. Es con quien voy al ballet - respondió ella, mirando a Cliff con curiosidad al verle fruncir el ceño-. ¿Hay algún problema?

—Por supuesto que no - replicó él bruscamente, centrando su atención en el equipo de vídeo.

Pero claro que había algún problema. Él había supuesto que Edie iba al ballet con un grupo de amigas. No había considerado la posibilidad de que tuviese una cita.

-Oh, ahí está –dijo ella, mirando a la calle por encima del hombro de Cliff-. ¿Qué tal estoy?

—Muy bien - dijo él en tono cortante, sin molestarse en mirarla.

En realidad Cliff pensaba que estaba demasiado bien para salir así a la calle, que debería recogerse el pelo y estirarse esa falda tan corta.

—Hasta luego - dijo Edie, cogiendo un brillante bolso de plata de encima de la mesa.

Él sonrió deplorablemente.

—Será mejor que te des prisa. No vayas a hacerlo esperar.

Ella se quedó mirándolo un rato, y después, dejando tras de sí una perfumada estela, desapareció del apartamento.

Inmediatamente Cliff dirigió su mirada a la acera de abajo. Vio a Edie y al doctor atravesando la calle hacia un deportivo último modelo que estaba allí aparcado. El motor rugió cuando el coche arrancó, llevando a Edie y al eminente doctor al ballet.

Cliff suspiró profundamente, notando el silencio que había en el apartamento, como si Edie se hubiese llevado la vida con ella. Miró su reloj, Edie había dicho que estaría en casa a las diez y media, o las once como muy tarde. Cuatro horas. Observó el segundero dando vueltas lentamente y suspiró. Sabía que iban a ser las cuatro horas más largas de su vida.

Al cabo de un rato se levantó para estirarse y fue al cuarto de baño para refrescarse la cara, intentando no pensar en lo seductora que había ido Edie al ballet con el buen doctor. Cuando salió del cuarto de baño se detuvo en la puerta del dormitorio de Edie. Si hubiese estado cerrada jamás habría entrado, pero estaba entornada, como invitándolo a entrar.

Examinó la habitación con los ojos profesionales de un policía, pero trasladó sus impresiones a términos personales con el corazón de un hombre.

La habitación le dijo varias cosas inmediatamente. El papel de flores de la pared y la colcha de volantes decían que el ocupante era una mujer. La cama individual indicaba que estaba acostumbrada a dormir sola. Una pila de libros en el suelo hablaban de un existencia tranquila.

La habitación de Edie. Su presencia estaba en todas partes… su sutil fragancia a flores flotaba en el aire. Se dirigió al tocador. Acercó una mano indecisa al frasco de perfume, luchando con el impulso de abrirlo. Pero lo dejó. Prefería pensar que la fragancia no provenía de una fuente artificial, sino que emanaba naturalmente de su piel.

Sintió una tensión en los costados cuando vio la pieza de seda color melocotón a los pies de la cama y recordó a Edie llevándola. La sangre le palpitó en las venas al recordarla mientras la besaba. Maldiciendo por lo bajo, agarró la prenda de seda y la arrojó por la habitación, furioso consigo mismo por sus miserables fantasías.

Salió del dormitorio, volvió al cuarto de estar y se sentó en la silla delante de la ventana. La mano le temblaba ligeramente cuando se la pasó por su espeso pelo.

—Yo no soy bueno para ella - dijo por lo bajo, y añadió perversamente-, pero tampoco lo es ese médico del coche deportivo.

Miró su reloj, y se quedó mirando fríamente por la ventana.

El ballet era maravilloso. El decorado era imponente y el vestuario sensacional. Era una de las mejores representaciones de Giselle que había visto Edie. Marcus estaba tan encantador como siempre, pero cuando llegó el intermedio, Edie se sentía totalmente abatida. Varias veces durante el primer acto sus pensamientos habían volado de la tragedia de Giselle hasta Cliff.

Era el hombre más complicado y frustrante que había conocido en su vida. No podía negar que la había atemorizado con su beso. Lo que la asustaba era que lo hubiese encontrado tan excitante, tan desconcertante. Había intentado estar alejada de él los últimos dos días, pero no había podido seguir manteniendo las distancias.

Vio a Marcus atravesando el vestíbulo del enorme del enorme teatro. El era tan fácil de entender. ¿Por qué sus pensamientos insistían en volver al complicado hombre de su apartamento?

-Aquí tienes -dijo Marcus, sonriendo y tendiéndole un vaso de vino.

- Gracias - murmuró Edie, mirando su reloj.

Eran algo más de las nueve. Mientras daba un sorbo de vino se imaginó a Cliff sentado frente a la ventana, en la oscuridad.

-¿Cielo, va todo bien? Pareces intranquila esta noche - dijo Marcus, con sus ojos negros llenos de preocupación.

- Perdona. Supongo que estoy un poco cansada.

- ¿Es que Nanny no te deja dormir por las noches? ¿Está peor?

Edie sacudió la cabeza.

—No lo sé. Algunos días parece que está bastante bien, pero hay otros que me pregunto cuánto tiempo podré seguir cuidándola en casa. Sé que llegará un momento que tendré que internarla, y eso me destroza.

No le dijo a Marcus que había otra razón por la que no dormía por las noches. Marcus se inclinó hacia ella, sumergiéndola en una oleada de colonia cara.

—Quiero que te olvides de todas esas cosas durante el resto del ballet. Eres demasiado hermosa para tener que preocuparte por nada.

Para alguien que no lo conociese bien, el tono seductor de sus palabras y su conmovedora mirada habrían sido tentadoras. Pero Edie sabía que Marcus pronunciaba palabras bonitas con demasiada facilidad, y sospechaba que siempre que él la miraba intensamente lo que hacía era admirar su propio reflejo en las pupilas de ella.

- Marcus, eres un buen amigo - dijo ella, tocándole el brazo con

afecto.

- Cásate conmigo y te quitaré todas tus preocupaciones-, dijo él como sí tal cosa. Edie se rió.

- A que si te digo que sí, te daría un pasmo.

—Ah, Edie, me conoces demasiado bien - él sonrió con pesar-. Oh, mira, ahí están Vivian y Bill.

Marcus señalo con la mano a los amigos que se aproximaban a ellos. Edie miró disimuladamente su reloj, otra vez con la mente llena de imágenes de Cliff.

—Gracias, Marcus - dijo Edie mucho después, delante de la puerta de su apartamento-. Lo he pasado estupendamente y el ballet ha estado muy bien.

—Sí, ¿verdad? Me ha impresionado particularmente el joven bailarín que interpretaba al duque.

- Sí, ha estado maravilloso - admitió ella.

Él la miró con afecto, y dijo:

- Sabes, eres una de mis citas favoritas.

Ella se rió.

- Eso es porque sabes que yo no soy una amenaza, que no te exijo nada.

- Que Dios me proteja de las mujeres exigentes - dijo él, horrorizado. Edie volvió a reírse y lo besó en la mejilla.

- Buenas noches, Marcus.

- Buenas noches, encanto. Te llamaré esta semana.

Ella asintió con la cabeza y se deslizó dentro del apartamento, reparando inmediatamente en la silueta de Cliff recortada en la oscuridad de la ventana.

- Hola. - dijo ella con voz queda, encendiendo la vela del centro de la mesa. Cliff la saludó con la cabeza, sin volverse.

- ¿Lo has pasado bien?

Ella se encogió de hombros.

- Claro, ha sido agradable.

- Has tardado mucho en despedirte en la puerta.

- No más de lo normal.

- Me parece que demasiado.

Edie se volvió y se encaró con él, con las manos en las caderas.

—Eres demasiado joven para ser mi padre, y no te pareces lo suficiente a mí para ser un hermano mayor, así que ¿de qué se trata?

Ella vio que él apretaba las mandíbulas.

- De nada. Sólo quería asegurarme de que todo iba bien.

—Todo va bien - le aseguró ella, quitándose los tacones y dejándose caer en el sofá-. El ballet ha sido maravilloso. Nunca había visto tanto talento en un escenario. Edie puso los pies encima de la mesita de café y movió los dedos, libres de los apretados tacones altos.

- Supongo que es un brillante neurocirujano o un psiquiatra o algo parecido. Edie dejó de mover los pies.

- ¿Quién?

—El doctor Powers - Cliff seguía mirando por la ventana, sentado rígidamente-. No he podido evitar fijarme en su lujoso deportivo. Debe de ser un médico bastante importante.

—Hmm, muy importante - admitió ella, con cierto humor en la voz-. Es podólogo.

-¿Qué?

Cliff se volvió y la miró.

- Ya sabes… un podólogo, un especialista de los pies.

Él la miró fijamente un momento, después inclinó la cabeza hacia atrás y se río.

—¿Un especialista de los pies? - su sonrisa empezó a desvanecerse-. ¿Vas en serio con ese tipo? Quiero decir que si tienes un lío con él.

—¿Este interrogatorio personal forma parte del programa oficial? ¿Crees que estar en mi apartamento te da derecho a conocer mis asuntos personales?

—Olvídalo. Sólo era simple curiosidad.

Él volvió a mirar por la ventana, furioso consigo mismo por haber sacado el tema. Pero no había podido contenerse. Había visto detenerse el deportivo en la calle, y a Edie y al médico entrando en el edificio. Había oído sus murmullos y el dulce sonido de la risa de Edie a través de la puerta, mientras se preguntaba si estaría besándolo. Frunció el ceño. ¿Qué le importaba lo que sentía Edie por el doctor Juanetes?

—Si es simple curiosidad, la respuesta es no. No tengo un lío con Marcus. Somos amigos, buenos amigos, y de vez en cuando salimos juntos.

Cliff respiró aliviado, y se volvió hacia ella. - Hablando de pies, ¿cómo está el tuyo?

—Un poco dolorido, pero está bien. Debiste sacarme todo el cristal.

—Bien - respondió él, intentando no pensar en lo que había

disfrutado acariciándole la pierna-. Oh, por cierto, esta mañana he conocido a tu vecina. Creo que le he dado una impresión equivocada.

—Sí, Rose piensa que tú y yo tenemos una aventura - replicó Edie, resoplando sin ninguna delicadeza-. Como si me fuese a interesar un hombre que reprime todas sus emociones y se gasta todo su dinero en pastillas para la acidez.

—Y yo no podría tolerar a una mujer que no me permitiese comer un filete poco hecho o una hamburguesa grasienta.

—Y que el cielo me proteja de relacionarme con un hombre que no sabe cómo se utiliza una maquinilla de afeitar.

—Que me lleve el diablo si alguna vez me lío con una mujer que descarga su furia como una explosión de dinamita.

—Yo no hago eso - protestó Edie.

—Sí lo haces - Cliff volvió a mirar por la ventana, con una sonrisa burlona en el rostro-. Cacareas como una gallina, dando portazos para que todo el mundo se entere de que Edie Turner está furiosa.

—Yo no hago eso en absoluto - exclamó ella, indignada.

—¡Eh! - gritó Cliff cuando un cojín lo golpeó en la cabeza. Se volvió y sonrió-. Vosotras las mujeres Turner tenéis la maldita costumbre de atacar a los hombres por la espalda.

Edie se levantó del sofá y se acercó a él.

—Y si no tienes cuidado, vas a hacer que olvide por qué tenía tanta prisa en volver a casa del ballet.

Con esas palabras, se dirigió majestuosamente a su dormitorio y cerró dando un portazo.

Cliff sacudió la cabeza lentamente, consciente de que la había hecho enfadar una vez más. Pero según se repetían una y otra vez las últimas palabras de Edie en su mente, se le dibujó una boba sonrisa que tardó mucho tiempo en desaparecer.

Horas después, al amanecer, Cliff se puso de pie y se estiró. Se había pasado toda la noche obsesionado con imágenes de Edie durmiendo en la habitación de al lado. Ella también había estado inquieta. La había oído levantarse hacía poco.

Recogió el equipo, lentamente, esperando verla antes de irse. Cuando terminó, ella no había salido de su dormitorio, así que decidió llamar a la puerta y decirle que se iba.

—Pasa - dijo ella, como si estuviese esperándolo.

Cliff abrió la puerta y se quedó sin aliento. Edie estaba de pie junto a la ventana, y llevaba puesto el camisón de color melocotón que lo había atormentado desde aquella mañana que la vio con él.

Los arbóreos rayos de sol que entraban por la ventana bañaban su piel en delicioso oro, y reflejaban destellos rojizos en su cabello castaño.

—Yo… yo… - tartamudeó él.

Lo que fuese a decir se había perdido, tragado por el calor del deseo, tan intenso que le flaquearon las piernas.

Edie se acercó a él, viendo su expresión atormentada por su lucha interna. Le tomó el rostro entre las manos y lo atrajo hacia ella.

—Sí - susurró Edie.

Y esa palabra decidió la batalla por él. Con un gemido la tomó entre sus brazos, y la besó con una intensidad que la dejó sin aliento.

Ella se apretó contra él, notando que estaba completamente excitado, y eso aumento su propio deseo. Con las dos manos él le acarició el cabello, los hombros, bajando por la espalda hasta cubrirle las nalgas.

Apartó los labios de la boca de Edie y ella dejó caer la cabeza hacia atrás, ofreciéndole el cuello. Al mismo tiempo, ella empezó a desabrocharle la camisa, deseando sentir el cálido contacto de su piel. Él gimió cuando Edie extendió las manos sobre su pecho desnudo, y la besó en la cara, en el cuello, en los labios, rozándole la piel eróticamente con la barba.

A Edie se le quebró la respiración cuando él le bajó los tirantes del camisón por los hombros, haciendo que la ligera prenda cayese en el suelo a sus pies. Con un rápido movimiento la tomó en brazos y la llevó a la cama. La depositó allí delicadamente, se retiró un poco y la contempló con ojos abrasadores.

—Edie… si seguimos adelante, no podré parar - dijo él, con la respiración alterada-. Tienes que entenderlo. Ni ataduras, ni promesas. Sólo este momento. Ella le cogió la mano y se la colocó sobre su seno.

—Hablas demasiado - le susurró, tocándole con la otra mano el abultamiento de sus pantalones vaqueros.

Ese toque hizo que Cliff perdiese totalmente el control. Se despojó de los vaqueros y de los calzoncillos y se echó con ella en la cama,

deseando poseerla completamente.

Edie tenía la piel caliente y cuando él llevó la mano por sus senos, por la lisa superficie de su vientre, y por el centro de su ser, el calor se hizo más intenso, invadiéndolo, consumiéndolo. Cliff buscó sus pechos con los labios, acariciándole los pezones con la lengua, introduciéndoselos y sacándoselos de la boca. Le encantaba el sabor de Edie, su tacto, y se sentía capturado por la sensación del momento. Cuando se colocó entre sus muslos y se sumergió en su aterciopelada ternura, sabía que ese momento había sido inevitable desde el primer momento que la vio.

Edie lo atrajo hacia su interior, necesitándolo, gozando de su vigoroso abrazo, del palpitante calor que manaba dentro de ella. Se acoplaron rítmicamente como si hubiesen hecho el amor otras veces, sincronizando sus cuerpos perfectamente a sus necesidades internas.

Ella susurró su nombre una y otra vez mientras sentía que iba llegando a la explosión de placer que presentía. Cuando la alcanzó, sintiendo su resplandor derramado sobre ella, él gritó su nombre, y se relajó sobre el cuerpo de Edie, invadiéndola completamente con su calor.

Durante un rato no hablaron. Sus cuerpos permanecieron unidos, pero Edie sentía que Cliff se estaba distanciando de ella.

—¿Cliff? - musitó su nombre indecisamente.

Él se apartó de ella, levantándose de la cama. Se puso los calzoncillos y los pantalones rápidamente, sin mirarla. Sólo cuando se estaba abrochando la camisa, la miró con ojos insondables.

—Esto ha sido un error, Edie - alzó la mano para detener su protesta-. Ha sido un grave error y no volverá a suceder. Lo mejor que podemos hacer es fingir que no ha sucedido.

Sin esperar a que ella respondiese, se dio la vuelta y salió del dormitorio. Antes de que a Edie le diese tiempo a levantarse de la cama, oyó un portazo y supo que Cliff se había ido.

Capítulo Seis

—¿Te gustaría quedarte a desayunar?

Cliff la miró sorprendido. Edie había salido de su dormitorio totalmente despierta y vestida. Habían pasado dos noches desde que habían hecho el amor y apenas la había visto desde entonces. Ella se metía en su dormitorio cuando él llegaba a vigilar, y por la mañana él se apresuraba a irse antes de que ella se levantase.

En ese momento dudaba entre el deseo de quedarse y el miedo a involucrarse demasiado con la familia Turner.

—Tortitas con nata y auténtico almíbar de arce - lo persuadió con una sonrisa.

No estaba seguro de si era por las tortitas o por la sonrisa de Edie, pero repentinamente su miedo le pareció trivial. Evidentemente ella había dejado atrás lo que había sucedido entre ellos, y él también podía hacer lo mismo.

—De acuerdo, me parece estupendo.

Acercó su silla a la mesa, observándola mientras trabajaba. Los movimientos de Edie eran gráciles y eficientes, mezclando los ingredientes sobre la encimera. Cliff sonrió cuando ella empezó a batir a mano la mezcla. Su larga trenza se balanceaba hipnóticamente en su espalda, y su trasero se cimbreaba de modo incitador. Empezó a sentir hambre de algo más que de tortitas, y se puso de pie de un salto.

- ¿Puedo ayudarte en algo?

- Puedes poner la mesa - respondió ella, indicándole el armario de los platos.

Mientras Edie echaba porciones de masa en la sartén, observaba a Cliff por el rabillo del ojo.

Se movía con la inquietud de un animal enjaulado, concentrándose intensamente en poner bien la mesa. Edie sonrió cuando él se mordió el labio inferior mientras doblaba meticulosamente las servilletas de papel y las colocaba debajo de cada tenedor.

Repentinamente, se sintió abrumada por su presencia. La camisa de franela que llevaba se le ajustaba al cuerpo, acentuando la anchura de sus hombros y su estrecha cintura. Edie recordó el tacto de su piel y cómo habían encajado sus cuerpos perfectamente. Dio la vuelta a las tortitas, y cerró los ojos, dejando volar su imaginación. Cliff acercándose por detrás, abrazándola y besándola en la nuca mientras ella terminaba de preparar el desayuno. El alzándola en brazos y llevándola al dormitorio, donde ella se perdería en su ardiente mirada.

- ¿Siempre haces las tortitas hasta que se ponen de ese color tan negro?

-¿Eh?

La voz de Cliff hizo que volviese a la realidad. Miró hacia abajo y vio las tortitas humeantes, con los bordes quemados.

—Maldita sea - murmuró Edie, tirándolas en seguida al cubo de la basura-. Creo que me he quedado transpuesta.

Ruborizada, echó más masa en la sartén.

—Por cierto, me ha sorprendido verte tan despierta y vestida esta mañana - dijo él, volviéndose a sentar-. Normalmente sales dando tumbos del dormitorio como un robot cuyos circuitos no están bien conectados.

Edie decidió ignorar su último comentario y le explicó:

—Siempre me levanto temprano los sábados. Rose viene a quedarse con Nanny y yo me voy al mercado a hacer la compra. ¿Quieres acompañarme? - preguntó ella impulsivamente, luego sonrió apenada-. Déjalo, seguro que estás cansado. Había olvidado que mientras yo duermo tú estás trabajando.

Edie deseaba hacerle hablar de lo que habían compartido dos noches atrás, pero sabía que eso lo ahuyentaría, así que decidió seguirle el juego, fingiendo que no habían compartido una noche de deseo.

—Me gustaría acompañarte si la oferta sigue en pie - respondió Cliff también impulsivamente-. Nunca he estado en el mercado.

—Oh, es maravilloso. Es el mejor sitio para comprar fruta y verdura. Pero eso no es todo lo que venden. Hay ropa, perfumes, animales, plantas… es como unos grandes almacenes al aire libre.

—Suena fascinante.

Pero Cliff estaba pensando en lo fascinantemente hermosa que estaba ella, con los ojos brillando como topacios y la mejilla decorada con un poco de masa. Los vaqueros gastados que llevaba moldeaban su cuerpo con familiaridad. ¿Era posible estar celoso de unos pantalones? Su suéter rojo resaltaba los destellos caoba de su cabello castaño. Apartó la mirada de ella y volvió a doblar las servilletas. No quería pensar en su encanto. No quería recrear pensamientos de su cálida piel, de la sensación de estar cercado por su húmeda feminidad

—Bueno, quédate ahí sentado mientras voy por Nanny, y desayunamos - dijo Edie, echando la última tortita en una fuente.

Al cabo de unos minutos estuvieron todos a la mesa. El sol otoñal entraba por la ventana, alegrando la habitación. Edie mantuvo una

conversación trivial mientras se comía las tortitas con entusiasmo. Nanny se negó a comer, insistiendo en que ya había desayunado antes, pero sonreía afablemente, dándoles a Edie y a Cliff palmaditas en las manos de vez en cuando.

A Cliff la escena le parecía seductora. Marido, esposa, abuela… lo único que faltaba era un bebé regordete en una sillita alta con la cara llena de churretes de almíbar. Sí, la escena le sacaba algo que estaba enterrado en lo más profundo de su ser: un deseo vehemente de pertenecer a alguien, de compartir la vida, de algo permanente. Pero no se engañaba. Sabía que lo permanente no existía, que era como un espejismo en el desierto.

Acababan de terminar de desayunar cuando llamaron a la puerta.

- Debe de ser Rose - dijo Edie, levantándose a abrir.

—Buenos días, querida - los ojos de Rose se iluminaron al ver a Cliff-. Ah… señor Marchelli, otra visita madrugadora.

—Cliff va a acompañarme al mercado - le explicó Edie, ignorando la mirada de satisfacción de Rose- Nos iremos en seguida.

Edie empezó a recoger la mesa.

—Deja eso - le ordenó Rose, quitándole los platos de las manos-. Nanny y yo podemos hacerlo. Vosotros dos marchaos y disfrutad de la mañana. Venga, salid de aquí.

Edie y Cliff no lo dudaron, y se dirigieron a la puerta.

- ¿Necesitas algo? - preguntó Edie a Rose antes de irse.

- Tráeme dos buenas calabazas - respondió Rose.

Eddie asintió con la cabeza, y cerró la puerta tras de sí.

—Es una fuera de serie - dijo Cliff con una carcajada, mientras bajaban por las escaleras.

Cuando salieron al aire de la mañana, Cliff se estiró y inspiró profundamente.

—¿Seguro que no estás muy cansado? - le preguntó Edie, mirándolo preocupada.

—No. Suelo tardar un par de horas en desentumecerme.

Cliff volvió a estirarse con las manos encima de la cabeza, sacándose la camisa de los pantalones. Edie contempló su firme vientre moreno cubierto de oscuro vello rizado, y apartó la vista, apretando el paso.

—¿Quieres que vayamos en mi coche? - preguntó él, acelerando el

paso para alcanzarla-. Está aparcado ahí enfrente.

—Oh, no, parte de la diversión de ir al mercado está en ir andando, y después conseguir llegar a casa con todos los tesoros que has comprado.

—Ya entiendo. Me has invitado para utilizarme de mula de carga -bromeó él.

—Es cierto. Me has descubierto - admitió Edie, con ojos chispeantes. Y añadió en tono solemne-. Me alegré cuando la policía envió un oficial a vigilar en mi apartamento, porque sabía que algún sábado podría ayudarme a cargar con la compra del mercado. Confieso que eres muy listo.

Cliff echó la cabeza hacia atrás y se rió, contento de haber accedido a acompañarla. Decidió disfrutar de la mañana y no pensar en el pasado ni en el futuro, sólo saborear el momento con esa mujer especial.

Edie no estaba segura de qué había cambiado en él, pero parecía más joven, más relajado. Ya no tenía los ojos sombríos de siempre, sino que brillaban con ilusión.

—Vamos - dijo ella, cogiéndolo de la mano y tirando de él cuando el mercado apareció ante sus ojos.

Inmediatamente el aire se llenó de un fuerte aroma a fruta madura y verduras, mezclado con el olor a pizza y a perritos calientes. Había un gran gentío por todas partes, y sus voces llenaban el aire de la mañana.

—Hola, Vinnie, ¿cómo está María? - saludó Edie al vendedor del primer puesto al que se aproximaron.

—Como una vaca - respondió el joven italiano, sonriendo a Edie-. El médico dice que puede ser en cualquier momento.

—No te olvides de avisarme - dijo Edie, y se volvió hacia Cliff-, María está embarazada y todos en el barrio esperamos ansiosos el acontecimiento. Vinnie y ella tienen cuatro niñas y esperan que éste sea un niño.

-¿No existen unas pruebas para que los padres sepan lo que están esperando?

-Oh, bah, y quitarle toda la emoción –dijo ella en tono burlón, tirando de él hacia otro puesto.

Mientras iban de un puesto a otro, a Cliff no le sorprendía que

llamase a los vendedores por su nombre y que todos la conociesen. Muchos le preguntaban por Nanny, y le daban recuerdos para ella.

Observó divertido con qué meticulosidad escogía Edie las verduras.

-Te tomas muy en serio eso del vegetarianismo, ¿verdad? –comentó él mientras Edie compraba unos pimientos verdes.

-No soy una fanática. Sólo es una decisión que he tomado –le explicó ella, abriéndose paso entre la multitud-. Nunca me ha gustado mucho la carne, así que no me supone un gran sacrificio. Además, Nanny cada vez se hace más difícil con las comidas. Insiste en que ya ha comido, o sencillamente se niega a comer. Por eso me aseguro de que lo que coma sea lo más nutritivo posible.

-Pero no la haría daño comer carne, ¿no? –preguntó él-. Seguramente podrías darle un taco de vez en cuando.

-Supongo que sí.

A Edie le agradó ver que Cliff se preocupaba por Nanny. Parecía tan empeñado en dar la impresión de que él nunca hacía nada por nadie, y sin embargo se acordaba de una anciana que deseaba unos tacos. A ella no la engañaba con esa actitud de hombre rudo.

-Oh, Cliff, mira qué fresas –exclamó Edie, cautivada por las bandejas de las gruesas frutas rojas-. No puedo creer que tengan unas fresas tan estupendas en esta época del año.

Cogió una, le quitó el tallo y se la metió en la boca, riéndose cuando el jugo le salió por la comisura de los labios y le chorreó por la barbilla.

A Cliff se le cortó la respiración al contemplarla. Estaba guapísima. Pequeños rizos que se habían soltado de la trenza caracoleaban alrededor de su cara, cayéndole por el cuello. El fresco aire otoñal había hecho aparecer círculos rosados en sus mejillas, y el jugo de la fresa había teñido sus labios de un brillante carmesí.

-Cliff, deberías probar una. Están realmente dulces.

Él quería probarlas, desde luego. Pero lo que deseaba saborear el dulce jugo de los mismos labios de Edie. Sin embargo, consciente de que a la vista del vendedor no podía dejarse llevar por ese impulso, hizo lo que pudo. Fue pasándole el dedo índice por la barbilla hasta llegar al rubí de los labios, limpiándole el dulce jugo, y después se llevó el dedo a la boca.

-Hmm, qué dulce –dijo él con la voz ronca.

El tiempo se detuvo para Edie. Lo que la rodeaba pareció desvanecerse y se sintió atrapada en las profundidades del deseo.

El erotismo de la acción de Cliff le provocó una emoción tan intensa

que se sentía desorientada.

-¿Le gustan la fresas? Se las dejo baratas.

Edie miró al vendedor sin comprender, como si estuviese hablando en otro idioma.
-¿Eh?
-Nos llevamos una bandeja –dijo Cliff tranquilamente, sacando su cartera.
Una vez que Cliff terminó la transacción de las fresas, Edie ya había recuperado el control. Las dos horas siguientes las pasaron oliendo melones, tocando naranjas e inspeccionando que la fruta no tuviese golpes ni protuberancias. Seleccionaron las calabazas para Rose y Edie compró calabacines, judías verdes y un saco de patatas nuevas. Iban riéndose mientras organizaban y reorganizaban sus compras, deseando tener más manos o una cesta de la compra.
—Debería haber traído el coche - gruñó Cliff, haciendo equilibrios con la bandeja de fresas en una mano y una docena de bolsas en la otra-. Antes de iniciar la caminata a tu apartamento, necesito sustento.
Señaló un restaurante que había en la esquina, frente al mercado.

—No hace tanto que te has tomado un plato lleno de tortitas - protestó ella con una carcajada.
—Sí, pero a las mulas de carga se les da un terrón de azúcar o una zanahoria antes de hacer un largo viaje con una carga pesada - dijo él en tono engatusador, con una sonrisa infantil.
Edie cedió.
- Vale, vale.
Además ella no deseaba que la mañana terminase. Estaba disfrutando de la compañía de Cliff, que parecía un hombre diferente. Un hombre que combatía las sombras en lugar de permanecer en ellas. Y vio cómo sería él si esas sombras se desvaneciesen, para siempre. Era una imagen prometedora.
—¿Qué te apetece? - preguntó él cuando se sentaron en la parte de atrás del restaurante.
-Sólo una taza de té. No tengo hambre.
- ¿Estás segura? Yo creo que voy a pedir una tortilla mexicana.
Edie frunció el ceño.
- ¿Es que quieres matarte, o qué?
- ¿Qué quieres decir?
Ella lo miró con impaciencia.

—Es obvio que tienes úlcera y que te duele. Por eso tomas esas pastillas para la acidez. Pero tú sigues comiendo esas porquerías que sólo te hacen sufrir más.

- Pero es que me gusta la comida picante.

- Y a mí me gusta pasear a media noche, pero soy bastante inteligente como para darme cuenta de que pasear a media noche en este barrio es peligroso. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que la comida picante te perjudica?

—Hablando de peligro a media noche, ¿por qué seguís viviendo Nanny y tú en esta parte de la ciudad?

Edie sabía que Cliff estaba cambiando de tema y le dirigió una astuta sonrisa.

—Pensé en llevarme a Nanny a mi apartamento cuando se puso enferma, pero después decidí venirme a vivir con ella y asumir sus responsabilidades de propietaria del edificio.

—¿Y por qué no vendéis el edificio? - preguntó Cliff con curiosidad.

—Oh, no podría - respondió ella, horrorizadaTodos los inquilinos son personas mayores que viven de sus pensiones. La mayoría llevan viviendo en estos apartamentos desde hace veinte años, y siguen pagando la renta original. ¿A dónde iban a ir?

Se interrumpió cuando una camarera se acercó a su mesa.

—La señorita quiere un té, y yo tomaré dos huevos pasados por agua, pan tostado y un vaso de leche - sonrió a Edie-. ¿Mejor?

Ella asintió con la cabeza, tocándole la mano por encima de la mesa.

- Mucho mejor. No quiero tener que volver a preocuparme.

Los ojos de Cliff se oscurecieron y apartó la mano.

—Lo que sucedió la otra noche no te da derecho… no quiero que te preocupes por mí.

—Si yo me preocupo o no me preocupo es cosa mía, y puedo preocuparme por quien quiera - replicó ella a la ligera.

Edie sabía que lo estaba perdiendo. Podía ver las sombras de oscuridad invadiéndolo, tensando sus facciones, haciendo que sus hombros se pusiesen rígidos. Una parte de ella deseaba estrecharlo contra su pecho, acariciarle la frente y decirle que todo iría bien. Pero había otra parte de ella perversa que deseaba escarbar más profundamente en su alma, para hallar el origen de las sombras y arrancarlo de ahí para siempre. Decidió seguir su instinto y escarbar.

—Háblame de tu esposa.

Cliff abrió los ojos de par en par, su mirada se oscureció y un músculo se agitó en su mandíbula.

- No hay nada que decir. Me dejó hace dos años.

- ¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

Cliff miraba sin verla, con ojos distantes y llenos de rabia… dolor… amargura, miles de emociones reflejándose en su oscura superficie.

—Tres años. Estuvimos saliendo tres meses y ella empezó a hablar de casarnos. Al principio no me interesaba. Yo no creo en lo permanente. El «felices para siempre» de mis padres duró hasta que yo tuve diez años, cuando mi padre nos dejó. No tengo mucha fe en el compromiso ni en los finales de cuentos de hadas - se rió amargamente, mirando a Edie, y ella se estremeció al ver la amargura en sus ojos-, Pero Catherine fue persistente, y su amor poderoso, así que finalmente me hizo creer que teníamos un futuro juntos - volvió a reírse, de un modo cruel-. Sí, tuvimos un futuro juntos, tres años enteros. Entonces ella se fue y me dejó. Me quitó la vida.

Estaba furioso. Con Edie, por haber escarbado en su vida, pero también con el destino. El destino le había mostrado un destello de felicidad, y después se lo había arrebatado. Catherine le había mostrado lo que era amar y ser amado, y luego lo había dejado solo para siempre.

—Oh, Cliff - exclamó Edie trémulamente.

Ella sabía que nada de lo que dijese aliviaría el dolor de su corazón. Sin embargo, ese dolor, esa pérdida de fe en lo permanente, era la pieza final del complicado puzzle que él le había presentado, y explicaba muchas cosas.

-Cliff, lo siento. No pretendía… - Edie se interrumpió y bajó la mirada-. Iba a decir no pretendía entrometerme, pero no es cierto. Sí quería entrometerme. Quería saber cosas de ti y de tu pasado, de las personas que han sido importantes para ti - lo miró, buscando el perdón en sus iracundas facciones-. Hemos pasado una agradable mañana, me siento cerca de ti, y quería saber… necesitaba comprender…

Lo miró impotentemente.

Él intentó mantener su furia. Era una emoción en la que se encontraba cómodo por su familiaridad. Pero al mirar a Edie, su rabia se fue transformando en una emoción muy diferente. Empezó a sentirse aliviado. Pero no se detuvo a analizar ese nuevo sentimiento.

—Edie, antes de la otra noche, yo no había estado con nadie desde Catherine. Me aproveché de ti - la examinó durante un rato-. No hagas de ello más de lo que fue, una explosión de necesidad física.

Edie sintió una punzada de dolor en su corazón, pero asintió lentamente con la cabeza. Sabía que sus palabras eran producto de su dolor, y que aunque sus labios dijesen una cosa, el lenguaje de su cuerpo le había dicho algo muy diferente, y a eso se aferraba ella.

- Bien - dijo él-. ¿Podemos dejar ya este tema?

Intentaron retomar la amistad, la risa que habían compartido en el mercado, pero su anterior afinidad se había destruido con la intrusión del pasado de Cliff y de su momento de pasión.

Mientras él se comía los huevos y ella se bebía el té, la conversación fue neutral. Hablaron de cómo había cambiado el barrio y de lo que había crecido Kansas City.

—En un par de días serás un oficial con barba - dijo ella con una sonrisa.

—¿En qué se diferencia la barba de un oficial de un rostro lleno de pelos? preguntó él, apartando el plato vacío.

Sin pensarlo, Edie extendió la mano y le acarició el rostro con el dedo, desde la sien hasta la barbilla.

—Los pelos son ásperos y pinchan, pero una barba es suave.

Ella detuvo el dedo en su barbilla, muy cerca de su labio inferior, y Cliff se estremeció. Se echó hacia atrás bruscamente, agarrando a Edie por la muñeca y apartándole la mano de su cara.

—¿Nos vamos? - preguntó él con ojos inescrutables, soltándole la mano. Edie asintió con la cabeza y se levantó de la mesa con él, convencida de que, por mucho que él protestase, no era insensible a ella.

El camino de vuelta al apartamento fue lento, no por elección sino porque iban hasta arriba de paquetes.

- Haré un trato contigo - dijo él, echándose la bandeja de fresas al hombro.

-¿Qué?

—Os dejo esta bandeja a Nanny y a ti si me pones un cuenco de fresas en la mesa de la cocina para que me las coma por la noche.

Edie le sonrió.

—¿Significa eso que vas a dejar tus bolsas de aperitivos nocturnas? Él la miró sorprendido.

—¿Cómo sabes lo que como por la noche?

—Soy una buena detective - respondió ella con aire de suficiencia, y se echó a reír-. Y todas las mañanas veo tus bolsas vacías en el cubo de la basura.
Edie se rió cuando subían cargados por las escaleras al apartamento. Antes de que pudieran entrar, Rose abrió la puerta de golpe con un dedo en los labios para que no hiciesen ruido.
—Nanny se ha dormido - susurró-. ¿Por qué no os marcháis otra vez una hora o así? Id a tomar el aire y aprovechad que estoy aquí.

Rose se puso a recogerles las bolsas, dejándolas en la entrada.

—Rose, no tienes por qué quedarte. Estoy segura de que tienes cosas que hacer protestó Edie, no queriendo aprovecharse de su buena voluntad.
—Lo único que tengo que hacer es limpiar, y tengo el resto de mi vida para hacerlo - le cogió las fresas a Cliff-. Venga, marchaos y disfrutad de este hermoso día. Antes de que os deis cuenta estará nevando y anhelaréis un día como éste.
Les dio con la puerta en las narices.
- Siento como si me hubiesen echado de mi propia casa - dijo Edie.
—Creo que así ha sido - admitió Cliff, sonriendo burlonamente-. Pero Rose tiene razón, sabes. Deberías tomarte tiempo para ti.
Volvieron a salir al cálido sol de la mañana.
- ¿Qué vas a hacer ahora? - preguntó él.
—Creo que daré un paseo. Rose tiene razón, no quedan muchos días como éste. Pero tú probablemente querrás irte a tu casa a dormir un poco - añadió ella-. No te preocupes por mí. Estoy acostumbrada a estar sola.
—Creo que he renovado fuerzas. No estoy nada cansado - sonrió a Edie-, ¿Quieres compañía en tu paseo?

—Me encantaría tu compañía - respondió ella sin más, y sonrió enigmáticamente-. Vamos, tengo un lugar especial que enseñarte.

Lo cogió de la mano, llevándolo a toda prisa.

Pasaron el mercado con sus puestos, y los almacenes que se alineaban a la orilla del río Missouri.

-¿Edie, a dónde me llevas? - protestó él mientras ella se aproximaba cada vez más a las agitadas aguas del río.

—Tú sígueme - dijo ella con una carcajada, andando delante de él por el borde del río.
- Ya se, me has traído aquí para ahogarme - exclamó él.
- Ah, no me tientes - dijo ella por encima del hombro, con una sonrisa burlona.
Al cabo de unos minutos llegaron a un área donde la orilla del río estaba bastante baja. Dentro del río, a escasa distancia de la orilla, había una roca lisa que sobresalía del agua. Edie saltó a la roca, e hizo señas a Cliff para que se uniese a ella. Una vez que él estuvo en la roca con ella, Edie se sentó, con las piernas recogidas en el pecho, y le sonrió.
—Esta es mi roca de pescar y de los deseos - esperó hasta que él estuvo sentado a su lado, y continuó- : Aquí pasé parte de mi infancia.

—¿Solías venir aquí cuando eras pequeña? ¿No era muy peligroso? - preguntó él, observando los rápidos remolinos de agua que los rodeaban.

—Cuando era pequeña no me parecía peligroso. Fue cuando crecí cuando me di cuenta de que habría sido fácil caerme al río.
- No puedo imaginarme que Nanny te permitiese venir aquí.
Edie se rió.
—Nanny me habría arrancado la piel a tiras si se hubiese enterado de que estaba aquí. Su regla número uno era no acercarse al río.

—Entonces eras una niña rebelde, que desobedecías las reglas - bromeó él.
—No exactamente - replicó ella-. Sólo las reglas que me parecían tontas - Edie inclinó el rostro hacia los cálidos rayos del sol-. Esta roca era como un lugar mágico que me hacía volver una y otra vez- sonrió melancólicamente, pero no abrió los ojos-. Venía aquí a hablar con mis padres.
Creía que si estaba sentada en mi roca mágica, ellos podrían oírme desde donde estuviesen - abrió un ojo y sonrió tristemente-. Qué cosas más raras se nos ocurren cuando somos niños.
—Pero debió ser muy duro, perder a tus padres siendo tan pequeña - dijo Cliff, mirándola con seriedad.

Edie se encogió de hombros.

-Supongo que cualquier pérdida es dura, tengas la edad que tengas. Tú debes saberlo bien. Eras muy joven cuando se divorciaron tus padres.

Edie miró a Cliff, y se deleitó con el sol reflejándose en su cabello negro y resaltando las líneas y ángulos de su duro rostro.

—Tenía diez años.

La severidad de su voz le dijo a Edie mucho más que una larga disertación sobre el tema.

Ella no dijo nada, esperando que él le dijese únicamente lo que desease compartir.

Cliff se quedó un rato en silencio. Sólo se oía el ruido del agua chapaleando contra la roca, y el chapoteo ocasional de algún pez saliendo a la superficie.

—Yo ni siquiera sabía que mi madre y él tenían problemas - su voz era tan baja, que Edie tuvo que inclinarse un poco hacia delante para oírlo-. Un día mi padre se fue a trabajar y ya nunca volvió a casa. Puedo recordar ese día claramente, porque mi padre me había prometido llevarme a un partido. Después del colegio me senté con mi guante y mi gorra de béisbol en el porche, esperando a que volviese a casa. Mi madre me dijo que no volvería, pero yo no la creí. Él me lo había prometido. Me quedé ahí sentado esperando hasta muy entrada la noche, y por fin me di cuenta de que no iba a volver.

Todo el tiempo que Cliff estuvo hablando, permaneció mirando a la distancia.

—Debió ser muy doloroso para ti - dijo Edie suavemente, con el corazón en un puño.

Él enderezó los hombros, como si se despojase físicamente de la carga de los viejos recuerdos.

—Bueno, dime. ¿Has pescado algo alguna vez aquí?

—Jamás - confesó ella-. Me sentaba horas aquí con mi caña en el agua y el corcho ni se movía.

—¿Por qué seguías viniendo? - preguntó él con curiosidad.

—No lo sé. Por empecinamiento, supongo - Edie apretó más las piernas contra su pecho y volvió a inclinar la cara al sol-. Tienes que admitir que es un sitio muy tranquilo, un buen lugar para reflexionar sobre las complejidades de la vida.

Cliff se rió.

—¿Y eso es lo que hacías cuando eras joven? Venir aquí a reflexionar sobre las complejidades de la vida?

- Claro.

- ¿Sobre qué clase de complejidades puede reflexionar una niña?

—Oh, ya sabes, las cosas normales - Edie le sonrió-. A qué distancia está el infinito, si existe de verdad el cielo, cosas como ésas.

—Oh, te refieres a esas pequeñas cuestiones que han desconcertado a filósofos y científicos durante siglos.

—Exactamente. También me preguntaba por qué Jimmy Mayfield besaba con la boca abierta.

—¿Y quién es ese descarado de Jimmy Mayfield? - preguntó él en tono de guasa.

- Jimmy Mayfield era mi novio en secundaria. Lo traje a mi roca especial para la ocasión trascendental de mi primer beso. Y me pareció asqueroso.

- ¿Tienes la costumbre de traer a los hombres de tu vida a tu roca especial?

Edie lo miró seriamente.

- Eres la primera persona que traigo desde Jimmy.

Él la miró sorprendido, conmovido por sus palabras.

- Gracias por compartir tu lugar especial conmigo.

- De nada - respondió ella simplemente.

Pasaron los siguientes minutos sentados uno al lado del otro, disfrutando de una soledad llena de compañerismo. Cliff volvió a sentirse impresionado por la belleza de Edie. No era necesariamente una belleza de rasgos, aunque cualquier hombre la consideraría atractiva. Sino más que eso, su belleza provenía de una serenidad interior. Parecía estar en paz consigo misma, y poseía el don de transmitir esa paz a los que la rodeaban.

—Edie.

Cliff ni siquiera sabía lo que quería decirle. Lo único que sabía era

que deseaba mirar sus ojos de cierva.

Edie se volvió y lo miró expectante, y cuando él la miró a los ojos supo que iba a besarla. Sabía que no debería, pero no pudo detenerse como no podía detener la corriente secular del agua que los rodeaba. Sin pensarlo más, se inclinó hacia delante y acercó sus labios a los de Edie.

Ese beso no tenía la violenta intensidad del primero, ni la pasión de cuando hicieron el amor. Sus labios se movían con suavidad, y ninguno de los dos intentó hacerlo más profundo. No se tocaban, excepto por la fusión de sus bocas.

Cliff interrumpió el beso, poniéndose de pie y sacudiéndose los pantalones por detrás.

—Será mejor que volvamos - dijo, tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse.

Edie asintió con la cabeza. No deseaba irse, pero sabía que él tenía razón. Le dio la mano y se levantó. Se sintió contenta cuando Cliff no se soltó de ella mientras se alejaban lentamente de la roca mágica de Edie.

Capítulo Siete

—Me encanta el otoño. ¿A ti no? - dijo Edie mientras atravesaban lentamente la zona del mercado-, Las hojas de los árboles de diferentes colores, la sidra caliente, las calabazas en la viña.

Cliff sonrió.

—Pareces una tarjeta de bienvenida al otoño - dijo él, y la miró con curiosidad-. Hablando de otoño, ¿qué cocinas para el Día de Acción de Gracias? ¿Una calabaza con forma de pavo?

—No - respondió Edie, soltando una carcajada-. Debo confesar que ese día tiro por la borda todos mis hábitos vegetarianos. Comemos pavo relleno con su guarnición y todo. Es un día loco. Cocino para todos los inquilinos del edificio y nos reunimos todos en mi apartamento. Todos comen y beben demasiado, pero hay un sentimiento maravilloso de unión.

—Suena muy bien.

Y era cierto. Los dos últimos años Cliff había pasado esa fecha trabajando, y no recordaba lo que era pasarla con las personas que quería.

La expresión sonriente de Edie se tornó lentamente en otra de perplejidad cuando vio el edificio de apartamentos.

—Algo ha sucedido.

Edie aceleró el paso, sintiendo que el corazón le palpitaba en la garganta al ver una ambulancia que abandonaba el edificio con la sirena encendida. La asaltó un mal presagio, y se soltó de la mano de Cliff, echando a correr por la acera.

-¡Edie!

Apenas era consciente de que Cliff la llamaba. El terror se apoderó de ella cuando vio a Rose en la acera, retorciéndose las manos y con el rostro cubierto de lágrimas.

—Rose - susurró Edie débilmente, tocándole el hombro-, ¿Qué ha pasado? Edie apenas se daba cuenta de la presencia de Cliff a su lado.

—Oh, Edie, ha sido culpa mía. Debería haberla vigilado… pero creía que estaba durmiendo… - los sollozos hacían sus palabras casi incoherentes.

- Rose, cálmate. Respira hondo y cuéntanoslo despacio.

La voz autoritaria de Cliff hizo que Rose reaccionase.

—Yo estaba en el dormitorio, haciendo la cama de Nanny. Salí a

verla un par de veces, y estaba profundamente dormida en el sofá - se mordió el labio y miró a Edie suplicantemente-. No me di cuenta de que se había despertado, y se había salido al descansillo, entonces la oí… Se cayó por las escaleras…

—Oh, Dios mío - exclamó Edie, tambaleándose.

Se habría caído si Cliff no la hubiese sujetado. Ella se agarró a él, sintiendo la seguridad de su fuerte pecho en ese momento de pánico.

—¿Dónde la han llevado? - le preguntó Cliff a Rose, rodeando a Edie con el brazo.

—Al Hospital de la zona norte de Kansas City - respondió Rose, estallando en lágrimas otra vez.

Edie alzó un rostro pálido y afligido hacia Cliff.

—¿Te importaría acompañarme al hospital? - le preguntó, agarrándose a su cintura desesperadamente.

El le acarició la mejilla.

- No haría ninguna otra cosa.

Sujetándola con el brazo, la llevó hasta el coche.

Durante el trayecto hasta el hospital fueron en silencio. Presa de preocupación, Edie no se atrevía a hacer especulaciones sobre el estado de Nanny.

Cliff veía el rostro torturado de Edie, pero no quería darle falsas esperanzas. Nanny era muy frágil, y él sabía que la caída podía tener trágicas consecuencias. En vez de hablar, Cliff le transmitía su apoyo a Edie, dándole la mano, y abriéndole su corazón al sentir que ella temblaba como un pajarillo asustado.

Cuando llegaron al hospital, Edie rellenó todos los papeles necesarios, y después les indicaron que se sentasen en la sala de espera hasta que saliese el médico que atendía a Nanny.

—¿Quieres un café o algo? Puede que tengamos que esperar un buen rato - dijo Cliff, moviéndose inquieto por la habitación mientras Edie se sentaba en una silla de plástico-. Creo que bajaré a la cafetería por un café. ¿Y tú?

—No, gracias, no quiero nada - respondió ella, con la cara muy pálida-. Pero vete tú si quieres.

—Volveré en seguida - le prometió él, corriendo hacia el ascensor.

No quería dejarla sola. Sabía que podía derrumbarse en cualquier momento, y él quería estar allí entonces para reconfortarla.

Cuando Cliff se fue, Edie dejó escapar un tembloroso suspiro, haciendo esfuerzos para no llorar. «Oh, Nanny», pensó con desesperación, «no tenía que haberte dejado. Tenía que haber pensado que algo así podía suceder». Se inclinó hacia delante, cubriéndose el rostro con las manos y recitó todas las oraciones que recordaba para que Nanny se recuperase.

—¿Edie, estás bien?

Edie levantó la vista al oír la voz de Cliff, y por un momento, viéndolo tan angustiado por ella, se sintió bien. Al mirar sus cálidos ojos marrones, llenos de preocupación, ella supo que pasase lo que pasase, estaría bien.

-Se te ha caído el café - dijo ella, señalándole una mancha en los pantalones.

—Por las prisas - se sentó en una silla a su lado y dio un sorbo del café-, ¿Quieres un poco?

Ella sacudió la cabeza, con la mirada clavada en la puerta por donde tenía que aparecer el médico.

Permanecieron en silencio un buen rato. De pronto él dejó de un golpe el vaso desechable de café sobre una mesa, ignorando el líquido oscuro que se derramaba por los bordes.

—¿Por qué tardan tanto? - dijo, poniéndose de pie de un salto-, ¿Por qué no sale alguien a decirnos algo?

—Estoy segura de que nos lo dirán en cuanto sepan algo - replicó ella, a pesar de que estaba preguntándose lo mismo-, ¿Por qué no te sientas?

—No puedo sentarme.

Cliff se pasó la mano por el pelo, paseándose de un lado a otro delante de ella. Estaba confuso, inseguro de qué era lo que le producía esa intensa agitación. No era tanto la idea de que Nanny los hubiera dejado como el hecho de que Nanny y Edie empezaban a importarle. Y eso le daba terror.

Ambos dieron un respingo cuando apareció un médico en la puerta.

—Doctor Stafford - lo saludó Edie, acercándose en seguida al hombre de la bata blanca-. ¿Cómo está?

Cliff estaba a su lado, y le pasó el brazo por los hombros para servirle de apoyo en caso de que hubiese malas noticias.

- Se pondrá bien.

Edie se apoyó en Cliff, aliviada.

- Gracias a Dios - murmuró.

—Está conmocionada, tiene varias contusiones y se ha rota la clavícula - explicó el médico.

- ¿Dónde está? ¿Podemos verla?

El doctor Stafford asintió con la cabeza.

—En este momento están llevándola a la habitación 202. Quiero que se quede aquí un día o dos en observación. Ha sufrido una buena caída - miró a Edie amablemente-. Tal vez sea el momento de empezar a considerar algunas de las alternativas que hemos discutido en otras ocasiones.

Ella asintió con la cabeza.

- Sí, supongo que sí - dijo con la voz llena de dolor-. ¿Podemos verla ya?

—Habitación 202, pero no os quedéis mucho rato. Te mantendré informada si se produjese algún cambio en su estado.

Sólo tardaron unos minutos en encontrar la habitación. A Edie se le encogió el corazón al ver a Nanny, que yacía tan menuda e inmóvil en la enorme cama de hospital.

—Le han dado un sedante, así que estará un poco atontada - les explicó una enfermera antes de dejarles solos.

—Oh, Cliff - musitó Edie consternada, acercándose a la cama.

Nanny tenía un moretón en la mejilla y otro en la frente. Y le habían inmovilizado el cuello y el hombro con una gruesa venda blanca.

—Nanny.

Edie tomó las manos de su abuela entre las suyas. Nanny parpadeó y abrió los ojos, y se quedó mirando a Edie.

—¿Dónde estoy? ¿Qué estoy haciendo aquí? - preguntó Nanny con voz temblorosa.

—Estás en el hospital. Te has caído, pero ya estás bien - Edie le acarició la mano para tranquilizarla-. Te van a cuidar unos días.

—No quiero estar aquí. No me gusta este lugar - a Nanny le temblaba el labio de miedo-. ¿Me harías un favor?

- Lo que sea - respondió Edie sin vacilar.

- Llama a mi nieta. Se llama Edith. Ella me cuidará y no me dejará aquí.

Edie combatió el impulso de satisfacer el deseo de Nanny y sacarla del hospital. Pero sabía que Nanny estaba donde necesitaba estar.

- Edie querría que te quedases aquí y dejaría que los médicos te cuidasen. Nanny cerró los ojos, como si desease escapar de lo que la rodeaba. Edie se volvió cuando Cliff le tocó el hombro.

- Lo mejor para ella es que duerma.

Al ver los ojos de Cliff llenos de compasión, Edie se dio cuenta una vez más del cariño que había llegado a sentir por ese hombre.

—¿Por qué no dejas que te lleve a comer? - sugirió él mientras salían de la habitación.

—¿Comer?

Edie lo miró sin comprender. ¿Era posible que fuese la hora de comer? Parecía que había pasado una eternidad desde que estaban los tres en la cocina desayunando. Frunció el ceño y miró la puerta de la habitación de Nanny.

- No sé. Tal vez debería quedarme… por si me necesita.

Él le puso las manos sobre los hombros.

—Edie, no hay razón para que te quedes. No puedes hacer nada por Nanny. Además, ya has oído a la enfermera, le han dado un sedante, así que probablemente dormirá toda la tarde - le masajeó suavemente los tensos músculos de los hombros-, Ven a comer conmigo, luego puedes irte a casa a dormir un par de horas y volver aquí a última hora de la tarde. A esa hora probablemente Nanny necesitará verte.

—De acuerdo - aceptó ella, comprendiendo que él tenía razón.

—Lo primero que haremos será pasar por mi casa para darme una ducha rápida y cambiarme de ropa - dijo Cliff una vez en el coche.

Edie asintió distraídamente, absorta en pensamientos de Nanny y la incertidumbre del futuro. Se le desgarraba el corazón al pensar en tener que ingresar a su abuela en una clínica. Era una difícil decisión que esperaba que no tendría que tomar hasta mucho más adelante.

—¿Estás bien? - le preguntó Cliff, interrumpiendo la confusión de sus pensamientos.

—Sí, estoy bien - le aseguró ella-. Sólo que… ojalá no hubiese ido al

mercado. No debería haberla dejado.

—No te estarás culpando por lo que le ha sucedido a Nanny.

Cliff aparcó el coche enfrente de un complejo de apartamentos. Apagó el motor y se volvió hacia ella.

—Edie, ha sido un accidente. No podemos culparnos por lo que nos depara el destino.

Algo curioso sucedió cuando Cliff pronunció esas palabras. El exceso de carga emocional que había estado soportando todo ese tiempo, el sentimiento de que de alguna manera él había sido el responsable de que Catherine lo abandonase, quedó al descubierto y se desvaneció. Qué curioso que no hubiese sido consciente de esos sentimientos hasta el momento de su desaparición.

—Oh, lógicamente sé que yo no he tenido la culpa. Supongo que me horroriza la decisión que voy a tener que tomar.

Cliff le sonrió dulcemente y le retiró un mechón de la mejilla.

—Hoy no tienes que tomar ninguna decisión. Nanny va a quedarse en el hospital un par de días, así que no es necesario que hagas planes para el futuro en este momento.

—Tienes toda la razón - dijo ella aliviada.

—Vamos, sólo tardaré unos minutos en ducharme y cambiarme. Luego voy a llevarte a comer un buen plato caliente de esas verduras que te gustan tanto - sonrió guasonamente, saliendo del coche.

—Bonitos apartamentos - observó ella mientras atravesaban la zona de aparcamientos.

—No está mal - respondió él-. Aquí cuelgo mi gorra, hago algunas comidas y duermo.

—Parece como sí estuvieses describiendo una habitación de hotel en vez del lugar donde vives - observó Edie.

Pero cuando entraron en el apartamento de Cliff, eso era exactamente lo que parecía, una habitación de hotel fría e impersonal.

Los muebles, un atractivo sofá a cuadros y una silla reclinable, parecían nuevos. La superficie de cristal de las mesas no mostraban indicios de haberse utilizado. No había marcas de tazas de café, ni periódicos o revistas. La habitación no emitía calor, ni personalidad.

—Siéntete como en tu casa. Saldré en seguida - dijo Cliff,

desapareciendo en lo que Edie supuso que era el cuarto de baño.

—¿Puedo utilizar el teléfono? Quiero llamar a Rose y decirle que Nanny está bien.

—Claro, está en la cocina.

Al cabo de un momento Edie oyó el ruido de la ducha. Entró en la cocina, y no se sorprendió de encontrarla tan impersonal como el salón. Se entristeció por él. Era un hombre con un dolor que le había robado su deseo de vivir. Vivía con el miedo constante a exponerse, a alcanzar la felicidad y el amor, a que le volviesen a hacer daño.

Hacía muy poco que lo conocía y sentía como si lo conociese de toda la vida. Y sabía, con la certeza de una mujer enamorada, que había una parte de Cliff que se rebelaba contra su soledad autoimpuesta. Había una parte de él que ansiaba conectar con alguien. Ella sabía que en su interior se estaba librando una batalla, entre el miedo y su necesidad de amar y ser amado otra vez. Deseó que hubiese una manera de inclinar la balanza hacia el amor.

Con un suspiro, atravesó la cocina y descolgó el teléfono. Lo primero que tenía que hacer era tranquilizar a Rose.

Cuando terminó de hablar con Rose, advirtió que el agua de la ducha había dejado de correr. Había una cafetera encima del mostrador y decidió hacer un café, pero después de buscar en varios armarios la lata del café y los filtros, acabó por desistir.

- ¿Eh, Cliff, dónde escondes el café?

Esperó un momento, pero no hubo respuesta. -¿Eh, Cliff?

Salió de la cocina y atravesó el salón, deteniéndose delante de la puerta del cuarto de baño. Cuando levantó la mano para llamar, la puerta se abrió de golpe, y salió Cliff prácticamente pasando por encima de ella.

—Oh, lo siento, no sabía que estabas aquí- dijo él, cambiando el peso de un pie a otro embarazosamente.

Al verlo, todo pensamiento de café desapareció de la mente de Edie. Tenía el cabello negro alborotado de habérselo secado con una toalla, lo que le daba un vulnerable encanto infantil. Sin embargo, según fue bajando la mirada su encanto no le resultó nada infantil sino… totalmente viril.

Estaba desnudo excepto por la toalla enrollada por debajo de sus esbeltas caderas. Su ancho pecho estaba cubierto de la cantidad justa de vello negro y rizado, formando una especie de V que desaparecía provocativamente por la toalla. Sus piernas estaban torneadas con vigorosos músculos. Sin embargo, no fue la irresistible masculinidad de

su físico lo que más le llamó la atención. Era su tez lisa sin barba.

- Te has afeitado - dijo ella maravillada, poniendo la palma de su mano en la suavidad de su mejilla.

- Sí - dijo Cliff, torciendo la sonrisa-. Pensé que sería mejor que pareciese civilizado si te iba a llevar a comer.

Repentinamente a Edie la invadió el deseo de volver a estar cerca de él íntimamente. El paseo en la montaña rusa de las últimas dos horas, unido a un deseo embriagador, hicieron que se diese cuenta de que lo único que deseaba era estar entre sus brazos y hacer el amor con él.

—No quiero ir a comer - murmuró ella, llevando la mano desde su mejilla hasta el vello que cubría su pecho-. Quiero quedarme aquí, contigo. Quiero hacer el amor contigo otra vez.

—Edie, no sabes lo que dices - dijo él ásperamente, apartándole la mano-. Has sufrido una fuerte impresión, y estás confusa y alterada.

—Sé muy bien lo que digo - susurró ella.

Levantando la mano, Edie se soltó la trenza. Sacudió la cabeza, y su abundante cabello castaño se derramó sobre sus hombros. Oyó la respiración entrecortada de Cliff cuando hizo ademán de quitarse el suéter.

—Edie, déjalo ya. No está bien.

—¿Por qué no? - lo miró desafiantemente-. Te deseo, Cliff. Y sé que tú también me deseas. ¿Por qué no repetir lo que nos hizo sentirnos tan bien la otra noche? Con un rápido movimiento, se sacó el suéter por la cabeza y lo dejó caer al suelo, plantándose orgullosamente delante de él con un sujetador de seda beige.

—Edie, escúchame - la sujetó por los hombros, pero la soltó inmediatamente, como si su cálida y sedosa piel lo quemase-. Ya te lo advertí. No debería haber sucedido. No tengo nada que darte, nada excepto un momento pasajero. No puedo hacerte promesas.

La miraba con los ojos empañados de tensión y su voz estaba llena de una contenida intensidad.

—No quiero promesas. Sólo te quiero a ti, aquí y ahora.

Con un grito estrangulado, Cliff la atrajo hacia sí, reclamando sus labios con tal pasión que la dejó sin aliento. Sus manos se enredaron en sus cabellos mientras su boca saqueaba las profundidades de la de Edie.

Ella se apretó contra él, gimiendo cuando sus senos entraron en contacto con su pecho desnudo. Lo rodeó con sus brazos, acariciándole lentamente la espalda, memorizando cada centímetro.

Él apartó los labios de ella, respirando áspera y entrecortadamente en su oído.

—Edie… tienes que decírmelo ahora. ¿Estás totalmente segura? Ya me entiendes, ni ataduras, ni promesas, sólo este momento.

Los ojos de Cliff brillaban peligrosamente.

Ella le sonrió, con la mirada lánguida del amor.

- Jamás he estado tan segura en toda mi vida.

Le cogió las manos y lo llevó al dormitorio. Una vez allí, se desprendió con garbo de sus vaqueros y los puso en la cama, dejando su cuerpo cubierto únicamente por el sutil sujetador y las braguitas de encaje. Se echó en la cama, invitándolo con los ojos a seguirla.

El vaciló a los pies de la cama, devorándola con la mirada. Sus ojos abrasadores le provocaron un intenso calor que la recorrió de pies a cabeza. Pero ella deseaba más. No sólo el calor de su mirada, sino las llamas de sus caricias, el fuego de su posesión. -Cliff…

Su nombre fue un susurro en los labios de Edie, pero fue el estimulante que necesitaba Cliff para romper la inmovilidad que se había apoderado de él al contemplarla. En tres rápidos pasos estuvo sobre ella en la cama.

-Oh, Edie.

Cliff recapturó su boca en un apremiante beso, haciéndole el amor con la lengua. Se echó de lado y empezó a acariciarla por la clavícula, descendiendo hasta el sujetador, donde su mano jugueteó con el encaje que lo adornaba. Edie se retorció contra él, impaciente por liberarse de las últimas barreras de ropa que los separaba. Gimió cuando él continuó atormentándola, acariciando los bordes del sujetador. Iba a quitárselo, pero él la detuvo.

—Despacio… quiero saborear cada segundo - musitó Cliff en sus labios con el aliento cálido y dulce.

Ella se estremeció de placer con sus palabras, pero no fue nada comparado con el deseo que la invadió cuando él descendió sus labios para besarle uno de los pezones a través de la delicada tela.

Con la respiración jadeante, Edie sintió la mano de Cliff acariciándole el liso vientre, introduciendo los dedos bajo el elástico de las braguitas, pero sin llegar a donde más lo necesitaba. El continuó atormentándola, siguiendo con sus labios el rastro de sus manos, volviéndola loca de pasión. Sabía que él estaba intentando llevarla a un punto donde la consumación sería explosiva. Y quiso que esa unión fuese igual de maravillosa para Cliff. Se sentó encima de él, a horcajadas.

- ¿Qué., qué haces? - gimió él, con un brillo de emoción en los ojos.

- Hay que turnarse para que el juego sea justo.

Se inclinó y lo besó, levantándose un poco al mismo tiempo para quitarle la toalla.

Lentamente retiró los labios de su boca, y los hizo descender por su barbilla, por su cuello, hasta acoplarlos en uno de sus pezones masculinos. Su sabor avivó las llamas del deseo de Edie.

Cliff cerró los ojos, intentando controlar los estremecimientos que sacudieron su cuerpo cuando ella lo acarició atormentadoramente con la lengua. Al levantar Edie la cabeza, él suspiró con una mezcla de alivio y pesar. Entonces sintió una nueva sensación. Las puntas del sedoso cabello de Edie recorriendo su cuerpo, haciéndole suspirar de placer cuando descendieron por su estómago hasta la dureza entre sus ingles. Con un angustioso gemido se colocó encima de ella, y le desabrochó el sujetador.

Ella gimió cuando le acarició la plenitud de sus senos. Sabía que él deseaba lo mismo que ella. No más caricias, no más tormento. Deseaba… no, necesitaba sentirlo dentro de ella.

Lo ayudó, liberándose de sus braguitas, sollozando cuando él volvió a estar encima de ella. Se quedaron mirándose un momento, hablando el lenguaje de los amantes, transmitiéndose subliminares mensajes que sólo sus almas podían oír, entonces, con un profundo impulso de su cuerpo, la penetró.

Por un momento él no se movió y ella lo miró. Tenía el rostro tenso y Edie comprendió que estaba intentando controlarse. No se daba cuenta de que ya la había colmado, de que si se detenía en ese mismo instante, estaría completamente satisfecha.

—Está bien - murmuró ella, apremiándole con el movimiento de sus caderas.

El perdió el poco control que le quedaba y empezó a moverse sobre ella, haciéndola gritar. Cayeron en un frenético ritmo, sin vacilaciones, como si llevasen años haciendo el amor y cada uno conociese las necesidades del otro.

Edie sintió que se le contraían los músculos mientras iba escalando hacia la cúspide del placer. Se abrazó a él con fuerza, deseando mantenerlo en su interior eternamente. Cuando ella alcanzó la cima ahogó un grito, sintiendo que él se ponía rígido, al obtener también su propio desahogo. Giraron juntos en espiral, jadeando abrazados el uno al otro, mudos de admiración.

Él permaneció sobre ella un momento, y después se echó a su lado. Al mirarlo amorosamente, Edie se sintió invadida de gozo, de una felicidad tan intensa que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Parecía muy cansado y, al recordar el tiempo que llevaba sin

dormir, se sintió avergonzada de haber forzado la situación para conseguir lo que deseaba. Ella jamás había hecho eso y le pareció importante que él lo supiese.

- Cliff, espero que no pienses que tengo la costumbre de... eh... hacer esto. Él levantó un párpado y la miró.

- Lo sé, Edie - dijo con ternura, y volvió a cerrar los ojos.

—Bueno, sólo quería que supieses que no hago el amor con todos los policías que llaman a mi puerta.

Se sintió satisfecha cuando una pequeña sonrisa asomó a los labios de Cliff. Se soltó suavemente de él y empezó a levantarse, sabiendo que necesitaba dormir.

-¿Qué estás haciendo?

Ella le sonrió, advirtiendo que estaba medio dormido.

- Voy a ducharme, y luego llamaré a un taxi para irme a casa.

- No seas tonta, yo te llevaré - dijo él sin abrir los ojos.

Edie se inclinó y le besó los párpados.

- No seas tonto tú. Quédate a dormir. Te veré esta noche en el apartamento.

Una vez que ella desapareció en el cuarto de baño y oyó correr el agua, Cliff se echó de espaldas y se puso el brazo sobre los ojos.

Dormir era lo último que tenía en la cabeza. No podía dejar de pensar una y otra vez en lo que había sucedido entre ellos. Era algo que había querido evitar desde el momento en que entró en su apartamento.

No quería una relación con Edie. El amor no podía florecer sin la promesa de un futuro. Sabía que ella sentía algo por él, lo había visto en sus ojos, en sus caricias. Y su amor era muy seductor. Pero ella no se daba cuenta de que estaba enamorada de un hombre que prefería estar emocionalmente muerto antes que correr el riesgo de que volvieran a hacerle daño.

Se puso tenso al oír que el agua de la ducha había dejado de correr y el sonido de su voz canturreando alegremente. No se movió cuando ella salió del baño, y permaneció inmóvil oyendo cómo se vestía. Cuando ella lo besó tiernamente en la mejilla siguió fingiendo que dormía. Hasta que no oyó que se cerraba la puerta de su apartamento, indicándole que Edie se había ido, no exhaló un profundo suspiro.

Tenía que detener aquello antes de que fuese demasiado lejos. Sabía que le haría daño, pero sería peor si su relación continuaba. Sin embargo, no podía controlar el inmenso vacío que lo invadía al imaginarse su vida sin ella. Entonces, por primera vez en años, Cliff lloró.

Capítulo Ocho

—Me dijo Edie que le abriese en cuanto llegase - explicó Rose, rebuscando entre un gran manojo de llaves la del apartamento de Edie-. La pobre ha dormido un ratito esta tarde, y después ha vuelto corriendo al hospital - probó otra llave sin éxito-. Pobre Nanny, cada vez que la recuerdo ahí tirada en las escaleras… totalmente inmóvil… -se detuvo para secarse una lágrima de la mejilla-. Gracias a Dios que Edie lo tiene a usted, señor Marchelli. Va a necesitarle ahora que Nanny está en el hospital.

Cliff apretó los puños en las asas de las bolsas de lona. No quería oír que Edie lo necesitaba, y suspiró aliviado cuando Rose encontró por fin la llave y abrió la puerta.

—Ya está. Edie me dijo que le dijese que volverá tarde. Quería quedarse en el hospital con Nanny esta noche.

Cliff le dio las gracias, y entró en el silencioso apartamento. Lo primero que vio fue el tazón de fresas en medio de la mesa, lavadas y sin tallos, listas para metérselas en la boca. A pesar de su preocupación por Nanny, Edie se había acordado de dejarle las fresas. Por alguna razón, ese pensamiento lo deprimió.

Había sido una tarde extraña, entre las vertiginosas alturas del goce y las profundidades de la desesperación.

Al principio sus lágrimas lo habían asustado, sin saber exactamente a qué se debían. Pero entonces se había dado cuenta de que eran producto de años de emoción contenida. Una vez que habían empezado a caer no había podido detenerlas.

Inicialmente sus lágrimas habían sido por Catherine. El dolor que nunca había reconocido estalló y salió de él en oleadas, dejándolo débil y agotado. Después había llorado por sí mismo, por los sueños que le habían arrebatado, haciendo que temiese volver a soñar. Entonces se había quedado dormido.

Al despertarse, había comprendido inmediatamente que algo había cambiado. Sus lágrimas habían eliminado las amargas semillas de desesperación que habían permanecido latentes los últimos dos años. Se sentía limpio y ligero, como si se hubiese quitado un gran peso de los hombros.

Pero seguía firme en su decisión de terminar la relación con Edie. Sus lágrimas no podían relegar el hecho de que nunca volvería a correr el riesgo de enamorarse y de que le hiciesen daño. Al mirar el tazón de fresas y sentir la depresión que lo embargaba, supo que estaba

entrando en un nuevo proceso de dolor, sintiendo la pérdida de Edie y el vacío futuro de su vida.

Se sentó ante la ventana, preguntándose por qué era siempre tan doloroso hacer lo correcto.

Había sido una larga noche. Cuando Edie salió del coche estaba amaneciendo. Subió corriendo las escaleras hacia su apartamento. Cliff estaba allí, y lo necesitaba desesperadamente.

Abrió la puerta, entró y lo vio de pie en la ventana. Se dirigió hacia él sin vacilar y le echó los brazos al cuello, ocultando el rostro en su pecho.

—Oh, Cliff, abrázame - murmuró, colgándose con fuerza de su cuello. Sintió que Cliff vacilaba momentáneamente, hasta que la rodeó con sus brazos estrechamente y ella cerró los ojos.

—¿Ha… ha ocurrido algo? ¿Nanny está peor? - preguntó Cliff con la voz grave. Ella suspiró y, de mala gana, se separó un poco de él.

—No, físicamente está bien - respondió Edie, sentándose en el sofá, seguida por Cliff-. Oh, Cliff, no me reconoce.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y suspiró temblorosamente. Cliff le cogió la mano, animándola en silencio a que continuase.

—Antes, aunque no me reconociese como su nieta, sabía que yo era alguien que me preocupaba por ella, alguien en quien podía confiar. Pero anoche no me reconocía en absoluto y estaba muy asustada.

De pronto toda la emoción contenida desde el momento que vio la ambulancia se liberó. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, y con un sollozo se abrazó a Cliff.

—Déjalo salir - le susurró él, estrechándola contra su pecho y acariciándole la cabeza.

Y eso hizo ella. Lloró hasta que no le quedaron más lágrimas. Entonces se separó de él con una tímida risita.

- Perdóname, me siento ridícula y te he empapado la camisa.

- No tienes por qué sentirte ridícula y mi camisa ya se secará.

Lo miró agradecida, y se frotó la frente, que le palpitaba dolorosamente.

- ¿Te duele?

Edie asintió con la cabeza.

Cliff se dirigió a la cocina y volvió al sofá con un vaso de agua.

—Bébete esto. Lo que necesitas es dormir - la observó mientras se

bebía el agua obedientemente y luego le tendió la mano-. Vamos, te acostaré. Después me iré para que puedas dormir tranquilamente.

Ella se dejó llevar hasta el dormitorio y mientras él le preparaba la cama, fue al cuarto de baño y se puso la túnica.

—Muy bien, adentro - dijo Cliff, arropándola y sentándose en el borde de la cama-. Sabes, probablemente Nanny está confusa por los sedantes y porque lo que la rodea le resulta desconocido. Estoy seguro de que las cosas irán mejor la próxima vez que la veas.

Ella sonrió, con los párpados pesados por la necesidad de dormir, y él empezó a soltarle la mano, deteniéndose cuando ella pronunció su nombre.

—¿Te quedas conmigo un rato? Sólo hasta que me duerma.

Él vaciló. Aunque no había seducción en los ojos de Edie, le daba miedo involucrarse más profundamente con ella.

- Por favor - le rogó con ojos suplicantes.

Él cedió.

- De acuerdo.

Ella le hizo un sitio en la cama.

- Échate aquí un poco y abrázame- murmuró.

Cliff se acostó a su lado y la estrechó entre sus brazos. Se iría en cuanto ella se quedase dormida. Cerró los ojos, disfrutando de la sensación del cálido aliento de Edie en su cuello, y cayó en un profundo sueño.

Edie se despertó lentamente, y se encontró entre los brazos de Cliff, con la cabeza apoyada en su hombro y sus piernas entrelazadas.

Movió la cabeza ligeramente para poder verle la cara, maravillada ante el amor que sentía por él. Estaba dormido y su respiración profunda movía rítmicamente su pecho. Sí, amaba a ese hombre. Y él también la quería. Lo sabía por su forma de mirarla, de acariciarla, y por cómo la había abrazado cuando necesitaba llorar. Edie le acarició el rostro con ternura. Un rostro duro, marcado por la vida.

Cliff se revolvió y la estrechó entre sus brazos, pero no se despertó. Ella lo besó en el cuello y deslizó las manos por su pecho, descendiendo por la lisa superficie de su estómago, y deteniéndose indecisa en la hebilla de su cinturón. ¿Debería despertarlo? Parecía dormir tan plácidamente. Pero sonrió y empezó a desabrocharle los pantalones. ¿Por qué no despertarlo? Había cosas mucho más interesantes que hacer que dormir.

Cliff pasó del sueño al deseo en cuestión de segundos, sin que le diese tiempo a hacer la transición mentalmente. La consciencia le llegó

con un grito sofocado de sorpresa cuando sintió las manos de Edie bajo sus pantalones, explorando la única parte de su anatomía que parecía estar completamente despierta.

Su decisión de no volver a hacer el amor con ella quedó atrapada en alguna parte de su interior cuando sus manos entraron en contacto con la cálida piel de Edie y advirtió que estaba desnuda. Gimió cuando ella se incorporó y empezó a tirar de sus pantalones. El sol de la tarde entraba por la ventana, bañando su piel, y dándole un reflejo dorado.

Cuando ella reemplazó sus manos por sus labios, el último vestigio de negativa desapareció de la mente de Cliff. Su camisa siguió en seguida la dirección de sus pantalones y de la túnica de Edie, amontonándose en el suelo. La estrecha cama crujía debajo de ellos mientras acababan de desnudarse entre el lío de las sábanas, con apremiantes suspiros.

Se apretaron uno contra otro en abandonado deleite, redescubriendo el mismo goce que habían disfrutado el día anterior. No pronunciaron ninguna palabra. No las necesitaban. Sus cuerpos lo decían todo. Pronto, él estuvo dentro de ella, colmándola, llevándola con él a un viaje hasta el cielo. Y cuando lo alcanzaron, ella se aferró a él, susurrando su nombre una y otra vez como en una oración.

—Creo que voy a tener que pensar en comprarme una cama doble -dijo ella con una sonrisa, acariciándole la cabeza a Cliff, apoyada en su pecho.

Cliff se puso tensó ante sus palabras, dándose cuenta de la magnitud de lo que había hecho. Tenía que ser fuerte y apartarse de su vida antes de causarle un daño irreparable.

—Edie.

Se giró hacia un lado, separándose de ella, y se cayó al suelo. Las risas de Edie llenaron la habitación.

Lo miró desde el borde de la cama, y parecía más un travieso diablillo que la mujer que lo acababa de volver loco de pasión. Cliff comprendió que no podía decírselo en ese momento. No cuando sus cuerpos todavía emitían el fulgor de después de hacer el amor.

- ¿Qué hora es? - preguntó él, recogiendo sus pantalones del suelo.

- Casi las cinco. Hemos dormido mucho.

Edie se estiró lánguidamente, observándolo mientras se vestía. Nunca se había imaginado que fuese tan estimulante contemplar a un hombre vistiéndose.

- Tengo que irme. Debo presentarme en la comisaría.

Terminó de abrocharse la camisa.

- Dame un beso antes de irte - demandó ella con una hechicera

sonrisa.

- Edie, voy a llegar tarde - protestó él.

La desesperación hizo que empezase a arderle el estómago. Necesitaba salir de allí, distanciarse de ella. Lo abrumaba con su mirada, con la satinada suavidad de su piel.

—Cliff Marchelli, estoy segura de que puedes tomarte un minuto para darme un beso - exclamó ella, dolida por su brusca respuesta.

Cliff, viendo la aflicción en su rostro, se inclinó para besarla en la mejilla. Pero ella giró la cara y capturó sus labios. Él no se resistió al beso, sino que lo saboreó, memorizando la dulzura de su boca, la fragancia de sus cabellos, el erótico contacto de sus lenguas. Deseaba recordar todo lo que pudiese de ese beso porque sabía que era un beso de despedida.

Cuando Cliff se marchó, Edie se levantó de la cama y se dio una larga ducha caliente. Mientras estaba bajo el chorro del agua, recordó una y otra vez los dos últimos días con él. Era curioso que nunca se hubiese dado cuenta de lo incompleta que había estado, no hasta que había sentido su plenitud junto a Cliff. Sabía que debería andarse con cautela, que él no le había hecho promesas, pero era difícil ser cautelosa estando enamorada.

Después de ducharse se puso un vestido de punto de color canela, que sabía que le favorecía y que resaltaba los reflejos rojizos de su cabello castaño. Se maquilló un poco y se cepilló el pelo hasta dejarlo brillante. Sólo iba al hospital, pero se sentía tan feliz, tan bella interiormente, que deseaba exteriorizarlo.

Al salir del apartamento, sintió el impulso de llamar a la puerta de Rose.

—Ah, Edie, querida, entra. ¿Una taza de café? - le preguntó Rose, indicándole una silla de la mesa.

- Vale - respondió Edie, sentándose-. ¿Y Tony?

- Se ha marchado esta mañana a su casa.

Edie asintió con la cabeza.

—Me iba al hospital y quería agradecerte que me guardases la compra el otro día.

—Ah, era lo mínimo que podía hacer - dijo Rose, sirviendo dos tazas de café y sentándose con Edie-, Te has puesto muy guapa para ir al hospital. La verdad es que estás radiante.

- Tenía ganas de arreglarme.

- Ese brillo en tu cara no tendrá nada que ver con cierto italiano de bonito trasero, ¿verdad?

—Puede ser - respondió Edie evasivamente, pero deseosa de

compartir su felicidad con alguien, añadió-. Oh, Rose, es un hombre maravilloso, y hace que me sienta tan bien.

Los oscuros ojos de Rose se iluminaron.

- Eso parece amor.

—Creo que sí, y pienso que él siente lo mismo - Edie hizo una pausa para dar un sorbo de café, y continuó pensativamente-, Pero es difícil decir lo que él siente. Es muy reservado. No me ha dicho verbalmente que me ama, pero yo sé que sí.

Rose asintió con la cabeza.

- Los hombres nunca tienen prisa en decirle a una mujer que la aman.

—Sí, pero Cliff sufrió una tragedia en el pasado y creo que tiene miedo de volver a enamorarse.

—Bah, todos los hombres tienen miedo de comprometerse. Johnny y yo salimos durante un año sin que me dijese que me amaba. Al final le dije que o se comprometía o lo dejábamos - Rose sonrió nostálgicamente-. Le dije que si él no estaba dispuesto, había un guapo carnicero que me miraba mucho. Johnny me compró un anillo de compromiso esa misma noche.

—¿Y existía ese guapo carnicero? - preguntó Edie con curiosidad.

—Claro que sí - Rose sonrió-. Pero lo que no le dije a Johnny era que el carnicero tenía sesenta años, estaba casado y tenía nietos.

Edie se rió apreciativamente. Terminó el café y se puso de pie.

- Será mejor que me vaya al hospital. Estoy deseando ver cómo está Nanny. Rose se levantó y la acompañó a la puerta.

- Dale recuerdos a Nanny de mi parte. Dile que pienso mucho en ella.

- Lo haré.

—Y Edie, respecto a ese Cliff, si lo amas de verdad y crees que él siente lo mismo, no dejes que nada se interponga en tu camino. El amor es algo muy difícil de conseguir, y por el brillo de tu cara diría que lo has encontrado con ese hombre. Si lo amas, vé por él.

Edie se rió y le dio un cariñoso abrazo a la rechoncha mujer.

—Gracias por el consejo.

—Oh, siempre he dado buenos consejos - Rose se rió-. Puedes preguntarle a la novia de Anthony.

- ¿Cómo van los planes de la boda?

Rose se encogió de hombros.

- Yo que sé. Sólo soy la madre del novio.

- Estoy segura de que todo irá bien.

Edie le dio otro abrazo, se despidió y se dirigió a su coche.

De camino al hospital, Edie reflexionó sobre la conversación que había tenido con Rose. ¿Quién habría pensado que el día que dejó entrar en su apartamento a ese duro policía con úlcera estaba dejando entrar al amor en su casa y en su corazón? Cliff, Nanny y ella… tres eran un familia.

—Despacio, chica - se susurró a sí misma, entrando en el aparcamiento del hospital.

Con Cliff tendría que ir día a día. Días dorados de hacer el amor y reír juntos, creando un vínculo que le haría creer en el futuro, sin miedo.

Sus pensamientos positivos animaron su paso con energía cuando entró en el hospital y se dirigió a la habitación 202.

—Voy a zurrarles como no dejen de clavarme agujas y de despertarme a todas horas de la noche. Jamás he oído que se despierte a una persona para darle una pastilla para dormir.

El sonido de la estridente voz de Nanny hizo que Edie entrase rápidamente a la habitación, donde se encontró al Dr. Stafford intentando aplacarla.

- Edie - dijo el doctor, mirándola como si fuese su salvación.

- Doctor Stafford - Edie le sonrió-. ¿Nanny, estás dándole la lata al doctor?

—Hrrumph. Me hacen comer cosas líquidas, me llenan los brazos de pinchazos y no me dejan moverme de esta cama. ¿Y crees que soy yo la que les da la lata? - dijo Nanny, mirando furiosamente al doctor Stafford.

- ¿Podría hablar contigo un momento en el pasillo? - preguntó el médico a Edie. Ella asintió con la cabeza y salieron de la habitación.

- Vaya carácter - dijo él.

Edie se rió.

- No tiene que ser diplomático conmigo, doctor Stafford. Sé que puede ser un verdadero demonio cuando le da la vena.

- Ha tirado la bandeja del desayuno esta mañana. Decía que quería tacos.

Edie sonrió, y pensó en contárselo a Cliff más tarde.

- Siento que les esté dando tanto trabajo a usted y a las enfermeras.

—No estoy preocupado por mí ni por las enfermeras, sino por tu abuela - dijo el doctor Stafford, mirándola seriamente.

—¿Le ha encontrado algo más aparte de lo de la clavícula?

—No, no es nada de eso - la tranquilizó él en seguida-. Sin embargo, me preocupa que esté tan intranquila. Como sabes, ayer por la noche apenas durmió y hoy no ha dormido nada. Si no descansa tardará más en recuperarse. Por eso estaba intentando que se tomase esta pastilla para dormir. Le calmaría la ansiedad y lo ayudaría a descansar.

—¿Tiene la pastilla?

El doctor Stafford asintió con la cabeza y dejó caer la píldora en la mano de Edie.

- Haré que se la tome - dijo Edie.

- ¿Edie, has pensado en lo que vas a hacer con tu abuela cuando le dé el alta? Edie suspiró, con el ceño fruncido.

—Sí, pero todavía no he decidido nada. Sé que ya no puedo ocuparme de Nanny yo sola, pero no puedo pensar en ingresarla en una clínica.

—Yo no creo que una clínica sea la solución. Tu abuela todavía está bien de salud a pesar del Alzheimer. Desde luego, llegará un momento en que tendrá que estar más atendida, pero por ahora, ¿no has pensado en contratar a una enfermera unas horas al día?

—Pues no lo había pensado, pero parece una solución razonable. ¿Es necesario que sea una enfermera?

El doctor Stafford sacudió la cabeza.

—Lo que en realidad necesitas es una niñera. Alguien que la vigile cuando tú no estés y evite que se meta en problemas.

—Buscaré a alguien inmediatamente - dijo ella, aliviada de haber encontrado una solución-, ¿Cuándo cree que podrá irse a casa?

—Me gustaría que se quedase aquí otra semana, para asegurarme de que la clavícula va bien y que no hay complicaciones.

Edie asintió con la cabeza.

- Gracias por todo, doctor Stafford. Haré que Nanny se tome la pastilla. Le estrechó la mano al médico, y entró en la habitación.

—Bien, supongo que te habrá llenado la cabeza de mentiras - dijo Nanny cuando entró Edie.

—Lo que me ha dicho es que está muy preocupado porque no duermes. Edie acercó una silla al lado de la cama.

—No quiero dormir. Si me duermo, quién sabe dónde me despertaré. La última vez que me dormí, acabé aquí. Y no me gusta.

Quiero irme a casa.

—Nanny, necesitas dormir. Ahora quiero que te tomes está pastilla. Te sentirás mejor.
—No - replicó Nanny, apretando los labios como una niña pequeña. Edie le acarició la mano con dulzura.
-¿Recuerdas cuando yo era pequeña y no me quería tomar las medicinas? Tú te sentabas junto a mi cama y me decías que la pastilla tenía unos duendes armados para combatir la enfermedad de mi cuerpo. ¿Te acuerdas?
Nanny sacudió la cabeza.
- ¿Es cierto? ¿Hay duendes?
—Eso es lo que tú me decías. Y que si me tomaba la pastilla me contarías maravillosas historias que me harían sonreír mientras la magia se producía en mi cuerpo.
Nanny se quedó en silencio un momento.
- ¿Si me tomo la pastilla, me contarás historias maravillosas?
Edie asintió con la cabeza, suspirando aliviada cuando Nanny se metió la píldora en la boca y se la tragó.

—Ahora cuéntame una historia - demandó Nanny.
Cliff recorría despacio el pasillo del hospital, sin saber exactamente qué estaba haciendo allí. Suponía que quería ver a Nanny por última vez y despedirse de ella. Mentalmente ya se había despedido de Edie.
Llevaba una bolsa de tacos. Aunque Nanny ni siquiera sabía quién era, admiraba su dignidad, le gustaba su carácter y percibía su buen corazón. Cualidades que había transmitido a su nieta. Por ellas había sido capaz de enfrentarse a su dolor por Catherine, y se había liberado de él. Suponía que esa última visita era una especie de agradecimiento a Nanny por haber formado parte de su proceso de curación.
Se detuvo delante de la puerta de la habitación, y oyó el tono familiar de la voz de Edie. Maldición, no se sentía preparado para encontrarse con ella. Pensaba que todavía estaría en casa.
Cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra, sin saber qué hacer. Mientras estaba ahí parado indecisamente, le llegaron las palabras de Edie.

—Y los tres viviremos en una casa grande donde tu tendrás tu habitación.

—Con violetas en el papel de la pared - dijo Nanny, con voz soñolienta-. Me encantan las violetas. ¿A ti no?

—Sí, con violetas en el papel de la pared - asintió Edie-, Y los domingos haré fuentes de tacos. Y nos sentaremos en el porche mientras Cliff corta el cesped.

- ¿Y que haré yo? - preguntó Nanny.

- Jugarás con tus nietos.

- Oh, qué bien. Cuentas buenas historias - dijo Nanny dulcemente.

A Cliff le dio un vuelco el corazón. Una casa, un jardín, hijos… tenía que detenerla. Él no le había prometido nada. Ella había dicho que entendía que sólo podía darle un momento de pasión.

Se dio la vuelta y salió corriendo del hospital. Esa noche… esa noche tenía que decirle que todo había sido un error. Sentía el daño que iba a causarle, pero era necesario. Se había liberado del dolor de Catherine, pero nunca recuperaría su fe en el amor. Él había perdido su inocencia, y lo triste era que por su culpa, Edie iba a perder la suya también.

Edie comprendió que algo había sucedido en cuanto llegó a la calle de su apartamento. Había coches de policía por todas partes, y los vecinos estaban fuera de sus casas, en ropa de dormir.

Aparcó el coche y corrió hacia el edificio, donde Rose y otros inquilinos charlaban con excitación.

—Oh, Edie, querida. Te has perdido toda la emoción - la saludó Rose, envuelta en una brillante bata morada.

—¿Qué ha pasado? - preguntó Edie, a sabiendas de que había sido la gran detención de Cliff.

—Eran poco más de las diez cuando miles de coches de policía con las sirenas encendidas han empezado a llegar al almacén.

Rose señaló el edificio de enfrente, del que salían varios policías.

—No había miles de coches de policía - exclamó Bernie Westfall, el anciano de setenta años que vivía en el tercer piso- Había seis. Los conté.

—Bueno, parecían miles - continuó Rose, lanzándole una furiosa mirada a Bernie-. Todos tenían las luces y las sirenas encendidas. Se detuvieron con fuertes frenazos y todos los policías saltaron de los coches con el arma en la mano.

—No habían sacado sus armas. Lo he visto todo y ninguno sacó su pistola protestó Bernie.

Rose soltó un bufido de desesperación.

—Da igual, por un altavoz les dijeron a los hombres del almacén que saliesen con las manos en alto.

—Se llama megáfono, no altavoz - explicó Bernie.

—¿Quieres contarlo tú? - preguntó Rose, mirándolo furiosamente con los brazos en jarras.

Bernie se encogió de hombros.

- No, sigue tú. Lo estás haciendo muy bien.

Edie contuvo la risa mientras Rose continuaba.

—Bueno, la policía arrestó a un grupo de hombres y se llevó una furgoneta llena de drogas.

Rose lanzó una mirada satisfecha a Bernie, complacida de haber terminado de contar la historia a su manera.

—Suena muy emocionante - dijo Edie.

Estaba deseando subir a ver a Cliff. Estaría feliz de que todo hubiese acabado tan bien y lo celebrarían. Tenía una botella de champán en alguna parte. Champán, velas y amor... iba a ser una noche memorable.

Se despidió de sus amigos y subió corriendo hasta su apartamento. Se había ido. El equipo de vídeo, los prismáticos, todo había desaparecido.

—Claro que se ha ido - se reprendió a sí misma-. Es un policía, y acaba de tomar parte en una gran operación de drogas.

Lo celebrarían al día siguiente. Se dirigió a la cocina y rebuscó por los armarios hasta que dio con la botella de champán. Le quitó el polvo y la puso a enfriar en la nevera.

Pero había una parte de ella que no se alegraba de que se hubiese producido la detención. Cliff ya no tenía ninguna razón para estar en su apartamento. Ya no estaría en la ventana cuando ella se fuese a la cama. «Pero eso está muy bien», se consoló a sí misma. «Ahora, cuando me vaya a la cama, en vez de estar en la ventana, estará a mi lado». El final de su misión no significaba el final de su relación.

«Estará aquí mañana,» se aseguró a sí misma. «Vendrá y celebraremos el éxito de su misión». Oh, sí, ése era el principio para ellos. Y se abrazó a sí misma llena de felicidad.

Capítulo Nueve

—No puedo creerlo - dijo Walt, mirando a Cliff con incredulidad-. Casi pareces humano.

Cliff se sonrojó, y se pasó la mano por su pelo recién cortado.

- Sí, bueno, me pareció que ya era hora.

Walt asintió con aprobación.

—Por cierto, el comisario nos envía sus felicitaciones por un trabajo bien hecho. El arresto de la otra noche ha eliminado de las calles a dos grandes traficantes - Walt sonrió con satisfacción-. Debo decir que, gracias a esas detenciones, el historial de mi último año de policía será impresionante.

- Estupendo. Ya que te sientes tan expansivo, me gustaría pedirte algo.

- Tú dirás.

- Quisiera unos días libres.

Walt lo miró con sorpresa.

—Sin problemas. Sabes que tienes mucho tiempo acumulado. No te has tomado vacaciones desde que tu esposa… eh… desde hace dos años. Cliff sonrió para evitar que el hombre se sintiese violento. Sabía que sus compañeros habían sido muy cautelosos con el tema de Catherine por su incapacidad para aceptarlo.

—Puedes decirlo. No pasa nada. No me he tomado vacaciones desde que Catherine se divorció de mí. Me gustaría tomarme dos semanas, a partir de ahora explicó Cliff.

- Tuyas son - dijo Walt, mirando a Cliff especulativamente- ¿Va todo bien?

- Sí, todo va bien. Voy a St. Louis a visitar a mi madre y a su marido.

—Bien, bien. Siempre es agradable visitar a la familia - afirmó Walt, satisfecho por la decisión de Cliff.

Cliff se puso de pie.

—Entonces estaré de vuelta dentro de dos semanas - sacó un papel doblado de su bolsillo y se lo entregó a Walt-. Esta es la dirección y el número de teléfono de mi madre. Por si me necesitas.

Walt se levantó y le tendió la mano a Cliff, que se la estrechó calurosamente.

- Pásatelo bien, Cliff. Te lo has ganado.

- Gracias, Walt. Me presentaré en la comisaría en cuanto vuelva.

Cliff salió de la comisaría y se dirigió en coche a su apartamento.

Por el camino, pensó en Edie. No había dejado de pensar en ella en los últimos tres días desde la noche del arresto. Sabía que había optado por la salida más cobarde, dejando su apartamento cuando ella no estaba. Pero en ese momento las cosas habían escapado de su control. El arresto fue muy rápido, y después tuvo que irse enseguida a la comisaría con los sospechosos. Cuando terminó con todo el papeleo se había hecho de día.

Desde entonces todas las mañanas se despertaba atormentado con pensamientos de Edie. Pero sabía que tenía que dejarla. Era lo que tenía que hacer. Alejarse de Edie. Alejarse del amor.

Tres días y ni una palabra. Edie no esperaba ver a Cliff la noche del arresto. Sin embargo, le sorprendió no saber nada de él al día siguiente.

Fue al tercer día por la tarde cuando tuvo que afrontar la dura realidad. No la había llamado y probablemente no la llamaría. Sentada ante la mesa de la cocina con una taza de té, contempló la ventana donde él había sido un molesto intruso para convertirse después en un grato invitado. Cuando se fue la noche del arresto, Cliff había vuelto a colgar la planta, pero el sitio parecía vacío sin su presencia. Se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta. Abrió y entró Rose.

—No te levantes - dijo Rose, sirviéndose ella misma una taza de té-. He venido a ver cómo te van las cosas.

Se sentó enfrente de Edie.

- Me van bien.

Rose frunció el ceño.

- Estás pálida.

—Paso mucho tiempo en el hospital. Supongo que estoy un poco cansada confesó Edie.

No le contó que cuando conseguía dormir un poco, no dejaba de dar vueltas en la cama soñando con Cliff.

- Creía que sólo iban a tener a Nanny en observación un día o dos. ¿Por qué no ha venido a casa todavía? - preguntó Rose, echándose una generosa cucharada dé azúcar en el té.

- Han decidido que, ya que tiene que estar allí por lo de la clavícula, podían hacerle un poco de fisioterapia para mejorar la circulación de sus piernas.

Rose asintió con la cabeza y dio un sorbo de té pensativamente.

- ¿Has decidido lo que vas a hacer cuando le den el alta?

Edie sacudió la cabeza.

—Todavía no. Estoy empezando a pensar que tal vez lo mejor sea una residencia, pero no he tomado una decisión definitiva.

—Edie, te preocupa algo más. Puedo verlo en tu cara - Rose le cogió

las manos por encima de la mesa- He notado que tu amigo no ha venido por aquí estos últimos días.

—Rose, Cliff es un oficial del Departamento de Policía de Kansas City. Ha estado aquí en una misión de vigilancia. Él fue el responsable de todo lo que sucedió la otra noche.

- Bien, pero eso no explica por qué no ha venido por aquí desde entonces. Edie se encogió de hombros.

- Ha terminado su trabajo, así que se ha ido.

Intentó que su voz no reflejase su dolor, pero al ver el rostro compasivo de Rose, se dio cuenta de que no lo había logrado.

—Cuando me dijiste que lo amabas, ¿no era cierto? ¿Era sólo un cuento para que no me enterase de que era un policía?

Edie deseó que así fuera. Las cosas serían mucho menos complicadas, y mucho menos dolo- rosas.

- No, no era un cuento, era la verdad - respondió finalmente con voz queda.

- ¿Y qué vas a hacer ahora?

- ¿Qué puedo hacer? - preguntó Edie, mirando a Rose desamparadamente.

- Lucha por él - respondió Rose sin vacilar-, ¿Le has dicho que lo amas?

—No, no se lo he dicho con palabras, pero estoy segura de que sabe lo que siento por él.

—Con franqueza, Edie, los hombres a veces son unos idiotas. Si lo amas y quieres que sea parte de tu vida, díselo. Si significa algo para ti, lucha por él - Rose se levantó, acabó su té y puso la taza en el fregadero-. Tengo que dejarte. Creo que deberías aceptar mi consejo.

Y con eso, dejó a Edie sola.

Edie se quedó mirando su taza vacía mientras las palabras de Rose resonaban en su cabeza. «Lucha por él.» Se preguntó si no debería tener en cuenta su orgullo, pero le pareció que era una tontería sacrificar toda una vida de amor por un momento de orgullo.

Con esa decisión, se levantó de la mesa y fue por las llaves del coche. Iba a enfrentarse a él. Necesitaba mirarlo a los ojos y decirle que lo amaba. Y si él no sentía lo mismo por ella, necesitaba oírselo decir.

Salió corriendo de su apartamento antes de cambiar de idea. Y en el coche, se concentró en la conducción, evitando ensayar en su cabeza lo que iba a decirle. Quería que las palabras le saliesen directamente del corazón.

Cuando llegó al apartamento de Cliff, no vaciló, sino que salió del

coche y se dirigió resueltamente hasta su puerta. Llamó con fuertes golpes, como si el estrepitoso ruido pudiese darle valor. Pero mientras esperaba que abriese, temblaba por dentro como una hoja.

La puerta se abrió de pronto, y ahí estaba él.

Llevaba pantalones de pana azul marino y una camisa de vestir de color azul claro. Nunca lo había visto con ropa más formal, y le dio un vuelco el corazón al mirarlo.

- Edie - dijo Cliff con sorpresa en la voz, sin mirarla a los ojos.

- Pasaba por aquí y he pensado venir a saludarte - dijo ella como si tal cosa.

—Ah… pasa - él abrió la puerta del todo para que entrase-. ¿Quieres beber algo, un café o un refresco?

—No, gracias. Creo que lo primero es darte la enhorabuena. Leí en el periódico que el arresto fue un éxito.

Él asintió con la cabeza.

- Recibirás una carta del departamento de policía, agradeciendo tu cooperación.

—Casi no puedo esperar - dijo ella irónicamente. Y al ver una maleta y una bolsa junto a la puerta, le preguntó- . ¿Te vas del país o a otra misión?

Edie se alegró de que el dolor no se reflejase en su voz, ya que él la trataba tan fríamente.

—No, sólo me voy de viaje unos días.

Ella respiró profundamente, sintiendo una mezcla de rabia y dolor en su interior. Iba a dejar la ciudad y no tenía intención de llamarla. Sé dio la vuelta, apartándose de él. Necesitaba darle la espalda un momento, hasta que pudiese borrar el dolor y la vulnerabilidad de sus ojos.

- Cliff.

- Edie.

Los dos hablaron al mismo tiempo, y se ruborizaron.

- Adelante - dijo ella, sentándose en el borde del sofá y mirándolo fijamente.

Durante un rato él no dijo nada. Se paseó por la habitación delante de ella, pasándose la mano por el pelo, antes de hablar.

—Edie, sé que debería haberte llamado, y no voy a mentirte diciéndote que iba a llamarte antes de irme - dijo lentamente, midiendo las palabras-, Pensé en llamarte el día después del arresto, pero decidí que era mejor dejar las cosas así. Me pareció que era la manera menos

dolorosa de terminar con esto.

—Querrás decir la más cobarde - replicó ella dolida, y después se mordió el labio.

Él la miró a los ojos por primera vez desde que había llegado.

—Tienes razón, ha sido cobarde. Pero Edie, esto no es bueno para ninguno de los dos.

—¿Cómo puedes decir eso? - susurró ella, consternada por sus palabras-. ¿Cómo puedes decir que no es bueno cuando nos hemos sentido tan bien estando juntos?

—Sí, nos hemos sentido bien, y por eso tiene que terminar - los ojos de Cliff se oscurecieron, y un músculo se movió espasmódicamente en la comisura de sus labios-. No puedo darte lo que necesitas, lo que te mereces.

—¿Por qué no me dejas decidir a mí lo que necesito y lo que merezco? - replicó ella sin alterarse.

Él sacudió la cabeza.

—No puedo. Eres joven y ves todo de color de rosa. Crees que el amor lo soluciona todo, pero yo sé que no es así y no quiero exponerme a la veleidad del destino ni a la incertidumbre del futuro.

—¿Entonces prefieres darle la espalda a la vida, y al amor? - preguntó ella con suavidad.

—Se llama instinto de supervivencia - dijo él con una nota de ira en la voz y el rostro tenso-. Aposté una vez y perdí. No quiero volver a apostar.

—Cliff, te amo - declaró ella humildemente.

- ¿No ves que eso no cambia nada? - replicó él con dureza-. Sólo me hace lamentar que permitiese que las cosas llegasen tan lejos entre nosotros…

- Cliff… - Edie se levantó del sofá y se acercó a donde él estaba, con el cuerpo tenso y el rostro duro como el granito-. ¿Tanto la amabas que vas a dejar que arruine tu vida? - le puso la mano suavemente en el brazo-. Mucha gente vive con penas, sufren pérdidas, pero no por eso tienes que encerrarte en ti mismo y morir.

Cliff retiró el brazo bruscamente.

- ¿Qué demonios sabes tú de pérdidas? - preguntó él con resentimiento. Edie lo miró fijamente, dejando salir toda su furia, y le

gritó:

—¿Cómo te atreves? No puedo creer que seas tan arrogante, que creas que nadie ha sufrido una pérdida tan profunda como la tuya. Lo tuyo fue un divorcio, Cliff, pero yo perdí a mis padres cuando era una niña, después a mi abuelo y cada día pierdo un poco más a Nanny. No me hables de pérdidas - su voz temblaba de la emoción.

Durante un rato él no dijo nada.

- Edie, nunca pretendí hacerte daño - dijo en voz baja, con una mueca de dolor.

—Haz algo por mí - susurró ella-. Mírame a los ojos y dime que no sientes nada por mí. Mírame a los ojos y dime que no me amas.

El la miró fijamente, con los ojos empequeñecidos y oscurecidos de tensión. Movió la boca silenciosamente y volvió a pasarse la mano por el pelo.

—No puedo - dijo con desesperación, apartando la mirada de ella. A Edie le rebosó el corazón de felicidad. Sentía algo por ella.

—Edie - Cliff suspiró profundamente y le puso las manos en los hombros, manteniendo las distancias-. Maldita sea, te lo advertí. Te dije lo que podías esperar de mí. Un breve interludio, un momento pasajero en el tiempo. Nunca te prometí otra cosa.

—¿No lo entiendes? Esos pequeños momentos es todo lo que tenemos. Un momento tras otro componen toda una vida - lo miró con frustración, y tomó su rostro entre sus manosCliff… arriésgate. No huyas de lo que puedo darte. No me castigues por lo que te hizo Catherine.

Él le agarró las muñecas y le quitó las manos de su cara, conteniendo la respiración. Edie podía sentir la tensión en el aire.

—Tú das demasiado - dijo él ásperamente, apretándole con fuerza las muñecas-. Nunca podría corresponderte. No te convengo. No tengo nada que ofrecerte - aflojó las manos y la miró con pesar-. No puedo, Edie. Me arriesgué una vez, y acabé vacío. No estoy dispuesto a volver a arriesgarme.

Ella se quedó inmóvil, estudiando su rostro, buscando un signo de debilidad, de vacilación, pero no vio ninguno.

—¿Entonces es así? - su voz sonó desoladora y vacía-, ¿Sólo porque ella te dejó, vas a darme la espalda y te vas a alejar de mí, de todo lo que puedo darte?

—Así es - dijo él con el rostro ligeramente deformado por el dolor-, ¿No lo entiendes, Edie? Tengo miedo.

Apartó la mirada de ella, como si se avergonzase de su confesión.

—Y vas a dejar que tu miedo te mutile emocionalmente - Edie intentaba mantener la voz serena-. Vas a pasar el resto de tu vida solo, temiendo lo que el destino te pueda deparar, temiendo alcanzar lo que está a tu alcance. Por Dios, Cliff, ¿no crees que merece la pena arriesgarse por la felicidad, aunque dure sólo un momento?

—Si así fuese, no estaría diciéndote adiós - dijo él fríamente, con una dura expresión en el rostro.

—¿Y eso es lo que estás haciendo? ¿Decirme adiós?

Cliff asintió con la cabeza por respuesta, y ella se dio la vuelta, deseando marcharse antes de que le brotasen las lágrimas. Cuando llegó a la puerta, se detuvo con la mano en el picaporte, de espaldas a Cliff.

—Sólo quiero que sepas que si alguna vez decides volver a arriesgarte, si alguna vez decides combatir el miedo que te consume por dentro, ya sabes dónde encontrarme. Te amo, Cliff.

Con esas palabras, Edie abrió la puerta y salió corriendo del apartamento.

En parte esperaba que él la detuviese, que corriese tras ella y la abrazase, que le dijese que había sido un estúpido y que no había querido decir las cosas que había dicho.

Subió al coche y se quedó allí sentada un momento, esperando que se abriese la puerta del apartamento y él saliese corriendo a buscarla. Edie se rió amargamente de sus románticas fantasías. Había sido una estúpida. La culpa era de ella. Él no le había hecho promesas. Y sí había querido decirle adiós.

Desde la ventana de su apartamento, Cliff observó a Edie subiéndose al coche. Había estado deliberadamente hiriente, eligiendo palabras dolorosas, palabras que la ahuyentasen. Suspiró trémulamente al verla salir del aparcamiento y desaparecer por la calle.

Amor. Sólo era una peligrosa apuesta. Recogió sus maletas y las llevó al coche. Mejor dejar su corazón endurecido por Catherine, que correr el riesgo de que le hiciesen daño otra vez.

Capitulo Diez

El viaje de Kansas City a St. Louis era de cinco horas, pero a Cliff le parecieron diez días de tortura. La naturaleza parecía conspirar para que le resultase imposible olvidar a la mujer a la que había dicho adiós.

Los brillantes rojos y dorados de las hojas de los árboles le recordaban los reflejos del cabello de Edie. El color pardo de la tierra por la llegada del invierno eran sus ojos, atormentándolo kilómetro tras kilómetro.

Anochecía, lo que le recordaba todas las noches que había pasado en la ventana del apartamento de Edie, observando sus facciones bellamente iluminadas por la luz del crepúsculo.

Oh, cómo deseaba que las cosas hubiesen sido diferentes. Cómo deseaba haber conocido a Edie años atrás, cuando su corazón estaba lleno de esperanza y de sueños.

Con gran alivio se detuvo delante de la casa del rancho donde vivía su madre con su segundo marido desde hacía cinco años. Vio un rápido movimiento en la ventana, y mientras se estiraba y se bajaba del coche, su madre se precipitó por la puerta y corrió hacia él. Casi lo tira al suelo al abalanzarse sobre su cintura, estrechándolo con fuerza entre sus brazos.

Cliff la abrazó también y se quedó un buen rato así, aspirando el olor a canela que evocaba recuerdos de su infancia.

—Oh, hijo mío - murmuró ella, y se echó hacia atrás para poder verle la cara-. Sabía que volverías tarde o temprano. Tus ojos están limpios. Has aprendido a vivir con tu dolor - su madre le acarició la mejilla-. Tienes buena cara, Cliff, ahora que la ira y la amargura han desaparecido.

El asintió con la cabeza, sonriendo a su madre.

—¿Crees que si entramos podrás encontrar una taza de café para esta buena cara?

Su madre lo soltó a regañadientes y le sonrió.

- Creo que podré arreglarlo.

Agarrados del brazo, entraron en la casa.

El sitio estaba igual que hacía tres años, cuando Catherine y él fueron un fin de semana de visita. Cliff se acercó a la ventana del salón donde había una repisa de madera con plantas. Extendió la mano y tocó ligeramente la flor morada de una violeta africana. Catherine le había regalado esa planta a su madre en su última visita.

—Nunca he visto una planta que florezca como esta - dijo su madre

dulcemente detrás de él-. Es curioso que alguien tan impaciente y egoísta como Catherine pudiera elegirla.

Cliff asintió con la cabeza. Sí, Catherine había sido impaciente y egoísta, necesitando más y más de él. Su madre le había advertido que no sería una buena esposa para un policía, pero Cliff estaba cegado por su belleza, extasiado por el hecho de que lo amase.

—Sabes, tenías toda la razón respecto a ella -observó él volviéndose y sonriendo a su madre-, Me lo advertiste, pero no te escuché.

Ella se encogió de hombros.

- Tuviese razón o no, un divorcio es siempre doloroso.

Cliff le puso un brazo sobre los hombros.

- Pero eso ya se ha terminado, y he descubierto que la vida continúa.

—Sí, la vida continúa - le sonrió con cariño, y le hizo entrar en la cocina-. Y el café está listo.

—¿Dónde está Joe? No solía estar en casa a estas horas de la tarde? - preguntó Cliff, una vez que estuvieron sentados en la mesa de la cocina.

—No en esta época del año. Con el invierno a la vuelta de la esquina, Joe está muy ocupado revisando y limpiando calderas. En primavera y en otoño me convierto en una viuda del negocio de la refrigeración y la calefacción - por encima de la mesa le tocó la mano a Cliff- .Joe se alegrará mucho de verte, Cliff. Ha echado de menos tus visitas.

—Yo también lo he echado de menos.

Según dijo esas palabras, Cliff se dio cuenta de lo ciertas que eran. Desde el primer momento Cliff y Joe se habían entendido muy bien. Joe era un hombre tranquilo y metódico, que valoraba su matrimonio, su trabajo y alguna cerveza el domingo por la tarde durante el partido de fútbol. Pero quizás lo que más le gustaba a Cliff de Joe era que amase a su madre.

Cliff miró a su madre con objetividad por primera vez desde que había llegado. En los cinco años que llevaba casada con Joe parecía haber rejuvenecido. Sí, tenía algunas canas más en su cabello negro, y varias arrugas, pero emitía un aura de juventud, de felicidad. ¿Era eso lo que el amor hacía a las personas? ¿Entonces por qué cuando pensaba en Edie y en su amor por ella, se sentía tan viejo?

- Eres feliz, ¿verdad? - preguntó de pronto a su madre.

—Debería ser un pecado sentirse tan feliz como me siento en este momento respondió ella, dando un sorbo de café-. Ahora, si llegas a preguntármelo ayer, la respuesta habría sido un poco diferente.

- ¿Por qué?

- Ayer me faltaba algo en la vida, mi hijo.

Esa vez fue Cliff quien le cogió la mano.

- ¿Por qué nos distanciamos tanto, mamá? ¿Qué nos ocurrió?

Anna Forrester suspiró.

—Oh, cariño, no sabes la de veces que me he hecho esa pregunta estos dos últimos años - lo miró pensativamente-. Cuando Catherine te dejó, estabas destrozado. Y te guardaste tu dolor en vez de compartirlo con las personas que te querían. Todos te dejamos, pensando que debíamos darte algún tiempo. Pero eso sólo aumentó tu pena y tu amargura. Cuando te telefoneaba, no podía soportar oír eso en tu voz. Y poco a poco dejé de llamarte - le dio unas palmaditas en la mano-. Esperaba que con el tiempo volverías a nosotros. No sé lo que te ha ayudado a encontrar 1a paz contigo mismo, pero me alegro de que por fin hayas vuelto a casa.

«Edie… Edie me ha hecho encontrar la paz conmigo mismo,» quiso responder, pero no lo hizo. ¿Qué sentido tenía hablarle a su madre de Edie?

—Anna, ya estoy en casa.

Las palabras fueron acompañadas del ruido de la puerta al abrirse. Con un suspiro de alivio, Cliff apartó sus pensamientos de Edie y se levantó para saludar a su padrastro.

Cliff estaba sentado en el balancín del porche trasero. Llevaba tres días en casa de su madre, en St. Louis, y no había podido dejar de pensar en Edie.

En realidad, ver a su madre y a Joe juntos, ver el amor que se profesaban, la callada satisfacción que existía entre ellos, sólo servía para recordarle lo que podía haber tenido con Edie, si no estuviese tan aterrado. Estaba empezando a preguntarse si ese miedo era tan enorme como para sacrificar el amor que podía tener con Edie.

También empezaba a darse cuenta de que cuando Catherine lo dejó, no fue tanto el dolor de perderla lo que lo destrozó, sino el dolor de perder su sueño de felicidad eterna. Siempre había dado por sentado que su matrimonio sería para siempre. Y Catherine le arrebató ese sueño.

—¿Qué haces aquí solo? - le preguntó su madre, saliendo de la casa y sentándose con él en el balancín.

—Oh, pensaba en las complejidades de la vida.

Sonrió al recordar su conversación en la roca mágica de Edie. Fue el día que Nanny se cayó por las escaleras. Se preguntó cómo estaría la

anciana. También fue el día en que hicieron el amor por segunda vez.

-¿Qué sucede, hijo? ¿Es Catherine? -preguntó su madre, viendo el dolor reflejado en su rostro.

-No, no es Catherine - la tranquilizó él enseguida-. Por fin estoy en paz con ella y con el divorcio. He conocido a otra persona - miró a su madre suplicantemente- Y estoy tremendamente confuso.

—Cuéntame - le dijo ella con dulzura.

Y mientras se balanceaban suavemente, con el calor del sol otoñal, Cliff le contó a su madre todo sobre Edie y Nanny. No se dejó nada, ni su hostilidad inicial, ni la rabia que de alguna extraña manera se había convertido en amor.

Al terminar de hablar, su madre se quedó un rato en silencio. Y cuando finalmente habló, el tono de su voz era bajo y estaba impregnado del dolor del pasado.

—Hace años, cuando tu padre nos dejó, me preocupaba cómo ibas a superarlo. Temía que su abandono te marcase para siempre. También estaba preocupada por mí. ¿Cómo iba a volver a confiar en un hombre? Le había dado a tu padre todo lo que tenía y no había sido suficiente para retenerlo.

—Mamá…

—No, está bien - ella le sonrió tranquilizadora- mente, y continuó- : Oh, Cliff, cuánto me alegré de que te casases con Catherine, aunque no estuviese segura de ella. Me alegraba de que hubieses superado tu infancia. Ahora me dices que hay otra mujer en tu vida, una mujer que te ofrece amor, y me destroza el corazón saber que huyes de ella.

- ¿Pero cuándo dejas de correr riesgos? - preguntó él con dolor.

- Cuando estás muerto.

—¿Cómo te sentirías si algo le sucediese mañana a Joe y decidiese dejarte? ¿No te arrepentirías de haberle entregado tu corazón para que te lo destrozase por algún cruel capricho del destino?

—Te diré de lo que me arrepentiría. A los dos meses de salir con Joe, me pidió que me casase con él y le dije que no. Me pasé un año dándole largas, por miedo a comprometerme otra vez con un hombre. Si algo le sucediese a Joe mañana, sólo me arrepentiría de no haberme casado con él la primera vez que me lo pidió y de desperdiciar todo un año que podíamos haber pasado juntos. Cliff… - lo miró con la sabiduría que irradiaba de sus ojos-. El amor no implica arrepentimientos. Sólo se arrepienten aquellos que huyen de él - le dio una palmadita en la mano y le sonrió enigmáticamente-. Piensa en ello, hijo.

Su madre se levantó y volvió a la casa, dejando a Cliff sólo con sus pensamientos.

—Gracias por todo, señora Stevenson. Me pondré en contacto con usted cuando haya terminado de leer toda la información - dijo Edie, acompañando a la delgada mujer de rostro agrio a la puerta.

—Disciplina, esa es la clave para manejar a los ancianos. Firme disciplina afirmó Mildred Stevenson, haciendo alarde de sabiduría-, En Happy Manor creemos que esa es la clave.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Edie sonrió amablemente, haciendo salir a la mujer por la puerta, cerró y se apoyó en ella fatigadamente. Si la señora Stevenson representaba al personal de la residencia, Happy Manor estaba regida por un puñado de indeseables

Suspiró y se dejó caer en el sofá con la lista de posibles residencias que había hecho y tachó Happy Manor.

Había visitado tres en los últimos dos días, pero ninguna le había causado buena impresión. Se levantó del sofá y fue a sentarse en la mesa, mirando a la ventana. Había hecho eso muchas veces los últimos cuatro días, desde que había hablado con Cliff. Sentarse y pensar una y otra vez en su última conversación, preguntándose lo que podría haber hecho para hacerle cambiar de opinión. Aunque sabía que todo habría sido inútil.

Lo peor para Edie era la soledad. Era duro que Nanny estuviese en el hospital, pero la ausencia de Cliff había dejado un gran vacío en su vida.

—Basta - dijo en voz alta.

Había pasado demasiado tiempo dándole vueltas a cosas que no podían cambiar. En pocas horas tenía una cita para visitar la residencia Heritage Home y antes quería tomarse un sándwich y una taza de té. Acababa de prepararse un sándwich de queso con aguacate cuando llamaron a la puerta. Pensando que era Rose, se apresuró a abrir la puerta.

La abrió, y volvió a cerrarla inmediatamente, conmocionada.

—Edie… - dijo Cliff a través de la puerta.

Edie no pudo contestar. El corazón le palpitaba en la garganta, cortándole la respiración.

—Señora, me llamo Cliff Marchelli y soy del Departamento de Policía de Kansas City.

Sus palabras la hicieron sonreír penosamente.

—Sí, claro, y yo soy Zsa Zsa Gabor - replicó ella en una voz tan baja que él apenas pudo oírla.

—¿Edie, puedo entrar? Necesito hablar contigo.

—Ya me dijiste todo lo que necesitaba saber el otro día - dijo ella con la voz tensa.

- Edie, por favor, déjame entrar.

Edie abrió la puerta lentamente y lo dejó entrar, cerrándola después.

—Mi apartamento ya no está disponible para vigilancia de la policía, y si estás aquí por eso, voy a sacarte de la oreja - le dijo ella, mirándolo desafiantemente. Cliff sonrió tan amplia y sinceramente, que a Edie se le volvió a cortar la respiración.

- Esta no es una visita de trabajo. Estoy aquí por razones puramente personales. Le cogió la mano, pero ella se soltó bruscamente y se sentó en el sofá.

- ¿Qué quieres, Cliff?

Su voz fue más dura de lo que ella pretendía, reflejando la confusión que le había causado su contacto. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué la atormentaba con su presencia?

—¿Que qué quiero? - Cliff se dirigió a la cocina, y miró el sándwich con desagrado-. Quiero saber si vas a seguir comiendo estás porquerías cuando nos casemos.

Edie lo miró atónita. La tensión de los últimos días debía haberle afectado el oído.

—Edie… te acabo de pedir que te cases conmigo. ¿Sería demasiado pedir que me dieses una contestación?

Ella siguió mirándolo sin comprender. ¿Casarse? Repentinamente la invadió la rabia. ¿Quién se creía que era para presentarse allí después de destrozarle el corazón y anunciarle tranquilamente que quería casarse con ella?

—¿Por qué demonios iba a querer casarme contigo? - saltó del sofá, y empezó a pasearse por la habitación agitadamente-. No eres muy buena apuesta como marido. Tienes úlcera y careces de sueños. Comes basura y probablemente roncas.

Lo miró enfurecida. Él volvió a cogerle la mano, y esa vez ella le permitió que la llevase al sofá, donde los dos se sentaron.

—Edie, la úlcera puede curarse, alimenticios. No ronco, y sólo necesito una cosa para tener sueños. A ti. La rabia de Edie se esfumó de pronto, dejando sólo un vulnerable vestigio de esperanza.

- Cliff, no lo entiendo… El otro día, las cosas que me dijiste…
Él le soltó una mano y le acarició la cara con ternura.
- Fueron las palabras de un estúpido hombre asustado.
- ¿Pero qué te ha hecho cambiar de opinión?
Edie necesitaba saberlo. Necesitaba saber si podía confiar en la certeza que veía en sus ojos.
—Ah, Edie - dijo él con una dulce sonrisa- Creo que lo supe desde el primer momento que te vi. Intenté evitarlo. Dios sabe que no quería enamorarme de ti. Trabajo en una de las profesiones más peligrosas que existen, y hace cuatro días estaba expresando lo que me aterra arriesgarme, mi miedo al destino. Pero esta mañana, cuando me he despertado y he sentido la inmensa tristeza de mi corazón, me he dado cuenta de que era demasiado tarde para tener miedo. Lo peor ya había pasado. Te amo, y por mucho que corra, por mucho que lo niegue, es un hecho.
-Oh, Cliff…
Edie se arrojó a sus brazos sin vacilar. Él la abrazó con tanta fuerza que casi no la dejaba respirar. Pero ella no necesitaba respirar; lo único que necesitaba era que continuase abrazándola para siempre. Quería estar más cerca de él todavía, y lo besó, en los ojos, en la frente, en la barbilla, apretándose contra su cuerpo con gozosa libertad.
—Oh, Edie, te amo - le susurró él en su cabello-. Quiero que todos los momentos pasajeros que puedas darme sean suficientes para llenar toda una vida.
- Yo también te amo - musitó Edie temblorosamente-. Y me hará muy feliz compartir mis momentos pasajeros contigo.
y siempre puedo cambiar mis hábitos Se rió de gozo cuando él se puso de pie y la levantó para abrazarla.
—Creo que debemos empezar nuestra vida juntos ahora mismo - dijo él con la voz ronca, devorándola con los ojos.

—Creo que tienes toda la razón - dijo ella con la sangre palpitando en sus venas. Edie se agarró a su cuello cuando él la cogió en brazos y la llevó a su dormitorio, depositándola con suavidad sobre la cama.

Poco después estaban tumbados uno al lado del otro, hablando de su futura vida juntos.
—Tenemos que comer un filete grande y jugoso por lo menos una vez al mes murmuró Cliff en el cuello de EdieY tacos… una vez a la semana haremos tacos para Nanny.
Edie asintió con la cabeza, con el corazón tan rebosante que no podía hablar. Con Cliff a su lado sabía que tomaría la decisión correcta

respecto a Nanny, y los tres juntos transformarían los momentos pasajeros en días dorados de amor y felicidad.

Epílogo

- Venga, Cliff. No debemos llegar tarde - llamó Edie.

- Ya voy, ya voy.

Cliff salió del dormitorio, remetiéndose la camisa blanca por los pantalones de pinzas de color gris marengo. Sonrió a Edie, haciendo que su corazón se convulsionase en su pecho. Dios, ¿se cansaría alguna vez de él?

—¿Cómo estoy? - preguntó ella, colocándose un mechón suelto detrás de la oreja.

Él se acercó a ella y le dio una suave palmadita en su abultado vientre.

- Los dos estáis espléndidos.

Edie se ruborizó. Estaba embarazada de seis meses y era la primera vez que llevaba un vestido premamá.

- Estoy gorda - replicó.

Cliff la abrazó y le dio un pausado beso en los labios.

—Estás preciosa, de verdad. Ahora vámonos o llegaremos tarde, y no todos los días a Nanny la eligen Reina de Mayo.

En cuestión de minutos estuvieron en el coche camino de la fiesta de primavera de Heritage Home, el lugar donde Nanny había estado viviendo los últimos siete meses. Edie se recostó en su asiento y contempló esos siete meses.

Por fin se había decidido por Heritage Home para Nanny, después de visitar la residencia. Le había causado muy buena impresión el ambiente familiar y el hecho de que se animase a los ancianos a que siguiesen dedicándose a sus aficiones. Y desde que estaba allí, Nanny había prosperado. Aunque tenía que ser presentada a sus amigos todos los días, y había organizado dos planes de fuga, descubiertos a tiempo, parecía feliz.

La felicidad parecía abundar en esos días. Edie no se imaginaba que pudiera existir tanta en su vida. Miró a Cliff, que era el responsable de la mayor parte de esa felicidad. Pobre Catherine, nunca sabría lo que había dejado, pues Cliff era un marido encantador, cariñoso y apasionado. Edie se puso una mano en el vientre, segura de que además sería un padre maravilloso.

—Será mejor que dejes de mirarme así o no llegaremos nunca a Heritage Home le advirtió Cliff-, Tendré que buscar un motel y aprovecharme de tu cuerpo. Edie se rió y volvió a acariciarse el vientre.

—Creo que es demasiado tarde para eso.

Cliff llevó el coche hasta el aparcamiento del edificio de una planta

donde Nanny residía. El aparcamiento estaba lleno y los jardines estaban decorados con flores primaverales, sillas de lona, globos y papel crepé. Se bajaron del coche y se aproximaron a la fiesta, saludando a las personas que habían conocido esos últimos meses.

-Oh, Cliff, mira.

Edie señaló una silla de respaldo alto donde estaba sentada Nanny, dormitando, con una corona de papel ladeada en su cabeza.

—Mira cómo se echa la siesta real la Reina de Mayo - dijo Cliff según se acercaban a Nanny.

Edie se inclinó y, retirándole un mechón de cabello blanco de los ojos, la besó con ternura en la mejilla. Con un parpadeo, Nanny abrió los ojos, y sonrió radiantemente.

—Oh, me alegro mucho de que hayas venido hoy. Están aquí todos mis amigos, y estamos pasándolo estupendamente.

- No me lo hubiese perdido por nada del mundo - exclamó Edie. Los ojos de Nanny se ensombrecieron cuando vio a Cliff.

- Oh, ya veo que has vuelto a venir con él. ¿No tiene casa?

—¿No te acuerdas, Nanny? Es mi marido, Cliff. Viniste a nuestra boda - le explicó Edie con paciencia.

Nanny arrugó la frente pensativamente.

—No… no recuerdo ninguna boda - Nanny abrió mucho los ojos cuando advirtió el vientre abultado de Edie-. ¿Él ha hecho eso? - estiró la mano y le dio un cachete a Cliff en la cabeza-. Será mejor que cuides a mi Edie. Ella es muy especial.

Él sonrió.

—Pienso cuidarla el resto de mi vida - Cliff se inclinó y la besó en la mejilla-. Tú también eres muy especial.

Nanny lo miró durante un momento.

—Tal vez lo hagas, después de todo - dijo ella, y acto seguido cerró los ojos.

Fin